

El genio del idioma

Álex Grijelmo



Lectulandia

¿Qué es lo que nos hace identificar palabras como propias o ajenas, o asignarlas a una u otra lengua?: el genio de cada idioma, que alcanzamos a identificar someramente incluso aunque no lo conozcamos.

"Si usted lee *der schwankende Wacholder flüstert*, sabrá que está ante una frase en alemán. Y pensará que se ha topado con el inglés si ve en un texto *before it is too late*. Y no dudará que se escribió en italiano la frase *e'un ragazzo molto robusto che non presenta particolari problema*. Si escucha la palabra *cusa* en un contexto español, pensará que es un vocablo que usted desconoce pero que probablemente existe (porque sí están en nuestro idioma "casa", "cesa", o "cosa", o "musa", o "rusa", "lusa", o "fusa"). Aunque en realidad no exista. Pero a usted le sonará español si las palabras que la rodean son castellanas. Y, si es usted español, no le cabrá ninguna duda de qué lengua tiene ante sus ojos si lee *txamangarria zera eder eta zera nere biotzak ez du zu besteroik maite*. En efecto, es euskera.

¿Qué es lo que nos hace identificar palabras como propias o ajenas, o asignarlas a una u otra lengua?: el genio de cada idioma, que alcanzamos a identificar someramente incluso aunque no lo conozcamos. Esta obra se pregunta —y procura algunas respuestas— sobre el genio del idioma español. Qué le gusta y qué rechaza, cómo se comporta desde hace siglos y cuáles son sus manías y sus misterios. Sabiendo todo eso, adivinaremos mejor cómo somos nosotros y cómo va a evolucionar nuestra lengua.

Lectulandia

Álex Grijelmo García

El genio del idioma

ePUB v1.0

elchamaco 20.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *El genio del idioma*.

Álex Grijelmo García, 2004.

Traducción: -

Diseño/retoque portada: elchamaco

Editor original: elchamaco (v1.0)

ePub base v2.0

GENIO^[1]

(del Lat. *geníus*)

1. m. Índole o condición según la cual obra alguien comúnmente. *Es de genio aplacible*

2. m. Disposición ocasional del ánimo por la cual éste se manifiesta alegres, áspero o desabrido

3. m. Mal carácter, temperamento difícil

4. m. Capacidad mental extraordinaria para crear o inventar cosas nuevas y admirables.

5. m. Persona dotada de esta facultad. *Calderón es un genio.*

6. m. Índole o condición peculiar de algunas cosas. *El genio de la lengua*

7. m. Carácter (firmeza, energía)

8. m. En la gentilidad, cada una de ciertas deidades menores, tutelares o enemigas

9. m. Ser fabuloso con figura humana, que interviene en cuentos y leyendas orientales. *El genio de la lámpara de Aladino*

10. m. En las artes, ángel o figura que se coloca al lado de una divinidad o para representar una alegoría.

corto de ~. loc. adj. (tímido, encogido)

I El genio del idioma

Entre los restos arqueológicos de Atapuerca no se ha encontrado ninguna palabra. Quién sabe si los científicos analizarán algún día las vibraciones del aire en la cueva de Altamira para descubrir así el primer vocablo, como hallaron, en 1992, el momento en que estalló el Universo unos 15.000 millones de años antes.

Es cierto que ahora podemos imaginar, con los indicios de los esqueletos y utensilios que se han desenterrado en la Gran Dolina o en la Sima de los Huesos, cómo vivían los primeros pobladores de Europa, cómo se alimentaban, qué enfermedades sufrían, cuántos años vivió cada uno. Y sin embargo nada sabemos de aquellos vocablos, quizá gruñidos, que les servían para comunicarse. Se perdieron con la fuerza del viento del norte de la sierra burgalesa o con la brisa del Cantábrico. ¿Por qué? Porque aquellos seres no sabían cómo escribirlos.

Pero es muy probable que algo, quizás mucho, de lo que ellos pronunciaban siga estando en nuestro idioma de hoy. Tal vez entronque con el lenguaje de las cavernas la fuerza de esas erres que nos desahogan los enfados («cabreo», «bronca», «cabrón»...) y que tanto gustan a los locutores deportivos por el vigor que transmiten: «recorte», «regate», «remate», «arrebata», «raso», «rompe», «roba»... O la sonoridad que notamos en las viejas y recias voces prerrománicas y que pronunciaremos aún durante muchos siglos más («barro», «cerro», «barraca», «rebeco», «berrueco»...). Quizás guarden relación aquellos gruñidos con los sonidos guturales de nuestra congoja primitiva («garganta», «atraganta», «angosto», «grito», «gemido», «angustia»...), o quién sabe si tendremos ahí el origen remoto de las palabras dulces como el sonido del viento cuando se dedica a hacer música («bisbiseo», «sonrisa», «silencio», «sensible», «sigiloso», «sosiego», «susurro», «siega», «sensación»...). Nuestra lengua esconde un genio interno invisible, inaudible, antiguo, que podemos reconstruir si seguimos las pistas que nos dejan sus hilos. Hilos son, y con ellos nos ha manejado el genio del idioma.

Nosotros, al hablar, constituimos únicamente el resultado de su lámpara maravillosa: nos expresamos conforme a sus decisiones, heredamos frases enteras, recursos estilísticos completos, y continuamos las estructuras sintácticas que él ha diseñado.

Los científicos, sí, hallarán algún día en las vibraciones imperceptibles del aire aquellas palabras de Atapuerca o de Altamira, o las de Ojo Guareña... tal vez viajando incluso en el túnel del tiempo. Pero entre los restos de esas cuevas no darán nunca con el genio de la lengua. Él no puede reposar ahí porque todavía no ha muerto.

Existe hace tantos cientos de años, que bien podemos considerarlo inmortal; como duraderos son sus gustos, sus manías y su carácter. Si lo conociéramos a la

perfección, sabríamos sin duda cómo será nuestro idioma dentro de tres siglos. Y también nos conoceríamos mejor a nosotros mismos.

Han cambiado en este tiempo las palabras, desde luego; y las construcciones, la ortografía, la literatura... Pero en todos esos aspectos encontramos rasgos comunes de un ser originario que los alumbró; y que forma parte, a su vez, de una estirpe de genios que se relacionan entre sí, a veces como hermanos y a menudo en la línea directa de sucesión. Comparten, por ello, algunos rasgos de su personalidad.

Decimos «el genio del idioma» y nos vale como metáfora porque, en realidad, designamos el alma de cuantos hablamos una lengua: el carácter con el que la hemos ido formando durante siglos y siglos. Y las decisiones de ese genio han resultado tan coherentes, tan acertadas para enriquecer la capacidad de expresarnos, que sólo podemos teorizar sobre ellas imaginando a un ser sensacional que lo ha organizado todo con pulcritud. Al describir a ese genio, comprenderemos la historia de nuestro idioma y, como consecuencia, nuestra propia historia, incluso para predecir su futuro.

El idioma español es, pues, la obra de un genio misterioso. Lo que alcanzamos a descubrir ahora, cuando nos sumergimos en la historia de la lengua, responde a unas leyes que vienen de antiguo y que regulan la pronunciación, las combinaciones de sílabas, los significados, la sintaxis... y, sobre todo, la evolución de las palabras a través de los siglos y de los idiomas por los que han pasado (superpuestos unos sobre otros como algunas iglesias católicas se construyeron sobre las visigóticas; pero siempre con el mismo arquitecto).

Da la impresión de que los vocablos de nuestro idioma se han movido y han cambiado al través del tiempo como si fueran un ejército, progresando desde el indoeuropeo hasta aquí de una forma disciplinada, sin apenas excepciones en su evolución fonológica y como si estuvieran bajo el mando de un general; miles de palabras que el pueblo fue haciendo suyas y sobre las que decidió soberanamente.

Repasar algunas de esas decisiones colectivas que han adoptado las palabras como si estuvieran uniformadas nos da una idea de la disciplina que impuso el genio del idioma.

El diptongo griego *ai* pasó al latín como *ae* y después para el castellano se redujo a *e*; el también griego *oi* se convirtió en el latino *oe* y se quedó para nosotros en *e*, asimismo reducido. Cuando una palabra del latín tiene tres consonantes juntas, todas ellas pasan sin modificaciones al castellano en el caso de que la primera sea nasal o *s* y la tercera una *r*. Por ejemplo, los acusativos latinos *nove-mbr-em*, *ra-str-um* y *no-str-um* dan en nuestra lengua «novie-mbr-e», «ra-str-o» y «nue-str-o», respectivamente. Las letras pueden variar a su alrededor, pero el grupo consonántico se hace fuerte y resiste. Y si se forma en latín un grupo con una consonante seguida de *pl*, *fl* o *cl*, estas últimas consonantes se convierten en *ch*: así, de *amplus* obtenemos «ancho»^[2]. Algo demasiado complicado como para que se lo aprendieran tantos

analfabetos como había entonces. Eso tenía que ser cosa de alguien suprahumano: del genio, desde luego. Pero tal evolución se produjo en cientos de palabras que el pueblo fue haciendo suyas y sobre las que actuó con naturalidad, sin que parecieran ponerse de acuerdo expresamente ciudades y comarcas.

La voz latina *ficus* fue cambiando lentamente hasta terminar en «higo»; y *vita* hizo lo mismo hasta convertirse en «vida», y cualquiera podría pensar que ambas evoluciones se deben a la casualidad; hasta que percibimos un programa genético en el interior de cada palabra según el cual las consonantes fuertes abrazadas por vocales han tendido a suavizarse en su camino secular desde el latín al castellano de hoy. Podía haber ocurrido al revés: que las consonantes suaves se tornaran crespas, pero alguien elaboró ese misterioso manual de instrucciones y éste se fue cumpliendo inexorablemente. Y así *metus* es ahora «miedo», y *rota* derivó en «rueda». Y hasta las excepciones han seguido unas reglas que también podemos adivinar^[3].

La tercera declinación latina, por ejemplo, ofreció al castellano durante la Edad Media el sacrificio de la *e* que quedaba a final de palabra tras haberse perdido la nasal del antiguo acusativo: de *mare*, nos quedamos con «mar»; de *sole*, con «sol»; de *pane*, con «pan»... Y así sucesivamente. Pero en ese análisis de palabras nos topamos con «puente», «orbe», «muerte»... (*ponte*, *orbe*, *morte*...). ¿Por qué? La excepción, decíamos, tiene también sus reglas: si la *e* va precedida en castellano de dos o más consonantes (*n**te*, *r**be*, *r**te*), se siente arropada y aguanta el tipo. O visto del revés: no puede dejar solas a esas dos consonantes que no sabríamos pronunciar bien sin una vocal posterior. Y éste es el caso de las citadas palabras y de otras muchas como ellas.

El genio del idioma —el ser desconocido que vamos a bosquejar en este libro— ha ordenado las oraciones, ha creado las normas para la evolución de las palabras, ha dictado las leyes de los acentos, organizó las analogías, preparó los sufijos y los prefijos, adoptó y adaptó los vocablos ajenos... Estamos ante un ser inexistente, cuyos actos, paradójicamente, podemos reconstruir sin dificultad.

¿Quién es ese personaje extrahumano que programó todo para que las consonantes dobles latinas se transformaran inexorables en fonemas palatales en castellano, que distribuyó los sonidos de modo que nunca coincidieran una *s* y una *r* juntas y por ese orden en la misma palabra, que dio sentido a todo un monumento de la inteligencia como es nuestro idioma?

Es un genio interno, invisible, inaudible, antiguo, pero podemos reconstruirlo si seguimos las pistas que nos ha dejado.

Los filólogos acuden a menudo a la expresión «el genio de la lengua», pero su perfil o sus reacciones no se han llegado a definir con detenimiento. «El genio del idioma» es, pues, un lugar común que sirve para explicarnos su ser interno, su personalidad, cuando algo no se aviene a los criterios generales de una lengua, y por tanto lo hemos visto definido más por cuanto no le gusta que por aquello que prefiere;

más por todo lo que rechaza que por todo lo que asume. «Esto no va con el genio de la lengua», nos dicen.

Acercarnos a su figura puede constituir una manera de conocer cómo funciona nuestra lengua y por qué, para desentrañarla poco a poco. Y también habrá de permitirnos prever su evolución. Y conocer cómo funcionamos nosotros, pues sólo pensamos con palabras.

Todo lo que ha sucedido en nuestra forma de entender el idioma responde a los designios del genio, y podemos imaginar que así continuará ocurriendo. A veces parecemos depender de nuestras propias decisiones en tanto que comunidad de hablantes, incluso tememos que esa sociedad de usuarios del idioma sea dominada por los poderosos que dictan sus caprichos desde la cúpula social. Conozcamos al genio de la lengua para percibir de verdad cómo funciona nuestra mente lectora y habladora.

¿Cómo es, cómo actúa, qué carácter tiene el genio del idioma español? ¿Cómo es el alma de nuestra lengua?

Eugenio Coseriu nos ha dicho que el lenguaje es gobernado, según normas infinitamente complejas, por los individuos hablantes^[4]: por todos los hablantes de una comunidad y por cada uno de ellos, en cada acto lingüístico concreto. Pero hay un «sentimiento lingüístico» que todos acaban adquiriendo siquiera sea inconscientemente. Las palabras despiertan en ellos asociaciones de ideas eficaces e imprevistas. Alguien debe de estar gobernando eso.

Los genios de los idiomas crecieron con nosotros como género humano. Sus embriones dieron valor a los sonidos y más tarde otorgaron belleza a los ritmos. Después se desarrollaron en fonemas, y luego en sílabas, y luego en étimos, y hasta llegaron a crear el pretérito pluscuamperfecto, que Nebrija llamaba «el más que acabado». Pasaron por capas freáticas que les dieron la forma del latín con el barniz del griego, y antes del indoeuropeo... y antes quién sabe. Antes, Atapuerca y Altamira. Se dividieron y se subdividieron, y se enriquecieron y se ampliaron. Generaron varios genios hermanos: «genio» y «generar», he ahí sus hilos que nos llevan a «gen» y a «generación» y a «genoma» y a «engendrar» y a «genial», y a «ingeniero» y a «ingenio», y a «patógeno» y «endógeno», y al «hidrógeno» («que engendra agua», eso es el hidrógeno)..., todas las palabras que toca el verbo «crear». Así hasta definir un idioma perfecto, articulado, sonoro; aguerrido o liviano, según se necesite; una lengua universal que conserva aquel embrión originario del que nacieron las ideas. El idioma español.

El genio de nuestra lengua se ha extendido como un árbol que engrosa su tronco a la vez que se extiende en sus ramas. Unas nacen de las otras, se relacionan entre ellas por su proximidad y parentesco, y finalmente dan hojas o frutos que son la consecuencia del alimento que llegó desde las raíces: son las palabras tal como las

usamos ahora. Por esas raíces entró probablemente el sonido *kur*, tal vez en un grito de alerta: ¡*kur*! En su tronco se metabolizó para convertirse en *curre*, en «cursar», en «correr», para moldearse en «carrera», ramificarse en «cursor» y «curso», dar el fruto del «correo» que «corre»(¡*kur*!) a fin de entregar la noticia cuanto antes (¡*kur*, *kur*!). La misma savia primitiva circula por todas esas palabras que ahora escribimos y pronunciamos con naturalidad, seguramente la misma savia que se hallaba en las palabras que habrán mascado esas mandíbulas de Atapuerca, calladas ahora. Silentes, claro; pero aquí estamos nosotros para continuar con aquellas voces, herederos del genio que las impregna y todavía las gobierna.

Qué maravillosas conexiones las que aquel misterioso poder ha establecido entre las palabras. Sabemos identificar los cromosomas del lenguaje y analizar su genética; y, por tanto, percibimos en nuestra inconsciencia el significado que nos dan sus familias: «frío» y «frígido», «fuego» y «fugoso»; «semen» y «semilla» y «seminario». También percibimos la estructura de las oraciones, los nexos que las relacionan, tocamos las rugosidades de los puntos y las comas, leemos la partitura de los acentos... El genio de la lengua lo ha organizado todo con un acierto formidable.

Existen, por ejemplo, palabras con significados diversos («significado» viene de «signo», como «seña», como «señuelo», como «señal» o «señalizar», como «signatura» o «asignar»); y así se identifican y se diferencian la «madre del río», la «madre de uno», la «madre del vino»; pero nunca se emplean en contextos que las confundan. A no ser que busquemos precisamente eso: el error falso que conduce a un chiste. El genio es un tipo con buen humor, y ya lo ha previsto. Igual que ha previsto la arenga y los poemas, los rezos y las blasfemias.

Existen también los modos de los verbos, el indicativo de la realidad y el subjuntivo de la conjetura. El genio del idioma español organizó las concordancias, previó la sintaxis, se valió de los sufijos... Calentó las palabras árabes para que las usemos en nuestras expresiones más cálidas, enfrió los términos griegos para que definan las ciencias, acarició las voces indígenas que fue descubriendo y las hizo suyas, dio valor a las voces más antiguas para que las sintiésemos interiores y placenteras... Aceptó injertos de otros árboles cuyos frutos caían cerca, los regó y los asimiló para que no produjeran rechazo, y así le gustaron el «fútbol», el «rugby», el «tenis», «Internet», el «mamey», la «yuca», la «butaca», el «jamón», el olor de «jardín» (que tomó del francés), la «acequia» y la «aceituna»; incorporó también la fuerza del «huracán» y de muchas otras palabras prestadas, como las vecinas «capicúa» o «kiosco», «peseta» y «akelarre», «cobla» y «morriña»... Y llegó un día en que se sintió satisfecho de su obra y cambió de actitud. Entonces se mostró ya muy estricto.

Siempre fue lento, este genio. No perezoso, sino lento. Se toma su tiempo para todo. Se lo piensa, lo mira, le da la vuelta a cada término. Y se extiende poco a poco;

confía en su capacidad de fascinación y no necesita de guerras. Las ha habido, claro. Y los guerreros llevaron allende los mares sus vocablos, los verbos y las preposiciones que con tanto mimo había lanzado al mundo. Eso inclinó a algunos a culparle de tropelías y crueldades, del cercenamiento de los fueros, de la dictadura de Franco y de la extensión del español en América. Pero con sus palabras se hizo la guerra como se hizo la paz.

El genio del idioma llevó unos términos allá y se trajo otros para acá, acompañando a los hombres y a las madres. Estuvo presente en todo cuanto acometieron los padres y las mujeres, pero nunca fue agente de nada. Sólo testigo. Quienes despreciaban su lentitud intentaron que se infiltrase con rapidez en otros pueblos, forzaron su ritmo y no le dejaron actuar en el terreno que más le había valido hasta entonces: la seducción. El campo de la coquetería le habría bastado para seguir creciendo, con la fuerza de la necesidad y de la costumbre, como le había ocurrido para sustentar el negocio de las lanas castellanas, contribuir a la difusión del textil catalán o dar salida a la ganadería de Asturias y Cantabria. Porque el idioma castellano estaba destinado al encuentro de personas y de mundos. Al encuentro, no al choque. Su genio podía aceptar los intercambios siempre que se le sumaran frutos y no se le quebrasen las ramas que soportan su entramado. Siempre despacio, por supuesto; siempre listo para el mestizaje, porque sus palabras suenan propias y castizas en la boca de un guineano, de un filipino, de un maya, de un europeo... La lengua española no tiene razas como no las tiene el genoma humano, con el que quizás entronca.

Pero al genio del idioma le forzaron para extenderse; y ahora algunos le fuerzan para que corra. No lo hacen los mismos, y sin embargo la insensibilidad se parece. Qué poco conocemos al genio de la lengua: desvirtuado por algunos historiadores interesados, arrinconado por los programas educativos (o poco educativos), vadeado por los periodistas modernos (que adoran al becerro de oro construido por tantas palabras manipuladas). A veces —no muchas—, el genio ni siquiera está de acuerdo con la gramática, ni con el diccionario.

El calmo caminar del genio de la lengua nos lo presenta como perdedor en esa carrera que se le obliga a disputar contra los ordenadores, los nuevos aparatos, los descubrimientos científicos o las naves espaciales. Siempre parece llegar tarde, pero ése es su carácter. No tiene prisa porque sabe que con el tiempo todos volvemos a él para dar con los significados profundos, identificar los cromosomas de cuanto decimos y aislar las clonaciones de tantos vocablos adosados que tapan los verdaderos sentidos geniales de nuestro vocabulario y arruinan su ADN (esos genes que podemos identificar para comprender el sentido último de las palabras).

Nuestro genio parece un perdedor, pero al cabo se demostrará que su carrera tenía la meta más lejos. Y aún no sabemos hasta dónde piensa llegar. Su empuje crece y su

territorio se agranda. Algunos le interponen cortafuegos (el «espanglish», el «portuñol») para que no avance, y le arrojan palabras contaminadas que le inoculen un virus destructivo, un pulgón depredador que provoque no sólo el desuso de la vieja cultura del español sino, sobre todo, el complejo de sentirse inferior por haberla ideado.

Nuestro genio sabrá defenderse, y hará valer por sí mismo la riqueza de todo el pensamiento que anida en el diccionario. Sólo necesita tiempo. Porque se trata, no lo olvidemos, de un genio eterno. Por eso aún decimos «coche» o «carro» aunque no se inventaran con motores; por eso «colgamos» el teléfono, que ya no está en la pared sino sólo en la palma de la mano; por eso «tiramos» o «jalamos» de la cadena al pulsar el botón que la cisterna nos ofrece; por eso «embarcamos» en un avión y «navegamos» en la Red para buscar una «página»; por eso «corremos» en nuestro auto aunque estemos sentados en él (*¡kur, kur!*). Las palabras perduran por los siglos de los siglos, aunque nuestra vida sea ya tan distinta.

II EL genio del idioma tiene un reloj

Es fácil imaginarse al genio del idioma como alguien flexible y tolerante, dispuesto a admitir cualquier innovación: alguien con manga ancha. Algunos suponen que su carácter encaja con esta idea, seguramente porque necesitan creer en ese rasgo para forzar con ventaja sus costuras. Así ocurre en otros órdenes de la vida: nos gustaría una actitud más ligera en determinadas instituciones cuando eso nos resulta cómodo, y sin embargo la propia entidad precisa de firmeza para seguir funcionando. Esta quimera sobre la flexibilidad de la lengua, a la que se supone en continua evolución, queda también muy lejos de la realidad. El genio del idioma español, querámoslo o no, tiene un reloj en la mano y es alguien estricto. De manga estrecha, precisamente («estricto» y «estrecho» tienen los mismos genes). Se comporta de un modo suave, eso sí, porque jamás emplea la fuerza. Ya hemos dicho que hace de la seducción su principal arma; pero mantiene su criterio con personalidad.

Y no podía ocurrir de otra manera, puesto que debe gobernar un universo donde se mueven decenas de miles de palabras, con sus derivaciones, afijos, conjugaciones, concordancias... En ese mundo no valen las soluciones individuales, ya que se trata de orquestar un sistema homogéneo a cuyos recursos tengan acceso todos los hablantes, y en el que todos los hablantes entiendan lo mismo cuando toman alguno de ellos para transmitírselo a otros, que a su vez deben comprender el mensaje tal cual se ha intentado utilizar.

Y al mismo tiempo precisa de un equilibrio entre todos esos elementos, para que se respeten sus vinculaciones de modo que se facilite la comprensión y, sobre todo, el aprendizaje de la lengua en los niños.

Las soluciones individuales requieren precisamente —para resultar eficaces, para que las asuman los demás y para que progresen en el idioma— de una condición primordial: cumplir las firmes directrices del genio.

El paso del tiempo le ha aconsejado admitir innovaciones, desde luego. Ahora bien, nunca con carácter general o irrestricto. Y todas ellas se han acomodado además a una época concreta y a unas normas claras. Usted mismo, querido lector, seguirá sus designios inconscientemente todavía hoy.

Usted sabe que en español tenemos verbos terminados en —*ar* («amar», «cantar»), en —*er* («temer», «querer») y en —*ir* («venir», «latir»). Evidentemente, esos verbos se han formado alguna vez, y por eso los usamos ahora. Pero ya pasó el tiempo de crear verbos en —*er* y en —*ir*. El genio es severo en esto. Si usted quiere inventarse un verbo, no tendrá más remedio que formarlo en la primera conjugación. Hace mucho tiempo que el genio de nuestra lengua vetó cualquiera de las otras dos posibilidades. Y usted está gobernado por él y por su reloj. Pruebe y verá.

¿Hasta ahora no se había dado cuenta de esto? Claro, porque el genio obra con

firmeza pero intenta que no se le note. Y usted, en definitiva, es uno de los suyos; no va a tratarle mal.

Ya en latín se podían formar verbos a partir de sustantivos. El genio del latín lo alentó. No sabemos si el genio del español es el mismo que el genio del latín, con una evolución de siglos por el camino que propició ciertos cambios; o quizás se trate de un hijo suyo; pero el caso es que ambos comparten algunas manías.

En la lengua de Roma, la conjugación y la formación de verbos terminados en —*are* (*amare*, *cantare*) constituía la posibilidad principal, aunque no fuera la única. Y en ella se colocó la mayoría de los extranjerismos de la época, como los verbos de origen germano. En algún momento (en la etapa primitiva del idioma) se crearon también en español verbos en —*ecer* a partir de sustantivos o de adjetivos, como «fortalecer». Menos suerte alcanzó, por su parte, la tercera conjugación: quedó esterilizada muy pronto, de modo que los verbos terminados ahora en —*ir* son los mismos de hace ocho siglos, por no ir más lejos. Poca evolución para un idioma al que se intenta presentar a menudo como muy propicio al cambio.

La derivación verbal en latín se construía por lo general agregando —*are* o —*ire* al nombre: *color-are*, *fin-ire*. Pero así como era habitual la terminación con alguna de esas dos conjugaciones, los verbos que se formaban en —*ere* resultaban más escasos.

El genio del castellano siguió en eso una actitud muy de familia: no admitió la derivación en —*ere* salvo que llegara tal cual de la lengua madre o que se tratara de una formación en —*ecer*. Y ni aun así respetó todos los ejemplos. Digamos que el genio del español —quizás por ser más joven— se comportó con una radicalidad inexorable.

Ya el latín vulgar que se habló en la península Ibérica dijo *fidare*, que pese a venir de *fidere* desembocó en «fiar»; y en vez de *studere*, «estudiar»; en vez de *invidere*, «envidiar». Pero el genio jovenzuelo del castellano tampoco dejó muchos títeres con cabeza en los verbos de la conjugación en —*ir* si a él le parecía que su procedencia eran un sustantivo o un adjetivo. Es decir, si descubría una derivación, aunque no lo fuera realmente. En *finire* advirtió la palabra «fin» y por eso se llevó el verbo a la primera conjugación: «finar». Con *custodire* (de *custos*, «guardián»), reparó en la palabra «custodia» y lo cambió por «custodiar». Y así sucesivamente. Su norma estaba clara: de una palabra (sustantivo o adjetivo) puede salir un verbo, pero sólo si lo hace con la conjugación en —*ar*. ¡Ar! Y si alguna derivación verbal se escapaba, la perseguía por los siglos de los siglos: *gratire* llegó hasta el siglo XIII como *gradir* pero luego se terminó convirtiendo en «agradar»^[5].

Como ocurría en latín, el todavía imberbe genio del castellano dejó una rendija para verbos formados con la terminación —*ecer* (*-scere* en el idioma de los romanos), y de paso aprovechó para desviar por ahí algunos que antes terminaban en —*ir*:: *adormir* se convirtió en «adormecer», y *establis* en «establecer», por ejemplo. Pero,

como es su costumbre, sólo tuvo franca esa puerta un cierto tiempo, para castigar luego a los impuntuales. Se crearon en su día verbos como «endurecer», «esclarecer», «rejuvenecer», «favorecer», «embravecer»..., a menudo recurriendo a prefijos para ayudarse en la formación y usando como raíz un adjetivo —a veces un sustantivo—, y también relacionando el significado con un proceso que comienza o que se abre (en lingüística, «significación incoativa»). Con todo ello, seguiría todavía hoy ciertas directrices del genio de la lengua quien inventase el verbo «rebuenecer»^[6]. Ese «rebuenecer» es posible con arreglo a las normas del genio para esta derivación verbal: se forma sobre un adjetivo, se ayuda de un prefijo y su significado denota la apertura de un proceso; pero ya no tendría éxito en español: porque el genio se puso intransigente en su día sobre este asunto y cerró la puerta. Además, prefería el verbo «mejorar».

El español concentra ahora, pues, toda la actividad en —*ar* para formar verbos a partir de sustantivos. Y uno de los hechos que demuestran la longevidad del genio de la lengua hasta nuestros días —el mismo genio de entonces— nos lo aporta la curiosa circunstancia de que esta norma se mantiene igual en la actualidad que hace mil años.

A esa primera conjugación se adscriben ahora neologismos radiantes como «esponsorizar», «atachar», «chatear», «linkar», «liderar» o el atroz «emailear»; pero también palabras legítimas creadas con los propios genes del español y que el genio bendice, como «ningunear», «piratear», «sambear», «salsear», «mensajear», «telefonear» o «televisar». Cualquier hablante que se proponga crear un verbo acudirá a esta desinencia, siguiendo inconscientemente los deseos seculares de nuestro amigo el genio. A nadie se le habría ocurrido decir por primera vez —ni por segunda ni tercera— «emaileír», «esponsoricer», «piratecer» o «telefoneír». Porque eso iría contra el genio del idioma.

Tres tipos de palabras. Él mira a menudo el reloj y el calendario. Muchas de las transformaciones fonéticas que convirtieron el latín en castellano se produjeron en oleadas, en bloques sucesivos. Hasta el siglo XII, por ejemplo, se mantenía la *t* como letra final de palabra en los verbos («puedet»). Y sólo a partir de entonces desaparece. Antes no había llegado el momento.

Cada evolución tenía su tiempo. Así, el genio cerraba la puerta principal del idioma sin contemplaciones a los invitados que llegaban tarde. Ni un minuto más. Los términos que no estén junto a la casa en el momento oportuno no podrán pasar al jardín de las palabras patrimoniales (aquellas que sufren la evolución del idioma y se adaptan fonética y morfológicamente a él), sino que, como mucho, deberán resguardarse en una zona secundaria, a veces incluso la caseta de los trastos.

Veamos.

El genio ha animado innumerables palabras populares, las manejadas por el pueblo a su antojo. Son las que más le gustan. Y seguramente las que mejor ha gobernado. Los lingüistas las llaman, ya lo decíamos, «palabras patrimoniales», y se han transmitido de boca en boca ininterrumpidamente, desde la época del latín hablado hasta el español moderno, para formar el grueso del pelotón de nuestro idioma. Por supuesto, en ese camino han sufrido todos los cambios fonológicos y morfológicos que les correspondían, disciplinadamente. Así, de *alter* (acusativo *alterum*) acaba saliendo «otro»; y de *filius* tenemos «hijo». Las normas establecidas estrictamente por el genio se van cumpliendo en ese proceso.

También englobamos aquí las palabras prerrománicas que suponemos presentes en la Península antes de que llegaran los soldados y los arquitectos del Imperio: «gazpacho», «becerro», «cazorro», «garduña»..., sometidas también a las leyes de la evolución. Es decir, son palabras patrimoniales todas aquellas que llegaron puntualmente a la formación del idioma.

Las «palabras cultas» son las que el español tomó del latín clásico o medieval, pero ya no de boca en boca y al principio, sino de pergamino en pergamino y tiempo después. Éstas no parecen tan del agrado del genio —su pronunciación le incomoda a veces—, porque él es alguien muy de pueblo como más adelante veremos. Pero también las acogió, sabedor de que se usaban menos y para dar gusto a los sabios y gentes cultas de cada época. Y además porque se trataba de palabras muy próximas al latín, amparadas tantos siglos por su propio padre, y porque cumplirán su función de distinguir a las personas instruidas y constituir un ideal de dicción y de cultura. Ahora bien, tales vocablos, precisamente por su circulación entre gentes de latines y por haber llegado impuntuales, no han sufrido todas las modificaciones de aquellos que pasaron por el camino oral.

Muchas de estas palabras cultas que vinieron a nuestra lengua por el papel escrito lo habían hecho también por vía popular y analfabeta, con lo cual adquirieron finalmente dos grafías y, por fortuna, dos significados. El genio, que no da puntada sin hilo, las especializó con sentidos distintos pero próximos, lo suficientemente distintos y próximos como para que podamos descubrir sus genes comunes: «frígido» y «frío», «fabular» y «hablar», «íntegro» y «entero», «mutar» y «mudar», «masticar» y «mascar», «vindicar» y «vengar», «plano» y «llano», «coagular» y «cuajar», «atónito» y «tonto»... Y lo mismo hizo con los sufijos que aceptó por la puerta de la vía oral y los que entraron por la zona culta: «monedero» y «monetario», «somero» y «sumario», «primero» y «primario»...

Y a medio camino entre unas y otras quedan las «palabras semicultas», más antiguas que las cultas pero menos que las patrimoniales; y que también tuvieron su puerta. Estas voces se heredaron del latín por vía oral, y se vieron influidas por la lengua de la iglesia o los tribunales (en ambas instituciones se habló latín durante

siglos). En ellas, una parte de sus fonemas se aviene a la evolución, pero otra no. Así sucede con *regula*, que nos da «regla» y que habría terminado en «reja» si hubiera hecho todo el recorrido^[7].

Es normal. En la época del idioma incipiente —aún no está fijada la evolución—, los sacerdotes en sus púlpitos eran como la televisión de ahora, pero con más influencia porque el público no tenía un idioma tan asentado como el de nuestros días; y repetían tanto algo, que se quedaba en el aire: *saeculum* debía haber derivado en *sejo* (corno «espejo» derivó de *especulum*), pero no completó la evolución porque los eclesiásticos usaban continuamente esa voz culta en sus sermones y sus oraciones (*per saecula saeculorum*), y esto mantuvo «siglo» y luego «siglo». De la rareza de este vocablo da idea el hecho de que no resulte fácil ponerlo al final de un verso y encontrarle rima.

Carácter estricto. Las palabras que no son patrimoniales —las que no llegaron a la hora adecuada— acaban pagando por lo general algún tipo de peaje: una pronunciación difícil en boca del pueblo (/solene/ en vez de /solemne/), un desaparejamiento de rima, un uso muy restringido... El genio del idioma se cobra su impuesto, aunque las acepte.

Podemos hallar muchas muestras más de ese carácter estricto de nuestro mítico personaje, por ejemplo el hecho de que el genio no haya consentido que se acentúe ni un solo prefijo. O que ni una sola palabra formada por composición («espantapájaros», «a cierra ojos», «duermevela»...) lleve el acento ortográfico o prosódico en el primero de los dos elementos. O aquella disciplina con que los grupos de sonidos se fueron modificando desde el latín: la diptongación de *e* y *o* breves y tónicas que se transmutan en *ie* y *ue*: *bene*, «bien»; *terra*, «tierra»; *bonus*, «bueno»; *porta*, «puerta»; *fortis*, «fuerte»^[8]. O que en la transición del latín al castellano no se haya perdido la vocal *a* —si acaso, se transforma—, esté donde esté y tenga acento o no lo tenga^[9]. Tan firme es también el genio —y tan claro lo ve todo—, que no admite ni una sola oración situada tras el nexo «para que» (no confundir con «para qué») que no se forme con el verbo en subjuntivo («voy para que me lo des», «lucha para que nadie se lo quite»). Tampoco permite que las palabras patrimoniales del español se casen con determinados sufijos tomados del griego o del latín (valen «cefalópodo» o «filólogo», pero no *cabezópodo* o *lenguófilo*) ...^[10].

Este carácter estricto, que impone cambios fonéticos y prohíbe formaciones ajenas a su costumbre, no se relaciona tanto con sus caprichos como con sus herencias, porque tal actitud le viene de familia. Ya antes el genio del idioma indoeuropeo transfirió palabras a otras lenguas con ciertas reglas estrictas: la *s* latina que inicia una palabra se transfiguraba en una /h/ al llegar ese mismo término al

griego: así, *septem* se corresponde con *heptá*, por ejemplo. La *p* del latín (*pater*) se convertía en *f* en islandés antiguo (*fader*), en el gótico (*fadar*) y en inglés (*father*). La *c* se volvía *h* (*cornu* y *horn*), la *h* se tornaba *k* ...^[11]

Decimos que el genio es «estricto» y estamos así ante una palabra procedente de *strictus* (que a su vez nace de *stringere*: apretar, comprimir). Exactamente la misma etimología de «estrecho». Los dos términos pueden definir lo mismo, incluso el Diccionario los hace sinónimos al darnos la definición de «estricto»: «estrecho, ajustado enteramente a la necesidad o a la ley y que no admite interpretación»; no muy diferente de lo que dice sobre «estrecho»: «que tiene poca anchura. Ajustado, apretado». No obstante, la primera («estricto») es más abstracta, y se refiere a los juicios y los ánimos de los seres humanos; la segunda se aplica más a la tierra y a los objetos: un juez es «estricto» pero un zapato no; lo que no impide que un juez pueda ser un «estrecho» («rígido, austero, exacto», en otra de las acepciones). Así solía establecerlo el genio: dejaba los conceptos más elevados para las grafías cultas y adjudicaba los más terrenales para sus versiones populares.

Pues bien, las dos palabras —«estricto» y «estrecho»— procedentes de una misma etimología (y que por tanto comparten su carga genética) son producto, precisamente, de lo estricto del genio del idioma. Una sola etimología ha dado dos significados, y así debía ocurrir.

En efecto, el dúo de consonantes *ct* derivó en el español primitivo a *ch*, circunstancia que lo hacía diferente de los demás dialectos románicos (peninsulares y extranjeros), porque en otras lenguas sí encontramos esa combinación de letras y sonidos en las palabras correspondientes. Pero transcurrida una primera época el genio del idioma ya no impuso más esta evolución. Y por eso decimos «estricto», «impacto» o «edicto», palabras de desarrollo diferente, por tardío, al que experimentaron «dicho» (de *dictum*) o «hecho» (de *factum*). Tanto «directo» como «edicto» y otras de similar fonética son palabras que llegaron tarde. Ya estaba cerrada la puerta de esa evolución patrimonial hacia *ch* y el genio se mostró implacable.

Así pues, no permitió la evolución de las impuntuales, que dejó para toda la vida con ese estigma. El tiempo de la transformación desde el latín ya había pasado, y el genio bisoño se había convertido en un adulto... Un adulto joven todavía, pero un adulto, que creía tener recursos suficientes y mostraba cierta altivez ante lo nuevo. Hubo algunos ruegos al respecto, pero no cambió de postura. La gente de baja condición decía /efeto/, /lición/, /sinificar/, /ecelente/, /solene/, /acetar/... Pero el genio del idioma no se conmovió: si esas palabras llegaron tarde en la evolución popular, que se note; si aparecieron por la vía culta, que se note también. Y vaya que si se nota, porque todavía hoy mucha gente no acierta a pronunciar bien «efecto», «lección», «significar», «excelente», «solemne», «aceptar»... De hecho, algunas de estas palabras de pronunciación culta adoptan un sonido más natural en determinadas

zonas de España (sobre todo en Galicia), cuyos hablantes entroncan así con la tradición del castellano viejo.

El genio aceptó, pues, algunas palabras difíciles de pronunciar entonces —y esta disculpa tal vez le parecía a ratos una exageración, pues no en vano venían del latín; y el latín no estaba tan lejos—, pero dejó que la tendencia natural del idioma se impusiera en otras similares: «luto», «fruto», «delito» (que sin embargo tienen sus desarrollos cultos «luctuoso», «fructífero», «delictivo» ...). ¿Por qué unas perdieron esas uniones complejas de fonemas y otras no? Paradójicamente, unas palabras tomaban determinadas formas debido a su abundante utilización, y otras obtenían una forma distinta... debido a su empleo escaso. Dicho de modo más simple: lo popular ganaba por el uso, lo culto ganaba por el desuso.

Algunas de esas «palabras cultas» del latín nos pueden parecer ahora normales; pero eso no significa que en su momento lo fueran, en un lenguaje popular dominado entonces por el léxico del campo y las labores menestrales.

El caso es que el genio aceptó —imaginamos que no con buena cara— que la Real Academia Española promulgara su estricta decisión contra *solene*, *lición*, *efeto* y sus palabras compañeras. Los sabios de la docta institución determinaron en el siglo XVIII —con el latín como lengua de prestigio, usada en iglesias, instituciones y palacios— consagrar las variantes más latinas (las que mantenían intactos los grupos consonánticos rechazados siglos atrás). Pero el señor del lenguaje sacó petróleo de aquella decisión, aunque no participara de ella enteramente. Porque tuvo un efecto interesante (el genio se las sabe todas): las posibilidades fonológicas del español se ampliaron hasta aceptar a final de sílaba consonantes anteriormente imposibles: *k*, *g*, *p* y *b*, que le darían luego mayor ductilidad para nuevas formas^[12]. (Ojo, a final de sílaba; no a final de palabra. Eso ya habría sido demasiado).

De todos modos, el genio del idioma no puede mirar con malos ojos las pronunciaciones populares /ojeto/ o /efeto/, por ejemplo, aunque haya consentido las formas cultas y sepa que aquéllas denotarán para siempre descuido o ignorancia a ojos académicos. Seguramente el genio sabe, aunque ahora lo reconozca a regañadientes, que la Academia fue demasiado cultista en aquel momento. Tal vez la Academia se comportó contra el genio del idioma...

No obstante, el lingüista Walter Porzig ha venido a auxiliar a ambos, al genio y a la Academia: «los sonidos de la lengua», escribió, «cambian bajo las mismas condiciones del mismo modo»^[13]. Una ley fonética, sostiene el autor alemán, no es válida para siempre, sino sólo para un cierto espacio de tiempo, unos siglos o unos decenios. Se supone, pues, que la evolución de las palabras patrimoniales y su estricto orden de fonemas había terminado ya, y que eran posibles algunas otras fórmulas como las bendecidas por los sabios.

Y el genio, en verdad, tenía sus disculpas para ceder y dar por bueno lo sucedido,

una vez —eso sí— que sucedió. Las alternativas que se le mostraban («efecto» frente a *efeto*, «objeto» frente a *ojeto*) no le iban a ofrecer opción para aplicar significados distintos como había hecho en casos anteriores —ahora no se daba un doblete, sino una sustitución—, pero necesitaba estas nuevas combinaciones fonéticas para usos más interesantes. Y ya se sabe que para experimentar la evolución popular hacía falta estar a la hora indicada, como él mismo tenía establecido. Así que aceptó la enmienda académica.

El vocablo *titulum*, por ejemplo, fue impuntual también. Si este término hubiera seguido la misma evolución de sus similares —si hubiera llegado al habla general en el momento oportuno—, ahora estaríamos diciendo «tejo»: «el *tejo* de esta película es muy bueno», por ejemplo; y quizás pensaríamos así, por analogía, que los títulos son los tejados de las obras, y quién sabe si «echar los tejos» se diría en ese caso de otra manera. Porque la *i* breve acentuada de *titulum* se habría convertido en *e* en su evolución: *tetlum*, —y el dúo consonántico *tl* se habría transformado seguramente, tras pasar por *teclum*, en *j*, como «viejo» sale de aquel *veclum* del latín vulgar y éste del literario *vetulus*. Pero *titulum* llegó al español cuando ya esas evoluciones estaban pasadas de moda, y sólo se le cambió a la palabra su terminación, para hacerla reconocible en nuestra lengua: este otro tipo de adaptaciones menores tenían tiempo de sobra, carecían de fecha de caducidad^[14].

La historia se repite. El fenómeno de aquellos siglos no queda tan lejos. Algo similar ha ocurrido incluso en los últimos años con la palabra francesa *élite*. La Academia supuso enseguida una pronunciación llana en español, porque ésa es la tendencia general en nuestro idioma y porque en francés el acento tónico está en la segunda sílaba (se pronuncia /elít/, aunque el acento ortográfico figure en la primera). Pero el tiempo en que las palabras francesas se tomaban al oído por el camino de Santiago pasó hace siglos; y el genio del idioma ya no admite fácilmente vocablos así. El francés *élite* fue en español un término escrito antes que hablado. No entró por la vía oral, y los españoles que no saben otros idiomas identificaron el acento ortográfico (que no es equivalente en español) con el de cualquier otra palabra esdrújula. Y decidieron pronunciar /élite/. Y así se extendió luego el vocablo entre locutores y periodistas que jamás habían oído la palabra en francés.

Pero hay una diferencia entre aquellos «locutores» de los púlpitos y estos de ahora. Aquéllos dominaban el latín, todavía muy próximo por otra parte. Y los latines que repartían los curas no resultaban tan ajenos a los fieles. Alguna adaptación acabaron teniendo (de *saeculum* a «siglo» va un trecho, a pesar de todo), aunque no fuera la misma que si hubieran llegado antes y el genio hubiera tramitado esas palabras por la vía popular. Entraron, como estamos explicando, en una estancia

distinta; pero entraron finalmente, porque el genio, deudor de sus antecesores, les abrió una puerta. No la puerta principal, que las habría convertido en palabras patrimoniales con todas las modificaciones que les serían de aplicación, sino un acceso lateral. Y el caso es que ya están dentro y nadie se acuerda de por dónde ingresaron.

Algunas otras palabras han experimentado más tarde evoluciones similares, también por haber usado una puerta secundaria. Tomaron algo de la fonética del castellano y se camuflaron, pero algo en ellas —fíjense en la terminación— denuncia su origen no patrimonial: «ambigú», «debut», «chalé» o «chalet»... Luego hablaremos de estos vocablos.

Nebrija incluía galicismos en su diccionario de 1495^[15] como «paje», «manjar» o «jaula» (que procede de *geoley* antes *jaole*)^[16]. Muchos de ellos habían llegado como consecuencia de la peregrinación desde Francia hacia Santiago de Compostela. Así, hemos visto que los galicismos anteriores al siglo XVI acuden en español a la *j* para sustituir los sonidos de la *j* y la *g* del francés (similares al sonido /y/ ante vocal), como «jardín» (del francés *jardin*, /yardin/); pero los galicismos modernos recurren a la *s* o la *ch* para esa misma situación: por eso se forma «charretera» (una divisa militar) a partir de *jarrete*; y «bisutería» a partir de *bijoux*^[17]. ¿No podían haber seguido el mismo camino que sus palabras familiares? No. El genio del idioma había decidido ya otra cosa, y es riguroso con su reloj. Lo estamos viendo.

Claro que llegarán más tarde nuevos galicismos, pero cualquier hablante notará que lo son; y eso acaba por influir en que muchos de ellos desaparezcan; a no ser que pasen por el aro y se adapten a la fonética que el genio impone desde hace siglos. Y aun así a veces también sucumben.

Tenemos, pues, galicismos patrimoniales como «jardín», semicultos como «bisutería» y cultos como «élite». El semblante de nuestra lengua ha mostrado durante un tiempo voces como «soirée» (que se acabará sustituyendo por «sarao», si esto funciona como parece), o «chalet» (que se terminará escribiendo «chalé» y que quizás dentro de unos decenios vuelva a llamarse «casa» por oposición —y especialización— frente a «piso» o «apartamento»; «departamento» en América); o como *pot pourri* (españolizada como «pupurri» o «popurri» pero que en francés es un calco del español «olla podrida», expresión esta que viene a su vez de *poderida*, «poderosa»); o «ambigú» (en camino de desaparición también porque el «bar» de los cines o de los teatros sigue siendo un bar). La diferencia fonética que percibimos al instante entre «jaula» y «jardín», por un lado, y «soirée» o «ambigú», por el otro, nos muestra claramente que aquéllas son palabras patrimoniales (han sufrido las evoluciones propias de nuestro idioma al través de los siglos), pero las otras no. La puerta principal se había cerrado. ¿Por qué? Usted lo sabe ya: porque el genio se comporta con firmeza y consideró que la época de la influencia francesa estaba

superada y que a qué ton se presentaban esas otras palabras, tan a destiempo. Tan impuntuales.

Tal vez no sólo pensó que aquella época estaba pasada, sino que las épocas de incorporar palabras tan distintas de las propias habían quedado atrás. Porque ya nunca más asimiló con naturalidad una cantidad semejante de términos extranjeros, casi todos ajenos a las lenguas con las que pudo jugar de pequeño (con ésas siempre se mostrará condescendiente).

Puede haber un punto de arrogancia en esta actitud. Igual que la ejercía en sus albores, porque el idioma era «certero y decidido» en las elecciones, como lo describe Rafael Lapesa. Firme, tajante, tenaz. Mientras los dialectos colindantes (el leonés o el aragonés) titubeaban entre las distintas formas de una misma palabra que en aquellos tiempos tenían ante sí, el genio del idioma español escogía rápidamente «puerta» y «silla», con energía y contundencia, frente a voces como *puorta*, *puerta*, *puarta*, *siella* y *sialla* en las que andaban sus vecinos. Esa determinación del genio, las decisiones estrictas, le vienen de las épocas de transición en sus evoluciones, unos años en que debió dirigir el tráfico con entereza. Recuérdese que en español arcaico la segunda persona del pretérito permitía elegir entre *feziste*, *fiziste*, *fizieste*, *fezist*, *fizist*, *fiziest*, *fezieste* y *feziest* (ocho posibilidades), al mismo tiempo que los hablantes alternaban *elle*, *elli*, *ell* y *él*; *aquest*, *aquesti*, *est* y *esti*; y *esse*, *est*, *es* y *essi*. Menos mal que puso orden.

La adaptación. El genio de la lengua va creando el idioma, y se siente satisfecho con el camino andado. ¿Por qué va a dar por bueno «debú» a la primera si ya tiene «presentación» y «estreno»? Sí, es cierto que aceptó «jamón», pero primero lo transformó desde *jambon* (/yambón/) y de todas formas no renunció del todo a «pernil», que sigue en el diccionario; y además ése era otro momento. Después ya no le gustan las voces nuevas que llegan con ínfulas y que parecen denunciar lagunas léxicas o fonéticas en su acervo, acusándole de no haber hecho bien su trabajo. Así que les pone dificultades. Ahora bien: si insisten mucho y muestran algún gesto de adaptación —siquiera sea incompleta—, les franquea el paso. Ahí está «fútbol», por ejemplo. También tenemos «balompié», pero esta palabra no era anterior al anglicismo. Como tantas otras, había llegado tarde.

Con el latín primitivo viajaron en su día algunas voces de otras naciones, que la lengua de Roma había recogido en sus múltiples campañas militares y civiles. Esos vocablos sí participarán de la evolución general hacia el castellano, simplemente porque llegaron puntuales a la cita —estaban ahí en el momento adecuado—, y al genio le pareció bien: es riguroso, pero también justo. Así, la palabra supuestamente gala *cervesia* (en el celtolatino *cerevisia*) termina siendo «cerveza»; igual que del latín vulgar *ceresia* hemos llegado a «cereza». Estas voces aparecen en su debido

momento, y pasan por la evolución común. Entraron por la puerta principal.

El griego clásico, por su parte, ya era muy reacio a aceptar palabras foráneas sin adaptarlas previamente a su fonología y a su morfología^[18]. También el español ha mostrado siempre una fuerte tendencia a asimilar los fonemas extranjeros a los propios. Lo mismo había hecho el latín, que recibió el griego *sjolé*, lo transformó en *schola* y nos brindó «escuela», con una aspiración de la *s* inicial que se fue perdiendo paulatinamente.

Los germanismos más antiguos (que llegaron al castellano de dos maneras: con el fondo común románico o bien del gótico) se convirtieron en palabras patrimoniales y siguieron también las leyes fonéticas de las voces populares. El genio, mientras estuvo a la puerta, impuso condiciones: las palabras debían adaptarse a la fonología del castellano y seguir todos los procesos propios del latín hablado, del protorromance hispánico y del castellano mismo. No le importó al genio del idioma que algunos fonemas germánicos carecieran de una correspondencia clara, siquiera aproximada, en el español naciente: la /h/ aspirada y la /w/, igual que las oclusivas intervocálicas /p/, /k/ y /t/, plantearon sus problemas. Pero no habría clemencia. La /h/ aspirada ya había desaparecido del latín antes de que naciera Jesucristo, así que el fonema que traían los teutones y sus parientes desapareció también en el castellano, que formó «espía», «arpa» o «yelmo» olvidando que en algún momento fueron *spahia*, *harpa* o *helm*. A su vez, el sonido /w/ se asimiló a /gw/ (el castellano ya tenía algo parecido en «lengua» y otras palabras) cuando la vocal siguiente era una *a* (*triggwa* nos da «tregua»; pero cuando le sigue otra vocal se reduce a *g*).

Las voces árabes serían las últimas admitidas a la fiesta de la evolución con influencia ajena. Y, por lo general, los arabismos llegaron al romance hispánico a tiempo, cuando la puerta principal no se había cerrado. Por eso experimentaron los mismos cambios fonológicos que percibimos en las palabras de origen latino. Así, los fonemas sordos intervocálicos del árabe están sujetos a la lenición (debilitamiento) que se estaba produciendo con las palabras latinas: igual que *decollare* da «degollar» (y se desvanece la idea de «cuello»), *al kutún* deriva en «algodón» (la *t* intervocálica se convierte en *d*, además de la suavización de la segunda consonante, *k*)^[19].

Y se acabó. Después del siglo XVI el genio no admite con facilidad más palabras que puedan convertirse en patrimoniales (de ahí la dificultad ahora con los vocablos del inglés, tan actuales y tan poco capaces de evolucionar ante un personaje así de firme). Él considera que ya tiene una lengua construida y se tumba a sestar. A partir de ahí, todas las palabras serán prestadas (y a menudo con ánimo de devolución). Habrá excepciones, claro, pero éstas a su vez deberán atender a otras razones que considere válidas. Es juicioso y riguroso, ya lo hemos dicho. Y sí... parece que le gusta el «fútbol» ; tanto, que ha permitido su progreso en el idioma: futbolístico, futbolero, futbolista... Claro, la palabra pagó el peaje exigido y abandonó la vieja piel

con la que llegó (*football*).

Esa historia que viene de tan lejos invita a pensar que raramente los anglicismos léxicos que nos rodean (*overbooking outsourcing, planning...*) se asentarán en nuestro idioma tal y como los escribimos hoy en los periódicos, pues los genios de las lenguas que han alumbrado la nuestra, estrictos todos según se ve, no ponen buena cara al respecto. O se adaptan, o serán sustituidos por palabras españolas con procedimientos que luego analizaremos.

Cuestión de épocas. Los casos repasados aquí —y se trata sólo de ejemplos de una tendencia más amplia— nos presentan a un ser ciertamente riguroso, de esos que dicen «cada cosa a su tiempo», «todo con sus reglas». Un carácter del genio que tampoco nos resulta ajeno. Los seres humanos que han poblado nuestro entorno tuvieron su momento para el barroco, para el románico, para el gótico... No encontraremos iglesias visigodas con los ornamentos del churrigueresco, ni templos neoclásicos en los años del barroco. Y otro tanto sucede con los estilos musicales, pues el genio de cada época inspiró a los compositores según el mundo en el que vivían, lo mismo que a escultores, pintores y hombres de letras.

Es también nuestro propio sino: toda evolución cultural ha necesitado de la coherencia, de la acomodación a la realidad y al terreno... y de puntualidad. Muchas actitudes que los seres humanos ponían en práctica de natural en una época se quedaban obsoletas de repente: se había pasado su momento oportuno. Las catedrales que se construyen en nuestros días han de ser por fuerza distintas de las del siglo XII. Y si intentaran parecerse, sólo derivarían en una imitación. Pero algunas de nuestras basílicas se estuvieron construyendo durante siglos; y en cada día de trabajo humano sobre la piedra hubieron de vivir las influencias de los tiempos. Que luego su resultado fuera armónico también se debió de producir gracias a algún otro genio.

Ese cierre de plazos tan estricto como el de un tribunal de justicia funcionó en el idioma. Las distintas evoluciones tuvieron su época. Luego, al genio de la lengua le correspondió la difícil tarea de equilibrarlo todo para que el resultado fuera coherente.

En ciertos terrenos, el genio sigue evolucionando aún —y lo hace según su historia, desde dentro de sí mismo—, puesto que no es de piedra; pero en otros dejó de hacerlo, y ya no lo intentará más. Y siempre, por debajo de esas capas históricas permanecen sus reglas; como debajo de cada estilo musical se aprecian las armonías básicas del solfeo y como las catedrales de los más divergentes estilos cumplen sin duda las leyes primarias de la arquitectura.

El genio es estricto, pero nosotros también. La garantía de la libertad precisa de plazos, normas y sanciones, y todas las sociedades se los dan a sí mismas. El genio evoluciona, pero con reglas. Será difícil, por ejemplo, que se cree una sola preposición. Ya existen todas las que hacían falta. A veces se percibe como estrictos e

intransigentes a quienes intentan explicar la evolución y el comportamiento de la lengua. Pero no les culpemos: es el genio. Y el genio nos atenaza a todos, aunque miremos para otro lado. Hay soluciones individuales, claro que sí; sin embargo, la colectividad necesita, para que arraiguen, un mínimo de coherencia con la historia. Si una persona inventa el verbo «camioneír» (un imaginario «construir camiones»), no tenga duda: ya puede insistir cuanto quiera, que los demás dirán —si es que dicen algo al respecto— «camionear». El genio tiene un reloj, y no es lo mismo llegar antes que después de la hora.

III El genio del idioma es lento

El genio de la lengua tiene el aspecto de un peso pesado. No tanto el de esos conocidos genios que salen de lámparas maravillosas y que derrochan protuberancias grasientas desde la garganta hasta los tobillos, sino el de un ser sólido y bien musculado. Si no fuera por su carácter pacifista, podría parecer un gran boxeador. Un gran boxeador lento, por supuesto.

No podemos pretender que de repente se vuelva ágil. Incluso si alguna vez lo fuera, necesitaría un largo período para ponerse a dieta... y para que ésta surtiera efecto. Esa faceta de la premiosidad constituye uno de los rasgos principales de nuestro personaje: todo cuanto se puede atribuir a su mano se desarrolló despacio. Atendiendo a ese pasado, podemos imaginar qué ocurrirá con ciertas palabras que llaman ahora a la puerta; lo que no podremos hacer es determinar cuándo se desperezará para atender al timbre.

Hace muchos siglos que el genio del idioma adopta decisiones, pero ni siquiera sabemos cuándo empezó a tomarlas. Sólo alcanzamos a suponer que eso ocurrió hace más de un milenio.

En lo que concierne a sus movimientos para ir formando el idioma español, podemos considerar que ha empleado unos dos mil años. Previamente se aplicó con calma a transformar una lengua anterior, el latín, y a enriquecerla con el griego y con las que ya se hablaban en la península Ibérica antes de que llegaran los romanos. Se ayudó de la historia, como es lógico, pues el Imperio de la época —el Imperio Romano— exportó su cultura y sus palabras. Y la historia se ayudó de su influencia, pues el genio del idioma sólo buscaba que los seres humanos se entendieran mejor.

Los romanos llegaron a la Península en el siglo in antes de Jesucristo, y aquel Imperio se desmembró en el siglo V de la era cristiana. Casi ocho siglos de dominio, decenio más o menos.

En el año 400, por ejemplo, los castellanohablantes todavía pronunciaban el diptongo *au* de *aurum*, y también en el año 500, y en el 600, y en el 750, y en el 800... y así sucesivamente; hasta que, muy despacio, en la época hegemónica del leonés, la transformación en *o* de los diptongos *au* —y de los finales latinos en *um*— acaba proporcionándonos «oro», heredera lógica de *aurum* pero con una transformación que esperó y duró siglos. Podemos imaginarnos a las gentes de las aldeas y los mercados pronunciar «oro» y también *auro*, después de que se hubiera dicho siglos antes *aurum* (la caída de la *m* final fue uno de los primeros cambios, durante el siglo I antes de Cristo)... en un proceso que sin duda hubo de registrar convivencias entre las distintas formas de las palabras que se hallaban en evolución. *Novo* coexistiría cierto tiempo con su antecesor *novum*, y muchos siglos después compartiría el idioma general con «nuevo», que ya no evolucionó más (recordemos

que el genio hace uso de su reloj)). Palabras latinas que comenzaban por *f* —por ejemplo, *farina*— se escribieron así durante muchos siglos a pesar de que ya se pronunciaban con /h/ (aspirada), pero el cambio ortográfico hasta la *h* de nuestros días no se produjo hasta finales del XV y principios del XVI.

El lento recorrido de esta evolución nos puede dar una ajustada idea sobre el carácter actual de nuestro genio, que viene de entonces. A principios del siglo X, el sonido /h/ (laringal, aspirada) estaba asentado en el norte de España, mientras que en otras zonas se mantenía la /f/ latina (que sólo en uno de sus dos comportamientos se mudaría en /h/). Todavía en el siglo XVI (reunificada ya políticamente España y transcurridos más de cinco siglos), esta evolución seguía sin completarse: en las zonas de Castilla situadas al norte se pronuncia /orno/ («horno»), mientras que en Toledo se dice /horno/ (con hache aspirada). Todavía hoy se oyen palabras con esa pronunciación en zonas rurales de España y de América («tengo mucha hambre» como «tengo mucha /jambre/»).

En ese lento recorrido geográfico y temporal, el castellano pasó por su época visigótica (414-711), durante la cual, y entre otros rasgos, aún conservaba los diptongos latinovulgares *ai* y *au*; la asturiano-mozárabe (711 a 920), que registra ya algunos arabismos; la hegemónica del leonés (920 a 1067), cuando, por ejemplo, llegan nuevos arabismos; y la que dará paso a la hegemonía castellana (1067 a 1140), con la entrada de galicismos que recogerá el *Mío Cid*. Esos más de 600 años — parecen muchos, pero son apenas los albores del idioma— nos dejan sólo un castellano como el del famoso cantar de gesta, tan distante aún del que hemos recibido nosotros. Todavía quedaba mucho camino.

Segmentado el tiempo de otra forma^[20], y centrándonos en los documentos escritos, podemos comenzar con la *época preliteraria* (siglos VII a XII), en que el castellano se va alejando del latín vulgar, toma helenismos por el contacto comercial del Mediterráneo y se manifiesta ya por escrito en las *Glosas Silenses* y las *Glosas Emilianenses* (siglo X). Después nos adentramos en la *época de la iniciación literaria* (siglos XII y XIII), con la aparición del *Poema de Mío Cid* (en torno a 1140) y el fuerte impulso y exaltación del idioma a cargo del rey Alfonso X el Sabio. La *época preclásica* (siglos XIV, XV y principios del XVI) nos ofrece ya un castellano que comienza a ser fijado en la literatura, con don Juan Manuel, el Arcipreste de Hita, el Marqués de Santillana, Juan de Mena... Y le sigue la *época clásica y barroca* (siglos XVI y XVII): Santa Teresa de Jesús, fray Luis de León, Quevedo... y Cervantes. Más tarde llegaría la *época academicista* (siglo XVII), donde predomina la reflexión frente a la creación, se establecen las normas sobre el idioma y llegan muchos galicismos que se acaban adaptando al genio del castellano. En 1713 se crea la Academia Española; en 1726 aparece su primer diccionario, denominado *Diccionario de Autoridades*. Y en 1871 nace la primera academia de Hispanoamérica, la

Academia Colombiana de la Lengua.

Esto que aquí se ha contado deprisa ocurrió bastante despacio. No faltan voces que le animan ahora a acelerarse, al genio. Todo a nuestro alrededor evoluciona a velocidad de vértigo. Estamos rodeados de objetos nuevos que enseguida serán viejos, y de objetos viejos que hace bien poco constituían la más sorprendente innovación (¿quién usa ya un «busca» o «bíper»?). Por eso esperamos que el idioma se acelere, y le pedimos a la Academia que obre en consonancia con los tiempos que corren, que corren mucho.

Pero el genio es un lento, decimos, y nunca va a responder a esas provocaciones. No hace falta más que ver su carácter cansino, forjado en una expansión llena de calma. Las prisas eran de otros, de quienes ambicionaban tierras y conquistas. No tuyas. Porque el genio del idioma no ha hecho la historia, aunque la haya compartido. La historia le ha influido, eso sí, y le incitó a asumir determinados hechos.

El latín había llegado a la península Ibérica en el año 218 antes de Jesucristo, con la triste compañía de la Segunda Guerra Púnica. Entró por el noreste pero aguardó nueve años, hasta 209, para que Cornelio Escipión tomara Cartago Nova. Y casi dos centurias a que la conquista romana alcanzara, en el año 19 antes del Nacimiento, la costa cantábrica. «En un territorio tan amplio como Hispania el proceso fue lento», escribe Javier Medina López^[21]. Las cosas ocurrían así en aquel tiempo, y ésa fue la infancia de nuestro genio. No le pidan celeridad ahora, porque su carácter se hizo tranquilo y recibió la sana virtud de esperar con paciencia.

La etapa del español medieval se considera formalmente el período de formación del castellano, que va desde las *Glosas Emilianenses* y las *Glosas Silenses* (siglo X) —primeros documentos escritos conocidos que atestiguan el nacimiento del idioma—, hasta el final de la Reconquista (1492, es decir, finales del siglo XV). Por tanto, estuvo formándose nada menos que cinco siglos. Y al término de ese periodo aún no era el idioma que hablamos hoy.

Las armas siempre se movieron más deprisa, claro. Los cristianos recuperaban Calatañazor, pongamos por caso, y eso no cambiaba el idioma de los sorianos de la noche a la mañana. Pero sí cambiaban de la noche a la mañana sus jefes. Como nos recuerda Antonio Alatorre, hacia el año 1200 en el fuero o estatuto municipal de una población situada al norte de Toledo se leen palabras como *tella* en vez de «teja» y *cutello* en lugar de «cuchillo»^[22]. Parecen voces leonesas y aun portuguesas, pero no son sino voces mozárabes que no se habían «puesto al día» en más de un siglo. «Si la reconquista militar pudo ser rápida, en muchos casos, la castellanización no lo fue de ninguna manera», dice el historiador mexicano.

El latín se fue extendiendo despacio, pues, y durante muchos decenios convivió con otras lenguas que ahora llamamos prerromanas (antes nadie sabía que eran prerromanas, pues los romanos no habían llegado) y que mostraban una variada gama

de sonidos y palabras (de ellas sólo sobrevivió el euskera, a salvo de la romanización). Se trataba de lenguas repartidas geográficamente por la Península, desde luego, y quizás no permitían que se entendieran entre sí muchos de los grupos que las empleaban. Algo parecido sucedería siglos más tarde en América, por cierto, cuando llegó el idioma español y se encontró innumerables tribus que tampoco podían conversar entre sí.

Tal vez pasaron cientos de años en esa convivencia del latín con lenguas peninsulares prerromanas. Y en aquellos siglos —no podemos saber con certeza cuándo—, el genio de un idioma viejo hizo nacer de sus entrañas un joven genio con gran curiosidad hacia cuanto encontraba alrededor. Era ya el genio del idioma español, nacido del latín y abierto a incorporar todas esas palabras que iba oyendo a su paso, para crear su propia obra. Con respeto al padre, desde luego; pero con sus ideas personales.

Tomó la mayor parte de su vocabulario del ya alumbrado por su predecesor, que a su vez lo había tomado del indoeuropeo; pero incorporó voces del vascuence, del celta... algunas otras cuyo origen ignoramos y también construcciones gramaticales y sintácticas. Cuando llegó a los conventos, a los palacios y a las cortes, le costó presentarlas en sociedad, porque en aquella época se tenían por menos prestigiosas. (El latín era la lengua de la cultura). Había resquicios, desde luego, como los campos léxicos de la flora y de la fauna, del estilo propio de vivir la vida en cada tierra, de las labores del campo y de las herramientas. Incluso aprovechó cualquier suplencia para asentar en la lengua culta el término tomado de la reserva popular. *Sinister* («izquierdo» en latín) había caído en mala fama por peyorativo: «siniestro». Y ahí, muy cerca, de raigambre peninsular indudable, estaba *ezkerro*, que empleó como antecedente de la futura voz castellana «izquierdo». Por unas u otras razones le gustaron también «aquellarre», «boina», «bruces», «cachorro», «chaparro», «pizarra», «socarrar», «urraca»... y «alud» (que probablemente procede de *lurte*, «derrumbamiento de tierra» en euskera).

Por los mismos procedimientos, el genio hizo suyas palabras del celta como «álamo», «berro», «bota», «brezo», «brío», «gancho», «greña», «lama» o «losa»^[23]. No contrariaba con ello el legado paterno, pues el latín ya había incorporado para entonces algunas voces célticas en otras tierras del Imperio, así «carpintero» o «vasallo», que llegaron a la Península como si fueran latines auténticos. «Carpintero», por ejemplo, se dijo en latín *carpentarius*^[24] y procedía del latinocelta *carpentum* (un rudimentario «carro en forma de cesto» que debían de fabricar los carpinteros cuando ellos ni se imaginaban que algún día, siglos más tarde, se harían llamar «ebanistas»). Y también pescó en otras lenguas cercanas, hoy sólo intuitas pues poco conocemos de ellas, de donde sacó «abarca», o «zarza», o «charco».

Así conocemos ahora estos términos, pero eso no significa que hace dos mil años

se pronunciaran del mismo modo. Fueron cambiando despacio, hasta conformar con las palabras de origen latino un cuerpo fonético sólido y reconocible que ahora llamamos español.

«Dentro de la Romania occidental», escribió Rafael Lapesa, «unas lenguas se muestran más revolucionarias y otras más conservadoras. El francés ha llevado hasta el último extremo las tendencias generales [...] En cambio, el español es el más lento en su evolución»^[25]. Ya en la época del latín, el idioma de la Península estaba demasiado lejos de Roma como para seguir al detalle los cambios allí registrados; y eso se le quedó en el carácter a nuestro genio, que, como veremos más adelante, se hizo muy de pueblo.

Todo ocurrió lentamente, con procesos de asimilación costosos. Y gracias a la comunicación oral. La escritura en la lengua castellana no se perfiló hasta el siglo XII, más de mil años después de que entrara el latín. Entre otras razones, porque la mayor parte de quienes hablaban español eran analfabetos.

No deja de tener importancia este hecho: fueron los analfabetos quienes crearon nuestra lengua, poseídos por el genio del idioma. Y todavía hoy, las clases menos cultivadas siguen teniendo una intuición formidable de la lengua que hablan, en la que sólo yerran cuando abandonan sus acervos léxicos para adentrarse en aquellos que les resultan ajenos. El genio sigue en ellos. Como ha escrito Eugenio Coseriu, lo que el hablante ingenuo piensa de su lengua es decisivo para su funcionamiento^[26].

La Reconquista ayudó a que el castellano se extendiera (siglos XIII a XV) hacia el sur. Las variedades de lenguas romances que nacieron en el norte se agruparon en su camino hacia Granada, y tomaron como referencia el castellano de Castilla, gracias, entre otras razones, a la creación de su Reino (1035) y a los éxitos militares, culturales y políticos que se procuró. En la segunda mitad del siglo XIII Castilla ya ocupaba más de medio territorio peninsular, y su lengua iba desplazando al árabe mientras acababa con el mozárabe^[27]. Pero sin que nadie inculcara prisa alguna. Entre aquel 1035 en que nació Castilla y el año 1492, en que se expulsó a los musulmanes, median casi cinco siglos. Y además él iba todavía más despacio que los nobles, los caballeros y las huestes^[28].

Hasta comienzos del siglo XII, las clases llanas seguían mezclando el latín con el romance, en una modalidad llamada despectivamente *rusticus sermo*. Los mozárabes (o arabizados) la llamaban por su parte *latinum circa romancium*, por oposición al *latinum obscurum*^[29]. En esa época, las palabras romances se latinizan y otras latinas se romancean, una indeterminación de campos que favoreció el crecimiento de los semicultismos. Porque, evidentemente, y como se ha explicado más arriba, las plazas y fortalezas, los mercados y las plantaciones de trigo y cebada, no cambiaban de lengua de un día para otro. El proceso se desarrollaba con lentitud, y ese rasgo ha permanecido en el genio de la lengua que nos ilumina ahora. (Aun cuando pueda

equivocarnos la invasión de barbarismos que revolotean como insectos junto a la luz de la lámpara).

Para entender esta actitud del genio del idioma hay que acudir a lo que el filólogo Emilio Lorenzo llamó el «semblante» y el «talante» de la lengua^[30]. Se suelen confundir ambos aspectos. El semblante varía (hay un semblante medieval, un semblante del XVIII, un semblante de ahora), y en él se producen cambios continuos Y sobre todo, desapariciones de cambios registrados con anterioridad. En el talante, por el contrario, los cambios permanecen.

Coseriu reflejó también con precisión estas tensiones que se dan en todo idioma: «la lengua se constituye diacrónicamente y funciona sincrónicamente»^[31]. El genio ha gobernado siempre, pues, varias potencias encontradas: la del semblante contra el talante; la corriente del cambio contra la fuerza de la permanencia; la de sus voces contra las ajenas; la prisa contra la calma; la evolución oral y los cultismos escritos. En realidad, todo se reduce al mismo choque: lo que es y lo que parece. Y casi siempre se acaba imponiendo lo que es. El partido que disputa este genio no tiene noventa minutos, sino que dura muchos siglos. Y, además de disponer de músculo y talento, lo juega muy despacio.

Hay quien cree, por el contrario, que el genio del idioma alienta las continuas modificaciones y, con cierto aire trotskista, la evolución permanente. Eso, si es que sucede (y sostengo que no sucede tanto), ocurre sólo en el semblante de la lengua. Ahora las palabras procedentes del inglés aparecen a cada rato en nuestros medios de comunicación y se prenden a menudo de nuestras bocas, lo que da un aspecto de movilidad al idioma que se queda sólo en eso: en el semblante. Porque éste es externo al genio de la lengua, que no suele preocuparse mucho al respecto. ¿Por qué? Ya hemos dicho que se trata de alguien lento, y atender al semblante le obligaría al movimiento continuo.

Recordemos que se trata de un peso pesado. Además, tampoco tiene necesidad, porque él lo ha organizado todo de manera que funcione con unos engranajes seguros que puso en marcha en su día, hace miles de años, y no le parece preciso alimentarlos de continuo. Otra cosa es el talante, adonde van a depositarse algunas formas que estuvieron en el semblante, pero una vez transformadas.

Lentitud en América. Si será lento el genio, que en América se desperezó muy tarde. Y eso que se trataba ya de tierra conquistada. El imaginario colectivo cree que el español lo extendieron en América los españoles, cuando sería más atinado decir que lo extendieron los americanos.

Las deformaciones interesadas han difundido la idea de que los conquistadores barbudos impusieron a machamartillo la nueva lengua. Nada más lejos de la realidad.

Y si lo hubieran intentado, probablemente el propio genio se habría opuesto. Demasiada rapidez. No es su carácter, como ya se había demostrado antes en los territorios ganados al Islam.

España coloniza América en el siglo XVI, y sale de allí por completo en el XIX (ya a las puertas del siglo XX). Salió España, por supuesto, pero no salieron muchos españoles que habían ido allá, ni muchos que viajarían más tarde. Cuando se produce la independencia de las colonias, sólo hablan español uno de cada tres americanos. Esa lentitud del genio puede parecer exasperante. El exitoso *Vocabulario* de Pedro Arenas, publicado en México en 1611 para enseñar el español a los indígenas, seguía vendiéndose doscientos cincuenta años después con igual aceptación. «Esto debe hacernos reflexionar», ha escrito el historiador de la lengua Juan Ramón Lodares, «sobre la tranquilidad y paciencia con que las cosas idiomáticas transcurrían en los virreinos. También sobre el hecho de que la lengua de los españoles estaba menos extendida de lo que parecía en un principio»^[32]. En 1570, cuando aún no se había cumplido un siglo del Descubrimiento, habría en el continente unas seis mil quinientas familias españolas frente a los tres millones largos de familias indias. Una desproporción considerable. Cien años después, los términos seguían sin equilibrarse. En Ciudad de México residían entonces ocho mil españoles y unos seiscientos mil indígenas. En 1635, el obispo Maldonado le escribe una carta a Felipe V en la que, entre otras cosas, le dice: «en esta tierra poco hablan los indios y españoles en castellano porque está más connaturalizada la lengua natural de los indios»^[33]. Otra carta, llegada desde Quito (que se había fundado ciento treinta años antes), le informa de que son innumerables los indios de servicio en las casas «a los cuales sus amos y amas los hablan en la lengua del inca». En 1789, Alejandro Malaspina recorre todos los dominios de España en América y llega a la conclusión de que el Imperio no tenía lengua común propiamente dicha, y de que el español se hablaba sólo en los grandes centros urbanos, donde además no eran infrecuentes otras lenguas autóctonas.

El lento genio del idioma, que gobernaba todo aquello desde el interior de cada hablante, no animó mucho a la expansión. Era su carácter, que —ya lo hemos visto— le venía de la Reconquista. En general, toda evolución y expansión de una lengua va despacio. A veces nos deslumbra el éxito del inglés; su rapidez para invadir culturas. Pero, si rascamos un poco, vemos que por debajo queda una lengua autóctona —ya sea el hindi, el malayo o el afrikáans— tan fuerte o más que el idioma invasor. En América, el genio del castellano actuó despacio, y tal vez por eso sirva hoy como lengua materna a más del 90 por ciento de los habitantes de los países colonizados por España.

Fueron los españoles quienes se inventaron la palabra «mestizo» (del latín *mixtus*, mezclado). Y seguramente a causa de su actitud de mezclar se han incorporado con tanta naturalidad al español muchas palabras de los idiomas indígenas, tanto al que

se habla en España como al que se reparte por los países del continente americano. Y se añadieron o se adaptaron «chévere» (palabra de los negros esclavos que significaba «lo que está bien hecho»^[34] y «chocolate», y «chapapote»... Pero con mucha desenvoltura y sin ninguna prisa.

No podríamos imaginar ahora sino con dificultad que se produjera una evolución inversa (una involución) a la que se ha producido hasta aquí, y que eso ocurriera con rapidez. ¿Cuánto tardaríamos en volver a decir *titulum* en vez de «título», o *cacahualtl* en vez de «cacahuete»? Si estamos tardando decenios en acostumbrarnos a sustituir *champán* por «cava» sin necesidad de pensarlo, cuando se trata del espumoso catalán, ¿cuánto tardaríamos en decir todos los hispanohablantes *inalienare* en vez de «enajenar»?

No vale la pena, por tanto, confiar en una evolución rápida del idioma. Nunca ha sido así y es probable que nunca sea. Ese es el carácter de nuestro genio, y probablemente también el nuestro como colectividad. Quizá los cambios que experimentamos en tanto que sociedad vayan más lentos de lo que creemos, y todo lo que ahora parece suceder de prisa se venga larvando desde hace mucho. Tal vez los aparatos cuya eficacia nos hace pensar que nuestra vida ha cambiado nos la están dejando en realidad como estaba, con sus problemas fundamentales intactos. (Puede que hasta agravados).

Hay «revoluciones» muy lentas. Y en eso reside la mejor garantía de que lleguen a fructificar. También en la vida las evoluciones lentas suelen ofrecer resultados duraderos; mientras que las transformaciones rápidas o violentas quedan habitualmente en precario ante eventuales acontecimientos de igual índole. Seguramente, el genio del idioma lo sabe muy bien.

IV El genio del idioma es analógico

La coherencia del idioma constituye una de esas características que, si fuéramos crédulos, nos harían pensar que todo el sistema lingüístico lo ha organizado una sola persona y que ésta sigue en el puente de mando. El genio del idioma, por tanto, es coherente tantos siglos después. Primero se dotó de unas reglas, porque no puede aplicarse una norma sin coherencia; y ante situaciones semejantes, aporta dictámenes semejantes también. La analogía forma parte de sus encantos.

Esa relación visible entre diversos fenómenos del lenguaje nos permite deducir un comportamiento perenne y entroncado con su historia. Las dudas que se nos plantean en nuestro uso cotidiano tienen siempre una posibilidad de resolución mediante la analogía; y a menudo resulta certera si se aplica sin conculcar otras normas (generalmente, también analógicas).

Toda la estructura del idioma guarda un equilibrio interno en el que unos pilares sujetan otros y cuyo objetivo final es una armonía de toda la arquitectura. Consonancia de elementos, integración de colores... La fuerza impresa por el genio en las palabras para que se aproximen a sus semejantes y vivan los mismos procesos ya se demostró con la evolución fonética del conjunto de la lengua. Pero no se detuvieron ahí los efectos.

La coherencia que el genio ha inoculado en los hablantes les llevó a tomar decisiones muy llamativas. Así, algunas palabras que suelen ir juntas en el pensamiento están destinadas a semejarse a pesar de sus diferentes orígenes etimológicos y fonéticos. No se pronuncian en todas las ocasiones una detrás de otra, pero siempre el vocablo que se profiere recuerda al que se calla.

«A diestro y siniestro», decimos a menudo. Y «diestro» casi siempre nos trae a la memoria —en esa cohorte de palabras que asoman en el pensamiento, como nos han demostrado los psicolingüistas— la voz «siniestro». Gracias a eso precisamente decimos «siniestro», y no *sinistro* como habría correspondido primero al latín y luego a las leyes de la evolución fonética. El hablante ha percibido la coherencia general del genio del idioma, y ha buscado la máxima relación entre dos palabras que le parecían cercanas. No le pareció coherente decir «a diestro y sinistro».

Algo similar ocurrió con los días de la semana. En latín, por ejemplo, se decía *Martis dies* (el «día de Marte»; todavía hoy en algunos países de América, como Bolivia y Perú, se oye generalmente «eso pasó el día martes», o «el día jueves» ...). Y también *Iovis dies* («día de Júpiter»), *Veneris dies* («el día de Venus») ... Esos días de la semana terminaban en *s*. Y la recitación de los siete juntos ocasionaba ciertas molestias: *lunae, martis, mercurii, iovis, veneris*... Así que el genio, en su coherencia analógica, decidió igualarlos: *lunae* y *mercurii* se sumaron a la fonética mayoritaria, incluso cambiando este último su acento a la primera sílaba. Y por eso decimos ahora

«lunes, martes, miércoles, jueves y viernes», porque si el genio no hubiera heredado esa coherencia analógica estaríamos recitando «lune, martes, miércole (llana), jueves y viernes». El «sábado» continuó igual, puesto que no procedía de ningún astro sino del latín bíblico *sabbatum*. (Y éste, del griego *sabbaton*, y éste del hebreo *sabbat*, y éste del acadio *sabattum*: «descanso»). Lo mismo ocurrió con *Dominicus dies*, el eclesiástico «día del Señor», que se quedó en «domingo».

La analogía tuvo influencia también en el dúo de palabras «suegra» —«nuera». Porque la primera procede de *socra* y la segunda de *nura* (*socrus* y *nurus* respectivamente en latín clásico). Pero de *socra* y de *nura* debía esperarse «suegra» y «nora». Sin embargo, el genio prefirió que se relacionasen más fácilmente en el archivo lingüístico de los hablantes, y estableció la relación «suegra»-«nuera».

El genio de la lengua tiene un sentido, como se ve, fuertemente analógico, que infunde a los hablantes y que éstos aplican sin darse cuenta. Y lo mismo puede reconducir una voz latina que una griega.

La voz griega *melímelon* designaba lo que ahora llamamos «membrillo». Para llegar hasta nuestra palabra debían cumplirse determinadas modificaciones en el camino, incluidas las que el genio del latín imponía como peaje a su paso por esa lengua. En ese recorrido, y tras superar el fielato, recibimos *memrillo*. Pero ¿por qué decimos entonces «membrillo»? Por coherencia: porque no teníamos la combinación *mr* en nuestro idioma y porque nos acudía al subconsciente la palabra «mimbre», dentro de esa cohorte de voces similares que se activan en nuestro cerebro a velocidad de vértigo cada vez que elegimos una en concreto. Así que optamos por añadir una consonante intrusa. Eso en lingüística se llama epéntesis. Porque si se tratara de una vocal agregada se llamaría anaptixis: y esto último es lo que ocurrió precisamente con algunas palabras árabes como *al qasr* (que se convirtió en «alcázar»), o *batn* («badén»), entre otras, para adaptarlas también a nuestra coherencia fonética.

La analogía atrae a distintas palabras entre sí como un imán. Ahora decimos «diezmar» (en el español de hoy, «causar gran número de bajas»), pero deberíamos haber llegado a *dezmiar*^[35], puesto que procede de *decimare*. Sin embargo, la palabra «diezmo» (el impuesto que consistía en pagar una décima parte) atrajo hacia sí a «diezmar».

El genio de la lengua aplicó estas normas que conocía bien por su experiencia con el latín (la suya o la de su padre, que a veces no sabemos bien si se trata del mismo ser o de uno que nació del otro). En la lengua de Roma ya se dijo *primarius* y *postremus*. Las reglas fonológicas habrían llevado, si el genio no se hubiera gobernado con esta analogía tan coherente, a «primero» y *postremo*, y no a «primero» y «postrero» como decimos ahora.

Walter Porzig afirma que «los hablantes producen siglo tras siglo formas nuevas

por analogía con las que han escuchado, y de la misma manera comprenden nuevas formas»^[36]. Eso sí, siempre que sean coherentes.

Tal analogía es la que se dio con «tinieblas», donde la *l* de la última sílaba no tiene sentido etimológico, sino sólo analógico: el étimo latino era *tenebrae*, de donde debió salir *tiniebras* y de donde tenemos «tenebroso». Pero la fuerza analógica de «niebla» y de «nublar» (*nubilare*) creó la palabra actual. Es el caso también de «cerrojo», que procede del latín *verruculum* o «barra de hierro» y que debería habernos dado «verrojo». El vigor de «cerrar» hizo el resto.

Ante ostium era en latín la plazuela situada delante de la puerta de una casa: «ante la puerta». Eso derivó en español hacia *antustianu* (*ante-ustianu*). Pero con el tiempo esta plazuela ya sólo la tuvieron las mansiones, iglesias y castillos, casi siempre situados en la parte alta de la ciudad. Por eso la etimología popular dio en la flor de denominarlo «altozano». Y dejaron de llamar así a las plazuelas que no estaban en alto. La analogía continuaba haciendo de las suyas, movida por la lógica del genio.

Pero lo más interesante es que los antiquísimos casos de «tinieblas» o «altozano», y otros muchos de su época, encuentran su correspondencia en hechos muy parecidos de hoy en día. La analogía funciona por encima de los siglos.

El imán entre semejanzas fonéticas es más fuerte en la conjugación de los verbos que en ningún otro capítulo de la gramática^[37]. Gracias a eso aprendemos desde niños los tiempos y las personas con mayor facilidad, puesto que deducimos enseguida una lógica interna. Y también como consecuencia de esa fuerza analógica que inculcó el genio en los hablantes se han producido «errores» a los que asistimos ahora.

Es lo que ocurre con el pasado de segunda persona *hablastes* (lo correcto es «hablaste»). En él influyen con poderío todas las demás posibilidades de conjugar este y otros verbos en segunda persona: hablas, hablarías, hablarás, hablabais, habláis... Todos terminan en *s*. Choca entre ellos, pues, ese «hablaste» que nos impone la gramática normativa.

Como explicó Fernando Lázaro Carreter en *El dardo en la palabra*^[38], tampoco en latín existía esa *s*: «amaste» era *amavisti*. La segunda persona del plural se diría después en castellano —hasta el siglo XVI— vosotros *amastes* exactamente igual que la del singular tú *amastes*. Precisamente para diferenciarlas, el genio del idioma retiró la *s* a la segunda persona del singular (la dejó en «amaste», frente al plural *amastes*). Pero luego la segunda persona del plural varió y se quedó en «amasteis». Por eso el pueblo dejó de percibir la necesidad de mantener sin *s* el singular —una vez que ambas formas ya eran distintas— y aplicó la fuerza anterior otorgada por el genio a igualar todas las segundas personas del singular y terminarlas en *s*. Las escuelas y las Academias han mantenido en la lengua escrita —y la lengua culta, por tanto— ese atípico «cantaste» o «amaste» o «hablaste». No imaginamos a nuestro genio muy de

acuerdo con esta decisión. La fuerza de la analogía que él ha esparcido entre su gente invita continuamente al vulgo a decir *cantastes*, *amastes* o *hablastes*. Estamos de nuevo, tantos siglos después, ante dos formas iguales y distintas que reclaman su sitio, una popular y otra culta. Y la popular tiene sus argumentos.

Otro error por analogía verbal se produce con el extraño imperfecto de subjuntivo «cantara» en funciones de pretérito indefinido o de pluscuamperfecto de indicativo. En puridad, es incorrecta la frase «vuelve al escenario donde ya cantara hace dos años» (lo correcto sería «donde ya cantó» o «donde ya había cantado»). El gramático Emilio Alarcos condenaba este uso como no perteneciente a la norma moderna del español, sino a una tendencia arcaizante, dialectal o afectada^[39]. Pero el hallazgo se extendió entre periodistas. Y una vez que se ha abierto camino en los medios de comunicación, este «cantara» extraño ha empezado a alternar con «cantase» como le habría correspondido en sus funciones legales de subjuntivo pretérito. Curiosamente, ese imperfecto forzado no sale del pueblo, no parece responder a los criterios del genio. Pero, una vez aceptado por los usuarios inocentes de la adopción de tal forma arcaizante, la analogía se les impone también a ellos.

El pueblo se ha apartado a menudo de la lengua culta, como hemos visto. Pero no del genio. Aquella coherencia analógica que éste impuso anidó en la gente, que la ha defendido. Pues si decimos «de-trás» y «de-lante», lo más coherente es que al adverbio «a-trás» le corresponda *a-lante*. La escuela y las lecturas corregirán según la norma actual ese desatino, que responde sin embargo a una de las tendencias del genio popular del español y que aflora incluso en la voz de personas muy cultas.

Pero también en la lengua más técnica, incluso en la propia lengua de los lingüistas, la fuerza analógica se ha impuesto por encima de la fuerza lógica. Así, la búsqueda de coherencia y similitud nos hace pronunciar «morfema» cuando correspondía *mórfoma* (ésta es la palabra griega, y de ella salen «morfosintaxis», «morfología» «a-morfo» o «meta-morfo-sis»). Pero ya teníamos en ese acervo la serie «lexema», «grafema», «semantema»... Y le añadimos «morfema». Por analogía.

Este rasgo en el carácter del genio, que le convierte en un obseso de la analogía, no se reduce a las cuestiones fonéticas, sino que se extiende por otros ámbitos del idioma, como iremos viendo a lo largo de este libro. Uno de ellos concierne a los significados: las analogías que se producen cuando una palabra crece en su sentido y se recrea en otra. La fuerza de la analogía nos ha invitado, por ejemplo, a decir «patada». ¿Por qué «patada», que viene de «pata», y no *piernada*, que vendría de «pierna», cuando la propina un ser humano? La percepción en ese acto de la violencia animal produce la analogía adecuada. Porque, además, para las patadas de los animales que pueden o suelen darlas tenemos la palabra «coz».

Las mismas reacciones. El genio de la lengua sigue vivo en todo eso; continúa aplicando su influencia, todavía hoy. Los fenómenos registrados hace siglos tienen su réplica sísmica en otros muchos que se presentan en la actualidad.

El Diccionario español recomienda escribir «extravertido» («movimiento del ánimo que sale fuera de sí por medio de los sentidos»). Parece lógico, porque la palabra se compone con el prefijo *extra*— y el participio «vertido», para significar «vuelto hacia fuera». Pero a los hablantes les ha dado por decir «extrovertido», un vocablo alejado de la norma culta y de la etimología. ¿Por qué? Por lo mismo que prosperó «sinistro» junto a «diestro», en vez de *sinistro*: porque se asocian «introvertido» y «extrovertido». El primero, sí, se forma bien etimológicamente, pues el prefijo al que acude es *intro*-. La lengua culta, aquella empleada por quienes tienen un conocimiento mayor del idioma, usará generalmente «extravertido», y con ello obtendrá réditos estilísticos y de significado, tal vez también de prestigio; pero el vulgo (y no olvidemos que el genio se centra en él) dirá sin miedo «extrovertido» por analogía con «introvertido».

El genio ha inoculado en los hablantes ese sentido necesario para percibir el funcionamiento del lenguaje; hasta el punto de que incluso cuando el pueblo «se equivoca» sigue sus designios, todavía hoy. Así sucede también con los inventos recientes «trikini» y «monokini», donde el impulso del genio nos hace ver el concepto «dos» de «bikini», cuando no se trata de una formación con *bi*— sino del nombre propio de una isla del Pacífico que dio uso y denominación a esta prenda de baño^[40].

Véase también la intuición popular con la terminación griega —*itis*, que significaba dolor o enfermedad y ha pasado al lenguaje médico para significar «inflamación». Pero tantas enfermedades terminan en —*itis* («apendicitis», «otitis», «gastritis», «artritis» ...) que el pueblo ha deducido el valor «enfermedad» que tuvo en el griego. Y por eso se dice de alguien que tiene «mieditis» si adopta una postura cautelosa, que sufre de «titulitis» si no aprecia a las personas en su verdadero valor sino sólo por sus diplomas, o que es víctima de la «medallitis», tanto si se procura la medalla al mérito militar como si se cabildea la del Congreso de Estados Unidos.

Ni siquiera el océano que media entre España y América ha impedido mantener esa cohesión. «Muchos de los cambios lingüísticos que se operan en el país de origen se reflejan paralelamente en las comunidades ultramarinas», nos recuerda Emilio Lorenzo^[41]. Hoy en día, las palabras del español que se crean en América siguen las mismas normas morfológicas que las nacidas en España. «Ningunear», que antes poníamos como ejemplo, nació en México probablemente, y se formó con la primera conjugación como todos los nuevos verbos que el genio consiente. Y lo mismo ocurrió con las también mexicanas «apapachar» o «achicopalar»... O «balconear»^[42], verbo creado probablemente en Argentina («observar los acontecimientos sin

participar en ellos»). «Todo es así de descomplicado», decía el presidente colombiano, Álvaro Uribe, en unas declaraciones periodísticas^[43], mostrando a los españoles una palabra original para ellos pero construida analógicamente.

Un mexicano podrá decir, como dicen muchos de sus compatriotas: «eso que hizo es refeo». Y la palabra creada allí habrá cumplido con los gustos de nuestro genio. Por eso el vocablo «refeo» circulará sin problemas por todo el ámbito hispano. Asunto distinto será el «¿cachai?» chileno («¿comprendes?»), perteneciente a un supuesto verbo «cachar» que sólo los chilenos conjugan con ese significado y que procede del inglés *to catch*.

Vale la pena detenerse en este ejemplo. La Academia ha admitido una nueva entrada del verbo «cachar», además de las viejas que se refieren a «hacer cachos», a una forma de arar y a «cornear» (que en este caso viene de «cacha»). Pero esa nueva entrada de «cachar» se separa un tanto del genio del idioma y de los cromosomas tradicionales del español, y el genio no parece haberla bendecido. Dos formas de deducirlo son la incoherencia que supone y la falta de analogía que muestra, porque ese «cachar» anglicado significa en Bolivia y Colombia «agarrar al vuelo una pelota», y por extensión cualquier objeto arrojado al aire. En Cuba, El Salvador, Honduras y México equivale a «sorprender a alguien», «descubrirlo». Y en Argentina, Paraguay y Uruguay, a «burlarse de alguien». Y en Nicaragua o Perú, a «agarrar», «asir», «tomar». Y en Chile, significa «sospechar». Y en Cuba se añade la acepción «observar a alguien disimuladamente». Y en El Salvador, la de «conseguir algo». Para rematar, en Perú también entienden que «cachar» significa «practicar el coito».

Como ha defendido Emilio Lorenzo, la vinculación lingüística entre el nuevo y el viejo mundo no se rompe nunca, gracias a la coherencia del idioma; y podemos convenir en que «cachar», quizás por su procedencia del inglés, no va con el genio de la lengua.

El vigor de las analogías se muestra también en determinadas maneras de escribir las palabras. A menudo nos topamos con el error «preveer» (lo correcto es «prever»), pero podemos disculparlo en un hablante descuidado —no así en un profesional de la palabra— porque ha seguido al genio del idioma en su gusto analógico y ha establecido la relación con «proveer». La fuerza de la etimología siempre podrá más entre los hablantes cultos (y no le disgusta tampoco al genio, pues ya veremos que es nostálgico), porque permite pensar con mayor rectitud y deducir mejor el origen de las palabras. Pero eso no quita que podamos apreciar con cierto gusto el valor de la palabra «mondarina» cuando alguien se refiere con ella a una «mandarina» que, es obvio, se monda; o cuando alguien cuenta que se ha hecho un «moratón» porque, indudablemente, es morado^[44].

Tiene mayor lógica el primer término, «mondarina», si se ve además lo que

ocurrió con «mandarín». Su origen es *mantrin* («consejero» en sánscrito), que en el dialecto malayo significaba «autoridad extranjera». Y claro, mandaban tanto que se quedaron en «mandarines»^[45]. Al genio a veces se le van de las manos sus propios mecanismos, cuando el azar da conciencia a los hablantes de algo científico, porque todo animal está educado para relacionar cosas. Y se producen analogías similares, incluso con los prefijos: por ejemplo, en «antidiluviano» por «antediluviano» («antes» del diluvio, no «contra» el diluvio), tal vez por la proximidad con la excepción «antifaz» (que se forma también con el prefijo *ante*—, en este caso enmascarado haciendo honor a la propia palabra).

Así, consideramos también prestigiosa la palabra «emérito» cuando la escuchamos en la frase «conferencia del profesor emérito Fulano». Pero «emérito» viene de *merere* o *mereri*, que en latín significaba «servir en el ejército». «E-mérito» se refería, por tanto, a quien dejó de servir en el ejército, a un militar jubilado. Y «profesor emérito» es en puridad un profesor retirado, al que nuestro diccionario añade que «disfruta de algún premio por sus buenos servicios». Nada que ver con el mérito profesoral y la admiración que despierta la palabra y que inmediatamente adjudicamos al profesor que nos da la conferencia (quien, además, muy posiblemente no disfruta de premio alguno pese a los buenos servicios prestados).

Estos y otros «errores» demuestran que el mecanismo existe: existe la conciencia difundida por el genio, la capacidad de relacionar unas palabras con otras, y apreciar la vinculación entre sus cromosomas.

Al genio le importa que todo guarde un orden coherente, que podamos relacionar entre sí las raíces y los morfemas. Incluso le quita la *s* a «catalejos» para dejarlo en «catalejo», de modo que pueda tener su singular y formar su plural como cualquier otra palabra. Por eso también los hablantes, poseídos sin duda por el genio y por la analogía antes que por la Academia, dicen ya «tengo una carie en una muela», pese a que se supone que «caries» vale tanto para el singular como para el plural.

Pocos hablantes del español saben que la palabra «trasportín» procede de un origen muy distinto del que deducen de su aparente etimología. La caja donde «se transporta» a los perros y otros animales —por comodidad o para que puedan viajar en coche, en tren, en barco o en avión cumpliendo las reglas del tránsito o de la correspondiente compañía— se llamó en su origen «traspuntín» (del italiano *strapuntino*, colchoncillo embastado), palabra que definía un asiento suplementario y plegadizo que había en algunos coches. Tal vez por el colchoncillo que llevan los trasportines para que se acomoden los perros, ya sea por la analogía, el caso es que ahora los criadores de animales y sus dueños hablan del «trasportín» o «transportín» para definir esa caja con barrotes delanteros y rejilla superior. El diccionario de la Academia incluye «trasportín» (sin *n*) como equivalente de «traspuntín».

El gusto por los acrónimos llevó hace años a la Administración española a crear

la palabra «Insalud» (Instituto Nacional de la Salud), que debería pronunciarse como aguda. Sin embargo, raramente se oye con esa acentuación. ¿Por qué? Quizás tenga algo que ver el gusto por la analogía y la coherencia: una marca de agua mineral muy difundida se llama y se anuncia «Insalus», como palabra llana.

Ese sentimiento analógico del genio del español, presente en casi todos los rasgos que estamos repasando aquí, se ha manifestado en fenómenos tan curiosos como la recuperación de una raíz inexistente por analogía retroactiva: de «monaguillo» se derivó la palabra «monago», al entender los hablantes que la voz original era en realidad una derivación por vía de diminutivo. Pero «monago» no podía venir de *mónachus* por su acento^[46]. De *ros marinus* (una metáfora: «rocío de mar») salió «romerino», de donde la regresión ocasionó «romero»... Aún hoy, nombres como Agapito y Margarita nos inducen a pensar que se trata de diminutivos (de los cuales obtenemos Agapo o Márgara).

Estos ejemplos nos demuestran, pues, que el genio es analógico desde sus ancestros latinos hasta hoy, como lo es también nuestra propia mentalidad y como la inteligencia que hemos heredado. El ser humano tiende a cotejar: somos incapaces de observar un paisaje sin compararlo con otro, o un país sin contrastarlo con el nuestro. En el idioma sucede otro tanto, pues unas palabras nos llevan a las siguientes o a las parecidas, y gracias a eso construimos el pensamiento, merced a una enorme capacidad de deducción.

A veces, esa tendencia hace que se desvíen algunos de los comportamientos propios del genio de la lengua, porque prefiere la coherencia fonética o la de sentido a la coherencia etimológica. Las sucesivas corporaciones de la Real Academia han intervenido para salvaguardar la etimología, pero el genio ha seguido actuando por su cuenta. Digamos que, para él, entre dos derechos iguales acaba primando el analógico. Quizás por eso prefirió «ventana» y su relación con «viento» a la voz *finestra*, que no podía relacionar con nada. Vale la pena tener en cuenta esta circunstancia cuando alimentamos nuestra lengua con palabras que se agotan en sí mismas.

V El genio del idioma es ordenado

El genio del idioma español es ordenado. Sin duda consideró enseguida que el orden en las palabras determina el orden en el pensamiento, y por eso ha establecido una coherencia en la sucesión de los términos y una relación entre los tiempos verbales. Incluso la persona más caótica en vida particular o profesional suele ser ordenada con su sintaxis, poseída por el espíritu interno de la lengua.

El gran creador del idioma español impuso el orden para facilitar el pensamiento, pero también como un nuevo recurso expresivo, pues aquellas frases que no lo respetan encuentran en eso precisamente un nuevo significado. Si el hablante conoce bien su idioma, apurará esa posibilidad; si no, construirá significados que no responden a lo que pretendía decir.

Pero no tuvo las manos libres el genio de la lengua a la hora de construir sus normas. Pronto se topó con el orden impuesto por sus mayores. La sucesión natural del latín y el griego se formaba con el sujeto en primer lugar, el objeto después y el verbo al final. Él, joven como era, decidió alterarlo. Así, mantuvo el sujeto como rey de la oración (no podía ser menos; tampoco estamos ante un ser revolucionario, como veremos más adelante) pero situó el verbo inmediatamente detrás, dejando los complementos para el término de la oración; y prefirió ir aproximando las palabras modificadas y las modificantes. Tras un lento proceso, el hipérbaton desapareció de la lengua hablada. La inclinación hacia el orden constituía también la tendencia por la claridad y la sencillez.

Se quedó contento con su obra particular, pero no pudo actuar con autonomía completa: tuvo que respetar lo que habían impuesto los genios del latín y del griego cuando acudió a ellos para pedir ayuda. El fue construyendo su sintaxis y su gramática...; sin embargo, cuando buceó en la formación de palabras compuestas se dio cuenta de que había cierto orden sobre el que no tenía poder. Creó «pelagallos», o «catacaldos», o «trotaconventos»... siempre con el verbo por delante. Pero hubo de aceptar el peaje de invertir esa relación, y poner el verbo por detrás, cuando acudía a sus antecesores para pedirles recursos en la formación de nuevos términos. Y por eso decimos «ovíparo», «antropófago» o «insecticida» (*huevospare*, *hombrescome* o *insectosmata*), con el verbo por detrás, si acudimos a las raíces del latín o del griego, mientras que seguimos creando con los propios vocablos del castellano «abrecartas» o «sacacorchos», o «quitamiedos» o «quitamanchas»... O, en imaginaria respuesta a los anteriores, *parehuevos*, *comehombres* o *matainsectos* (ahora sí mediante el orden conforme el genio deseaba, con el verbo por delante) ^[47].

Superado ese primer disgusto, el genio del idioma se afanó en que el orden lingüístico tuviese un significado en sí mismo, de manera que reproduzca el estado natural de las cosas, la sucesión habitual de acontecimientos y la escala convencional

sobre la importancia de cuanto sucede y se narra. Eso le permite al genio dar un valor añadido al desorden para que éste, como excepción, se convierta en un recurso expresivo. Que el desorden resulte significativo es una forma de mantener el orden de las cosas. El orden tiene un significado. Y el desorden, también: en cuanto se altera lo que esperamos recibir, el significado cambia. Ambos hechos responden a un orden superior que los abarca y que está organizado por el genio del idioma. No es lo mismo «yo cogí el arma» que «el arma la cogí yo». La frase desordenada altera sobre todo la percepción psicológica, cuando no el contenido entero.

El concepto de orden es común a todas las lenguas. Y en todas se dan estos cuatro tipos de palabras: las que expresan acciones o sucesos, las que designan objetos o cosas, las que nombran abstracciones o cualidades, y las que establecen relaciones entre unas y otras^[48]. Pero esa coincidencia entre todos los idiomas en cuanto al tipo de los factores no significa que el orden sea el mismo en cada uno de ellos.

En el esquema habitual del español, el sujeto es la primera palabra. El genio entendió que el agente de cualquier acción constituye el elemento principal, sobre todo porque en la mayoría de los casos corresponde a una persona (o a una personificación). «Sujeto, verbo y predicado» no sólo es una fórmula sintáctica sino también una manera de ordenar las ideas: la fórmula lingüística «alguien hace algo para algo y en alguna circunstancia» constituye el armazón del que puede colgar toda la sintaxis de nuestra lengua. Pero las opciones teóricas no se detenían ahí, como han mostrado algunas lenguas indígenas (en las cuales no se dice «el paisaje tiene montañas» sino «el paisaje *montaña*»). Se trata simplemente de las posibilidades que nuestro genio adoptó.

Ese espíritu partidario del orden general lo heredó también del latín. En la lengua de Roma no se estilaba la misma ordenación sintáctica a la que nos hemos acostumbrado en el español (en latín, como hemos dicho, el verbo aparecía al final). Pero un orden sí tenía. Sobre todo, por la correcta alineación de sus casos: El «nominativo» (sujeto de una oración). El «acusativo» (por cierto, una mala traducción del griego *aitiatiké ptôsis*, o «caso causal»; pero *aitía* significaba, además de «causa», «acusación». Debería haberse llamado «causativo»; pero no por referirse a la causa, sino a lo causado^[49]. El «genitivo» (de *geniké ptôsis*, caso genérico). El «dativo» (que viene de «dar» —*casus dandi*—, pues se refiere al ser al que se da o para el que se hace algo). El «ablativo» (derivado de *ablatus*, participio de *aufero*, «llevar de o desde»; se ponía en ese caso el nombre a partir del cual se desarrollaba un movimiento). Y el «vocativo» (una suerte de advocación o apelación yuxtapuesta, sin relación sintáctica con los demás).

En latín, los casos eran considerados desviaciones frente al *casus rectus* o «caso directo», el que nombraba directamente lo significado por el nombre (nominativo). En relación con él, los demás eran casos oblicuos^[50].

Las declinaciones latinas ofrecían doce terminaciones diferentes, en teoría (seis en singular y seis en plural). Pero en la práctica no sumaban más de siete, porque muchas de ellas coincidían. El genio entendió que la desinencia por sí misma no servía a menudo para aclarar la función que desempeñaba un sustantivo. «Hacían falta otras pistas, como el orden de las palabras, las desinencias verbales u otros sustantivos», explica Ralph Penny^[51]. Ya hemos conocido la desaparición de las declinaciones y el protagonismo nuevo de las preposiciones, un proceso que, no obstante, se cumple con extremada lentitud. Así, la preposición «a» como marca del complemento directo de persona («llevé a María» frente a «llevé unos paquetes») sólo se convirtió en obligatoria a finales del Siglo de Oro, tan cerca ya de nosotros.

En la lengua escrita tal vez pudiera funcionar aquella confusión de casos y preposiciones, porque una segunda lectura permitía resolver el eventual error. Pero en el habla no, puesto que en el diálogo oral hace falta una comprensión inmediata.

El acartonamiento de las palabras y sus casos le dio al latín, paradójicamente, una gran movilidad en el orden (a tenor de cómo lo entendemos nosotros ahora): las funciones de cada vocablo estaban muy claras gracias a la declinación, merced a los casos y sus desinencias. Pero el genio del español, como había decidido acabar con las declinaciones, necesitaba un mayor orden de las palabras. Ahora bien, de la necesidad hizo virtud al convertir a su vez en significativo el desorden que contradice la sucesión habitual de las palabras en una frase.

El valor de empezar. Si el sujeto ocupa el lugar principal —el significado prominente—, con razón le otorga el genio un valor superior a la palabra que lo ocupa. «Madrid dista 600 kilómetros de Barcelona» no significa exactamente lo mismo que «Barcelona dista 600 kilómetros de Madrid», puesto que en el primer caso la importancia psicológica de la frase recae sobre Madrid, y en el segundo sobre Barcelona. El genio de la lengua se nos muestra ordenado porque (como veremos más adelante) es un tanto rácano: administra sus recursos, emplea medios escasos que le sirven para fines múltiples. La importancia reside en el sujeto, y el sujeto está al principio de la frase. Pero si colocamos cualquier otro elemento en ese lugar, le otorgamos el valor protocolario del sujeto y resalta así sobre el conjunto. «Raquel ya estaba aquí antes de que vinieras» no significa lo mismo exactamente que «antes de que vinieras, Raquel ya estaba aquí». Ni significan milimétricamente lo mismo «tú llegaste después que Raquel» y «Raquel llegó antes que tú». Porque el orden forma parte del significado, y el elemento por el que empieza una frase (en lo natural reservado al sujeto, a la persona) reina sobre el resto de la composición.

Ese orden fue importante también para las letras, de manera que las vocales que figuraban a principio de palabra en latín apenas desaparecían en su evolución hacia el

castellano. Para nuestro genio, con toda claridad el lugar principal es el lugar primero.

Tomemos las frases —iguales pero distintas— «ayer no pudo hablar con ella» y «no pudo hablar con ella ayer». En este último caso («no pudo hablar con ella ayer») se cumple el orden natural, porque la oración comienza con el sujeto (implícito, pues el genio del español no lo necesita expresar, en su tacañería) y continúa con el verbo y los complementos. Pero en el otro caso («ayer no pudo hablar con ella»), cambiamos el orden y colocamos la circunstancia en primer plano. Eso da un valor adicional a la primera palabra: «ayer». Así, resaltamos la circunstancia de que ayer no pudo hablar con ella, exactamente ayer. Mientras que en «no pudo hablar con ella ayer» este adverbio se halla en su lugar natural y no excede por ello de su significado concreto: estamos diciendo que el sujeto llamó a esa persona ayer y no pudieron hablar, sin más. Pero en «ayer no pudo hablar con ella», la desordenada presencia de «ayer» nos invita a pensar que los demás días sí hablaba con ella pero ayer, precisamente ayer, no pudo. El genio es así de sutil.

Esto parece una característica propia del genio del español. Cuando queremos hablar otro idioma no podemos acudir a los mismos recursos expresivos y reproducir el orden de nuestra lengua materna, puesto que la arbitrariedad de cada idioma —el español tiene también la suya— hace que varíen estos recursos.

El orden planea sobre toda la sintaxis del castellano, de modo que regula las relaciones entre las palabras, sus concordancias, la cronología de los hechos («llegó y comió» significa que primero llegó; «comió y llegó» significa que primero comió). A menudo el lugar que ocupa una palabra concierne al significado completo de la frase, o cuando menos a su énfasis («fui al restaurante ayer, y tenían arroz», «fui al restaurante, y tenían arroz ayer»; en el primer caso, es probable que tuvieran arroz ayer y también otros días; en el segundo caso, es probable que sólo ayer tuvieran arroz).

La ausencia de las declinaciones latinas ha dado una importancia mayor en nuestra lengua al lugar que ocupan las palabras. Dicho de otra forma: con las mismas palabras se pueden decir cosas distintas si se sitúan en diferente orden, por ejemplo «el niño enfadado está con el maestro», «el niño está enfadado con el maestro» o «el niño está con el maestro enfadado».

Género y número. Hace muchos siglos que el genio intenta implantar un orden. Por eso estableció las concordancias de género y de número. Y las correspondencias sintácticas («si el equipo ganase, se clasificaría primero»; «si el equipo gana, se clasificará primero»). Fue acomodando todas las terminaciones y dotándoles de cierta lógica. «La cuchara y «las cucharas», como se decía antiguamente, se convierten en «la cuchara» y «las cucharas»; «la infante» pasa a ser «la infanta»...

Y vemos de nuevo que el genio sigue vivo ahora —y que es el mismo—, porque median muchos siglos entre el cambio de «la infante» por «la infanta» y los más recientes que nos conducen ya a decir «la gerenta», «la parienta», «la presidenta»... Y, aunque las diferencias de formación entre aquella y éstas sean evidentes, el hablante percibe la posibilidad de cambio, y ésta le llevará quizás a pronunciar algún día «la almiranta» cuando así lo necesite, entre otras razones porque ya existe «giganta», por ejemplo. Cambios que se registran conforme el genio entiende que la palabra recibe más la fuerza del sustantivo que del participio presente.

Porque el genio del idioma distribuyó los masculinos y femeninos atendiendo a un cierto orden que necesitaba en aquel momento: prohibió que la vocal *a* en final de palabra y sin acento fuera un masculino, y aplicó el mismo criterio (es decir, el inverso) cuando se trataba de la *o* y el femenino. Ese era el criterio general, que le importaba más para resolver un problema que para dejar una norma *in aeternum*. Porque más adelante, cuando no le pareció acuciarte la situación, abrió la mano. Precisamente era ésa una de las excepciones que había consentido en la Edad Media: «la mano», y también «el día». Otros femeninos de entonces que se formaron con terminación —o delatarían con ello su procedencia foránea («la nao», por ejemplo, del provenzal o el catalán)^[52]. Pero más allá del español medieval, el genio del idioma admitió excepciones traídas de otras lenguas: «el pijama» —que en algunos países de América se dice sin embargo «la pijama» (/piyama/)—, «la dinamo». Todos esos casos vendrían a dar la razón a Nebrija, quien definió los géneros del castellano por el eficaz método de discernirlos según el artículo, en vez de la letra final.

La Academia ha defendido hasta hace poco la palabra «autodidacto» como masculino, y «autodidacta» como femenino. Pero pocos se sienten cómodos al escribir o pronunciar «un autodidacto». Les avalan en su coherencia palabras como «un protagonista», «un poeta», «un demócrata», «un cosmopolita», «un psicópata», «un exegeta» ...^[53].

También aplicó el genio su orden particular a todos los neutros heredados del latín y que en castellano se quedaron sin su género (sólo subsiste en el artículo determinado y en algunos pronombres: «el grande», «la grande», «lo grande»; «él», «ella», «ello» ...).

Aquel neutro latino tenía la misma terminación en nominativo y acusativo (un horror para el gusto de nuestro genio; una disculpa más para acudir a las preposiciones y suprimir los casos), y en el plural esa desinencia coincidía en ser una *a*. Ante ello, el genio decidió que todos los neutros terminados en —o fueran masculinos, y todos los acabados en —a se considerasen del género femenino. Con el resto, que tenían las terminaciones más variopintas, adoptó soluciones individuales, atendiendo a la historia de cada palabra. Los adjetivos neutros desaparecieron como consecuencia de todo eso, también por una cuestión de orden: no tenían nada con lo

que concordar. Sin embargo, el genio dispuso que se distinguiera entre el masculino y el femenino de muchos adjetivos que en latín carecían de tal división. Hacía falta respetar el orden, y que concordaran como es debido.

Esa vieja decisión de convertir en femeninos los neutros plurales sigue siendo productiva en nuestros días. Gracias a ella, algunos genéricos que abarcan un conjunto de objetos son femeninos, frente al masculino que designa cada uno de esos objetos en particular. Por eso distinguimos entre «el fruto» y «la fruta», «el leño» y «la leña», «el hueso» y «la huesa» (fosa), «el policía» y «la policía»... y más modernamente entre «el banco» y «la banca». De nuevo, el genio sacó petróleo de una circunstancia desfavorable para obtener partido de ella... gracias a su orden nuevo^[54].

Si siempre ha sido ordenado, el genio mantendrá su orden en los años venideros. Podemos preguntarnos si el hecho de que la mujer se haya incorporado a las fuerzas policiales alterará esta distribución, porque la expresión «la policía» puede referirse ya no sólo al cuerpo de seguridad en su conjunto sino a uno solo de sus integrantes, en este caso una mujer. ¿Cómo afectará esto al orden establecido? El genio lo resolverá sin duda. Y conociéndole, bien podemos suponer que en frases como «vino la policía» el hablante (movido por los hilos de nuestro misterioso personaje) decidirá inconscientemente decir «vino una policía» cuando esté aludiendo a una mujer y «vino la policía de la que te hablé» si precisa referirse a una en concreto que el hablante ya conoce. Lógicamente, el contexto amparará muchos casos en que se diga «la policía» para citar a una persona en particular.

Y así ocurrirá con otros supuestos que pueden plantear dudas de significado con el cambio de género: «el soldado» y «la soldada», «el cámara» y «la cámara»...

Los historiadores de la lengua consideran probable que el primer objetivo de los géneros fuera diferenciar entre seres animados e inanimados. Más tarde se añadiría entre los animados la diferencia por sexo. En este caso, el sexo es «significativo»; y el género, «distintivo». Esta división de géneros, este orden gramatical, resulta de una gran utilidad para el estilo, porque las sucesivas palabras masculinas o femeninas que se empleen en un párrafo se excluyen entre sí para las concordancias y ayudan a la economía del lenguaje porque «distinguen» unas relaciones de otras. Por ejemplo: «la vendedora se encaró con el cliente porque dijo que estaba harta de que intentara tantos engaños» frente a «la vendedora se encaró con el cliente porque dijo que estaba harto de que intentara tantos engaños».

El orden de géneros se estableció también para los adjetivos terminados en *—or*, que antiguamente eran invariables. Pero a partir del siglo XIV el genio abrió la puerta y se les sumó una *—a* en el femenino. Antes, la puerta estaba cerrada. Y cerrada sigue, por cierto, para los comparativos, porque así como decimos «trabajador» y «trabajadora», no podemos convertir una frase como «Juan es mejor» en «Ana es

mejora». Otra cosa es si el comparativo se sustantiva (ahí la puerta sigue abierta desde el siglo XVI) : «la superiora» , por ejemplo.

Un rasgo más que muestra el carácter ordenado del genio es su invención del artículo, que no existía en latín pero sí en griego. Agotadas la serie y la distribución de sentido de los demostrativos, le hacía falta algo más ligero, de andar por casa. No le resultaba cómodo acudir a fórmulas como «llegó con *estos cavallos*» cuando deseaba designar objetos o personas cercanas. Eso lo hacía el latín también para la tercera persona, en la que acudía a un demostrativo cuando necesitaba lo que ahora llamamos artículo. El castellano incipiente escogió «ille» para esta función, y por eso ahora decimos «él» y «ella» y «ello», dentro de ese orden que el genio nos ha dado.

Porque el artículo viene a ser un demostrativo que determina un objeto más vagamente que los otros demostrativos, sin significación accesoria de cercanía ni de alejamiento, según explicó Ramón Menéndez Pidal. El artículo sirve sólo para señalar un individuo particular entre todos los que abarca la especie designada por el sustantivo. Ya sea uno que tenemos muy cerca o uno del que se ha hablado o que está determinado por la conversación. O bien para expresar que el individuo al que nos referimos no forma parte de esa cercanía.

El caso es que aquí lo tenemos, y que sirve para ordenar el tráfico de las oraciones. Y se le echa de menos cuando no aparece, por ejemplo en algunos titulares. («Palestinos matan a dos colonos en un asentamiento judío en Hebron»^[55]). La ausencia del artículo contraviene en muchos casos el genio del idioma, que decidió expresar mediante su uso si el nombre al que nos referimos es cercano o lejano, conocido o desconocido (pues no sería lo mismo decir «los palestinos matan» que «unos palestinos matan»).

Los signos. Al genio le importa, pues, el lugar que ocupan las palabras. Rara vez son exactamente iguales dos frases con idénticos vocablos y orden diferente. Al menos, como ya se ha dicho, estaremos ante una diferencia psicológica.

Un titular de periódico dice: «mata a su mujer y se ahoga en Córdoba»^[56]. Con ese orden, sabemos que el hombre que mató a su esposa se ahogó en Córdoba, pero desconocemos dónde la asesinó. Si el título hubiera dicho «mata a su mujer en Córdoba y se ahoga», seguramente tendríamos una mayor certeza sobre el lugar donde ocurrieron ambos hechos, aunque no total. Pero la solución mejor, que nos resuelve todas las dudas, habría sido «mata a su mujer y se ahoga, en Córdoba».

Otra frase nos cuenta que los vecinos del inmueble de Leganés (Madrid) donde se suicidaron siete terroristas «preguntaban angustiados cuándo podrían volver a ver si sus pisos estaban afectados»^[57]. Según está escrito, esos vecinos ya habían visto si sus pisos estaban afectados, y deseaban volver a verlo. Se deduce del contexto que,

para leer bien la frase a la primera, hacía falta una coma: «preguntaban angustiados cuándo podrían volver, a ver si sus pisos estaban afectados».

Ah, la coma. La coma es un guardia de tráfico sensacional para mantener el orden. Y por eso la adopta nuestro genio.

Por influjo griego, en el siglo XVI se usaban ya la coma (*komma*: «corte», «cesura»), el punto (*stigmé*, «punción»), así como los dos puntos, el paréntesis, las comillas y el signo de interrogación. En el XVII se añadieron al idioma español el punto y coma y la exclamación. Más adelante los puntos suspensivos y el resto de los signos que ahora empleamos.

Casi todos ellos (no tanto el acento, las interrogaciones y exclamaciones o los puntos suspensivos) fueron creados para el mejor orden de la escritura, y para que la alteración del orden quedara a su vez bajo un orden complementario.

Las distintas calles que podemos transitar con las frases y las oraciones tienen esquinas, cruces, baches, portales, parques, coches... y por eso necesitamos semáforos y guardias de tráfico para organizar nuestro discurso. El orden que ha establecido el genio de la lengua precisa también de señales que lo hagan cumplir, en forma de acentos, guiones, comas, interrogaciones. El genio los sitúa con sutileza, nunca detiene a nadie por incumplirlos y ni siquiera levanta la voz cuando nos aconseja un signo de exclamación.

VI El genio del idioma es conservacionista

Quizás esta palabra vaya contra el genio de la lengua: «conservacionista». Demasiado larga, demasiado artificial. El diccionario la hace equivaler a «ecologista». Podríamos definir al idioma como «conservador»: que conserva, como el conservador de un museo. Pero las connotaciones políticas de la palabra pueden dar una idea equivocada, porque el genio también se ha mostrado capaz de innovar, de inventar y de adaptarse a los nuevos tiempos. Ahora bien, le gusta conservar todo cuanto ha ido atesorando.

Pero el genio del idioma no guarda sus recuerdos porque sí; no le podemos incluir en ese tipo de gente incapaz de tirar nada y que almacena un montón de objetos inservibles en su trastero. Al contrario: él ha creado un archivo muy bien ordenado (ya hemos visto que así es su carácter), y muy productivo. Todo lo que ha guardado a lo largo de su enorme historia lo deja al alcance de la mano para cuando le hace falta.

Así, ante nuevas necesidades acude al almacén de sus palabras y extrae la que necesita. Esto ha de conjugarse, claro está, con su carácter tranquilo. A veces reacciona de prisa, pero sólo cuando siente que se le espera con ansiedad y dudas. En ocasiones, por el contrario, le lleva años y años tomar la decisión de salir del letargo y abrir la documentación que guarda. Algo que le suele pasar cuando se ha puesto en circulación una palabra ajena, inventada por un genio extraño y sin relación con su pasado (el latín, el griego, el árabe). Le parece tal afrenta, que durante un tiempo se hace el interesante. Pero después aparecerá con su palabra, vieja y deslumbrante como una joya de anticuario.

Por conservar, hasta conserva a veces lo que no le gusta. Todo sea por no desaprovechar nada.

La letra *x*, por ejemplo. Esta letra va claramente contra el genio genuino del idioma español. Infinidad de hablantes no la pronunciaron bien durante siglos. Sólo personas con la prosodia educada eran capaces de articular correctamente este sonido. Y cada día oímos *examen*, *ekcepto*, *sacto* (por «exacto») o *toras* (por «tórax»).

La *x* debería haber desaparecido de nuestro idioma, y la tendencia parecía clara: sistemáticamente, esta letra era sustituida por una *j* (*dixo* se convirtió en «dijo», *texer* evolucionó hacia «tejer», el griego *partidoxa* se mudó en «paradoja» ...). El vulgo lo tenía claro: le molestaba esa pronunciación, que casi se desvaneció en las palabras patrimoniales.

Pero los cultismos que entraron con legajos y papelajos respetaron la *x*, tanto los latinos («máximo», «explicar»...) como los griegos («galaxia», «ortodoxo»... en este último caso con la misma etimología final de «paradoja»).

No es difícil suponer que el genio aceptó la letra a regañadientes, como ya hemos visto que hizo con otros muchos paquetes que llegaban por la vía culta, puesto que lo

arreglado por un lado se descomponía por el otro. «Es sintomático —ha escrito Jorge Bergua Caverio^[58]— que *x* sea el único grafema del alfabeto español cuyo nombre («equis») no contiene el sonido en cuestión».

Las palabras cultas que incluían la *x* resultaron ser útiles, en efecto; incluso esa letra sirvió para prestigiarlas (como prestigia a quienes saben pronunciarla). Más adelante el genio del español se vería reconfortado en esa decisión adoptada con escaso convencimiento: los hispanohablantes de la altiplanicie a los que inoculó el espíritu del español en América sabían decir con anterioridad «Tlaxcala», «Xochimilco»... Incluso «Quetzalcoatl» o «Popocatepetl». Ellos avalarían las *x*, incluso con seseo; pero curiosamente no lograron que sus padres españoles pronunciaran un dúo de fonemas como /tl/ al final de palabra (*chocolatl*, *cacahuatl*), porque se llevaron a la Península las adaptaciones «chocolate» o «cacahuete». Con chocolates y cacahuetes, por supuesto^[59].

Otra muestra de conservadurismo, en este caso gráfico, nos la proporciona la letra *h*. El fonema que le correspondía dejó de pronunciarse en latín en el siglo I antes de Jesucristo. Pero la *h* se mantuvo en la escritura como marcador genético: ahora nos ayuda a conocer la procedencia histórica de un término y a relacionar algunos entre sí («hielo» y «helada», «herrumbre» y «hierro») ... y a cometer faltas de ortografía.

Conservacionista como es, al genio del idioma le pareció bien que no perdiéramos esta *rara avis* en nuestra fauna. Y hasta repobló algunas zonas, porque en el siglo XVIII —época cultista en que la Academia impulsó la restitución de la *h* a muchas palabras que la merecían— dotó también de esta letra impronunciable a términos como «huevo» o «hueso», que en latín se escribían *ovum* y *ossum*. Eso explica la extraña diferencia entre *orphanus* y «huérfano», que nos lleva a escribir «orfanato». Pero, con la fuerza de las analogías y de la tradición como las percibimos (incluidos sus errores de interpretación), el genio nos hace suponer ahora que difícilmente escribiríamos con normalidad «uérfano» si tenemos la semejanza de «huerto» (*hortus*) o «huelga» (holgar).

El espíritu conservacionista le llevó al genio a proteger las palabras propias, los árboles y los animalillos con los que había crecido en su bosque. Por eso le molestan los extranjerismos a los que corresponde un equivalente en español: porque pisan las palabras autóctonas hasta secarlas. No sólo eso, sino que dejan sin agua también a algunas de los alrededores. Los extranjerismos tienen la puerta abierta si traen frutos nuevos. Habrán de acomodarse, eso sí, a las características de este bosque, usar el mismo riego y vivir de la misma savia. De otro modo, sencillamente no le gustan.

Las palabras foráneas disponen de distintas maneras de llamar a la puerta del paraíso. Pueden presentarse como extranjerismo, como préstamo, como adaptación fonética, como calco, como traducción libre... hasta disfrazadas de etimología popular. La reacción del genio no será la misma en cada caso.

Por ejemplo, la palabra «fútbol». Se presentó el extranjerismo, *football*, y no pasó. La grafía inglesa no le resultaba grata a nuestro genio. Apenas son ocho las consonantes que le gustan para formar finales de palabra, y aquí se presentaba nada menos que una *ll* (que ni siquiera procedía de su hermano el catalán como la ya acogida «detall»), además de una doble *o* que se pronuncia como /u/. Apareció luego el calco «balompié», y sí pasó al jardín, pero se quedó en un rincón. Allí fabricó un nuevo fruto, «balompédico», y hasta sirvió para dar nombre oficial a tres o cuatro equipos españoles (el Real Betis Balompié, el Albacete Balompié, la Balompédica Linense...). Y finalmente llegó el préstamo «fútbol», que mostró sus credenciales de palabra españolizada. (Un préstamo es la palabra que un idioma toma de otro sin traducirla, pero adaptada fonéticamente por lo general). El genio la aceptó. Y sin embargo se puede atisbar que aún le parece mejorable su presentación (ya sabemos que es lento). Sí, es cierto que esa *t* y esa *b* no le agradan juntas, porque no tiene precedentes en su patrimonio^[60]. Por eso ha empezado a difundir por ahí la especie *fúrbol*, quién sabe con qué intenciones. Esta posibilidad cuenta con la analogía de «árbol», entre otras... y empieza a hacer su trabajo. (El diccionario recoge 119 palabras terminadas en *l* y con acento en la penúltima sílaba). La etimología popular ya ha creado *fúrgol*, pues de marcar goles se trata; y el pueblo también ha vadeado el problema con una fórmula que se oye en muchas frases de aldea y de familia: «los niños están jugando al balón». O tal vez «están jugando al gol»^[61].

Todas las posibilidades de entrada del concepto «fútbol» definen con cierta claridad el funcionamiento de nuestro genio. Y aquí ha actuado en una primera fase con cierta rapidez, dado el carácter tan atractivo de ese deporte y su éxito en todo el mundo hispano. Con «squash» se lo pensará un poco más^[62].

«El préstamo trata de llenar una laguna en la lengua receptora», explica García Yebra^[63]. Y, claro, los préstamos fueron antes extranjerismos (palabras que no se adaptan a la lengua receptora). Como tales no entraron (el genio no les dejó pasar), pero su insistencia acabó modificándolos para obtener el pase.

No hay ninguna lengua conocida que pueda considerarse lengua pura. Pero Valentín García Yebra, maestro de traductores y académico, ha escrito: «desde el punto de vista del traductor, el extranjerismo es una confesión de impotencia», o también, «una muestra de esnobismo»^[64]. García Yebra interpreta al genio de la lengua con acierto (como no podía ser menos, dada su sabiduría): a estas alturas, la creación del idioma a cargo de nuestro genio es tan ingente que no puede permitir que le muestren las vergüenzas. Aceptar un extranjerismo significa confesar una laguna. El genio es orgulloso también. Pero el calco puede resolver eso, al menos testimonialmente. Nos imaginamos al genio diciendo: «vale, acepto "fútbol" por ahora. Pero ponme ahí al lado "balompié", que ya veré qué se me ocurre más adelante. No hay prisa». Y para empezar, se le ocurrió «balompédico». Por eso el

sabio García Yebra defiende que no consideremos peyorativamente el calco. Además, los hay magníficos, como decir «telefonazo» donde el francés proponía *coup de téléphone*.

El préstamo y el calco ya se daban en latín con relación al griego: *atomus*, por ejemplo, es un préstamo del griego *átomos*; y *accentus* un calco de *prosodía*.

A veces no resulta fácil distinguir el calco de la traducción. Pero, en cualquier caso, en esos procesos vemos al genio trabajando: *restaurant*, por ejemplo, dio tímidamente «restorán» y «restauran», pero finalmente el español ha acogido «restaurante» porque le suena propio. ¿Es un calco? Puede, pero ¿no será en realidad una traducción? El genio, no obstante, ha conservado una planta interesante en su inmenso jardín botánico. Porque ya disponíamos de «fonda». Ahora bien, «restaurante» añade modernidad al concepto. Pero él se encargará de resucitar el valor auténtico de aquella palabra popular. Y ya la está prestigiando por otro lado: La Fonda de las perdices, La Fonda del Cordero...

Las palabras antiguas. Hemos dicho que el genio es conservacionista. Cuando llegan a su puerta «autobús» o «autocar», percibe su rasgos extraños, y por eso defiende «coche de línea» o simplemente «coche». En los pueblos españoles se decía: «¿a qué hora llega el coche de línea?», «voy a tomar el correo» (el coche o el tren que llevaban y traían el correo). Todavía hoy resiste la expresión «cochera», frente a «garaje» o *parking* y, conociendo al genio del idioma, no aventuraríamos mucho si creyéramos que algún día reaparecerá con fuerza la vieja palabra castellana.

El gusto del genio por los vocablos antiguos lo percibimos a menudo cuando nos saltan al oído, pronunciados por un agricultor o por un ganadero... o por un arquitecto o un navegante. La hermosura de sus sonidos nos invita a que los aprehendamos y a no soltarlos ya nunca. Ese gusto por los aperos del campo, por las viejas medidas de capacidad, por el almohaz o la almohaza que sirve para limpiar las jacas, por la muserola y la serreta, la gualdrapa de lana colorida y el calandrajo trasañojo... Y como antiguas eran, al genio de la lengua también le encandilaron las palabras que halló en América: «calma», «colibrí», «guacal», «tamarindo», «guanasco», «cuate», «churuata»... Los hablantes de tierras americanas le devolvieron al genio la cortesía y conservaron en su nombre muchas voces que se perdían en España, con el encargo de regresarlas hacia la Península algún día: «Azafate», «rancho», «zafar», «auspiciar»... Ya están volviendo.

Una lengua es la suma de las posibilidades de hablarla, explicó Eugenio Coseriu^[65]; posibilidades que en parte ya han sido realizadas históricamente y en parte están aún por realizar. No es un sistema cerrado, sino que se halla en permanente sistematización. El genio conoce bien sus propios recursos y por eso

intenta reactivarlos. Ya reactivó «azafata», o la palabra «chupa» en el lenguaje juvenil español (cazadora de cuero) para recordar aquella que usaban los maestros (la chupa del dómene, siempre tan desastrada).

¿Por qué? Porque dispone de un caudal inmenso de recursos. Y es capaz de mirar hacia dentro para encontrar las soluciones que se le piden desde fuera. Lo hicieron en su día el latín y el griego, que bucearon en sus propios genes con la intención de aportar alternativas a la modernidad. Tiene un bosque lleno de especies animales y vegetales, y para conservarlas necesita que resulten útiles. En la creación de palabras acude a sus propias herramientas. Utiliza los prefijos como semillas para mezclar; logra derivaciones y ramificaciones; y compone vocablos mediante injertos de su propio jardín. Conservó los prefijos del latín y del griego que había heredado, y todavía les saca partido. Ha hecho de ellos su fórmula principal de crecer y evolucionar, y de dar respuesta a los retos que se le plantean. Y siguen activos. «Superactivos», diríamos para homenajearles con la palabra misma. Porque ha creado el «hipermercado» y la «macrosuperficie» y la «macrofiesta», y el «minigolf», y seguramente todo eso le parece «megadivertido».

En todos estos procedimientos, el castellano supera en riqueza y variedad a la lengua latina^[66].

Esas partículas que sirven para crear palabras —prefijos y sufijos— se mezclan entre sí (la parasíntesis) en combinaciones de jardinero para crear nuevos términos: «des-alm-ado», «com-pone-dor», «real-iza-ción», «bomba-rdear», «a-bomb-ar», «em-par-ej-ar»...

También acude el genio a sus propios recursos mediante la derivación, léxica o afectiva: «tontada», «patronazgo», «peregrinaje», «tizón» (léxica); «calvorota», «tipejo», «grandullón», «camastro», «pintoresco»... (afectiva).

Y no se olvida de la composición, mediante dos conceptos que se unen: «abrecartas», «sacacorchos», «paticorto», «metomentodo», «cuellilargo», «cejijunto», «padrenuestro», «hincapié», «bracicorto», «ganapierde», «catalejo»... Una posibilidad también muy activa hoy en día, muestra de la vitalidad del genio: en los últimos años ha compuesto palabras como «telebasura», «pinchadiscos», «quitanieves», «quitamiedos», «comecocos»... incluso algún híbrido divertido, como «amigovio» (para esa fase intermedia en las relaciones que no es ni una cosa ni otra y que tiene algo de las dos).

Esta facilidad para la composición la heredó del griego. Pero digamos la verdad: el genio del idioma español no ha alcanzado aquella maestría del genio clásico por excelencia. El griego, en efecto, comparte ese rasgo con el sánscrito^[67]. Mas ni el latín ni el castellano supieron adoptar tal ductilidad. El genio del idioma español sí ha podido lograr esas composiciones, aunque a diferencia del griego —además de respetar el orden con el verbo por detrás, allá donde lo haya— no logra que

fructifiquen con derivados. El griego nos da «filología», pero también «filológico» o «filólogo»; «misoginia», pero también «misógino»; «filantropía» origina «filántropo» y «filantrópico»... y lo mismo pasa con «filosofía», «parapsicología» o «democracia», que pueden alumbrar otros derivados. En cambio, el español no ha podido sacar más derivados a sus composiciones: no tenemos —ni podríamos tener— *quitanievístico* ni *cantautorismo*, por ejemplo. Así que una palabra semejante iría contra el genio del idioma, mal que le pese.

Por eso, y porque forman parte de su pasado, el genio gusta de abrir la puerta a todo tipo de voces científicas formadas con cromosomas griegos o latinos, porque, conservacionista como es, aprecia ese regreso a la antigüedad para rescatar las viejas raíces del bosque ya casi perdidas.

En todos sus procesos, este genio se muestra claramente ecológico. Lo recicla todo, no desperdicia nada si le resulta útil, pero tampoco lo guarda si lo ve prescindible. Su reciclamiento de vocablos es proverbial. Los ha moldeado y modificado, pero tal actividad no deja de ser una forma de conservarlos. Y aun así, algunos de ellos los ha traído hasta nosotros exactamente igual que se escribían hace miles de años. «Fortuna», «rosa», «amo», «gratis», «incuria», «fama», «cura»... Tampoco desperdicia los frutos que caen cerca de su árbol si los ve próximos y familiares: «morriña», «cobla», «mamey», «kiosco»...

Ángel Rosenblat nos habló de que en el lenguaje se dan dos corrientes enfrentadas: una que se basa en la innovación y otra que pretende claramente la conservación. De la lucha entre ambas resulta la evolución de la lengua. Es curioso que en el español ocurra eso ahora, porque distintos investigadores, en diferentes épocas, caracterizaron al latín hispánico por su arcaísmo y su conservadurismo. Y a la vez, paradójicamente, existe un cierto número de particularidades que permiten calificar al latín de Hispania como innovador^[68].

Son las dos corrientes que debe gobernar el genio, ya lo sabemos. Pero conociéndole como empezamos a conocerlo aquí, creemos que su proverbial lentitud le inclinará a dar más valor a esta segunda fuerza: la conservacionista.

Decisiones anteriores. En los años treinta del siglo pasado, el teatro Romea de Barcelona anunciaba un espectáculo donde se podría ver a «cinco *girls* con los senos en libertad»^[69]. Ahora nadie utilizaría ese anglicismo, puesto que los senos en libertad pueden corresponder a cualquier procedencia. Años más tarde, los jóvenes se reunirían en guateques en torno a un pick-up, palabra que circuló durante un buen tiempo hasta que el genio de la lengua inventó el «tocadiscos». Con el tenis llegaron *smash*, *lob*, *out*, *deuce*... y el tiempo hizo que surgieran «mate», «globo», «fuera», «iguales»... palabras todas que ya tenía de antes, y que valía la pena reciclar.

En la actualidad, Internet y todo el mundo nuevo de la informática están imponiendo, es cierto, un vocabulario especializado. Sin embargo, nos encontramos ante una situación que el genio ya conocía y sobre la que había tomado decisiones en tiempos lejanos. Si analizamos aquéllas, podemos imaginar qué sucederá con éstas.

Como ya hemos visto, el fútbol, inventado en Inglaterra, nos trajo una jerga que incluía en su tiempo palabras como las que hemos citado más arriba, a las que podemos añadir *manager*, *shoot*, *dribbling*..., que luego se quedaron en «secretario técnico» o «director deportivo»; en «disparo» o «lanzamiento», y en «regate». Y el viejo *plongeon* se dice ahora «tirarse a la piscina» (si se pretende simular una falta) o «estirada» y «palomita» (si se trata de una acción del guardameta). La palabra *football* era traducible, desde luego; pero «balompié» no tenía una existencia anterior a ella (por eso es un calco del inglés, porque se inventó más tarde). En cambio, sí existían en español las palabras «portero», «delantero», «defensa»... y por ese motivo no prosperaron las fórmulas foráneas. Porque el genio es conservacionista, v acude con frecuencia para sus plantaciones y repoblaciones a las especies de las que ya dispone. Eso las resguarda además de la depredación que suelen producir los anglicismos: entra «cúter» y ya nadie parece recordar «estilete», «fleje» o «lanceta» (en el aeropuerto de Bogotá oí que una empleada que necesitaba abrir un precinto se refería a esta cuchilla como «bisturí»). Pero así como reapareció «regate» para sustituir a *dribbling*, bien puede pensarse que algún día recuperaremos, por influencia del genio de la lengua, alguna de estas cuatro formas de referirse a un pequeño utensilio que corta. Ya decimos que suele tardar más en reaccionar cuando se topa con una palabra que se usa sin consultarle.

Pues bien, en el caso de la informática, «mensaje» es también anterior a *mail*; «enlace» precede a *link*; y «conectar» y «enchufar» se conocen antes que *plugin*. Y, por supuesto, el prefijo griego *cíber*— cumple con ventaja (y con más antigüedad) el papel de la raquítica *e* que en inglés (menos rico que el español en la creación de palabras mediante prefijos, infijos y sufijos) sirve para abreviar el concepto «electrónico»^[70]. Por eso podemos decir «cibermensaje», «cibercorreo», «ciberdirección», «ciberbuzón» (términos estos que un norteamericano común no sabría diferenciar, pues en todos los casos diría *e-mail*), o «cibercafé», «ciberforo» y «cibercharla». El genio del idioma conoce bien esos recursos para la formación de palabras, como ya hemos visto antes, y podemos esperar que haga una incursión en su historia, igual que en otras ocasiones, para regresar de allá con algunas opciones como éstas.

Bastará con que ciertos hablantes de prestigio o algún medio de comunicación beban en fuentes parecidas para que los usuarios del español las reconozcan de inmediato como suyas y las acepten. Estarán acudiendo así a sus propios cromosomas verbales, con los que sin duda se sentirán más cómodos porque se adaptan mejor a su

pensamiento y al perfume de las palabras heredadas. Esta reacción colectiva es más tardía, pero también más duradera cuando de recuperar las viejas palabras se trata. Puede que la extensión de los anglicismos se produzca con mayor rapidez, pero con frecuencia se quedan sólo en el semblante del idioma, del que después desaparecen.

Un buen ejemplo es la palabra «dopaje», puesta en circulación por la Academia como alternativa a *doping* y que fue acogida inmediatamente por hablantes y periodistas. «Dopaje» atiende al genio del idioma («anclaje», «pelaje», «pillaje», «doblaje» ...) mientras que la terminación de *doping* jamás se habría incrustado con naturalidad en nuestra lengua. De cualquier forma, aún queda la posibilidad de que el genio alumbre, con su lentitud proverbial, una posibilidad más que se acerque a sus cromosomas propios y se aleje del préstamo. Tal vez «trampeo», tal vez «drogaje»... quién sabe.

Pero eso que acaba de suceder con «dopaje» ya ocurrió en el siglo XIII (el genio no hace sino dar muestras de que sigue siendo el mismo). Porque Alfonso X el Sabio y sus colaboradores se enfrentaron al problema de que la lengua romance diera réplica a los tecnicismos o conceptos del pasado que sólo se habían expresado hasta entonces en latín y otros idiomas de cultura. Siempre que podían, Alfonso y los suyos aprovechaban las posibilidades del castellano de entonces y las incrementaban con derivados edificados sobre la base de palabras ya existentes. Así escribían *húmido* (ahora «húmedo»), *diversificar*, *deidat* («deidad») ... «Alfonso el Sabio, a pesar de haber introducido abundantísimos cultismos, no se salió de la línea trazada por la posibilidad de comprensión de sus lectores, y por ello casi todas sus innovaciones lograron arraigo», ha escrito Rafael Lapesa^[71].

Esa intervención desde arriba debe ser muy certera para que el pueblo la siga. Ya se sabe que la evolución de la lengua no funciona así, puesto que las decisiones se toman abajo: el pueblo ha de reconocer algo propio en las palabras que asume. Hemos escrito en otro lugar que se puede intervenir en el idioma como los biólogos actúan en el océano: en consonancia con las corrientes marinas y de acuerdo con la naturaleza, para preservar sus especies. Porque —a diferencia de lo que había logrado Alfonso X— dos siglos más tarde se instaló entre los escritores un fervor latinizante que excedía con mucho las necesidades del pueblo y del idioma. Iban contra el genio, sin duda, y por eso el genio rechazó abundantes palabras escritas entonces: *sciente* (sabio), *punir* (castigar), *fruir* (gozar), *ultriz* (vengadora)...^[72]. Algunas están en el Diccionario de la Academia (pues fueron usadas en la literatura, y constan ahí), pero nada más queda de ellas. En unos casos, por cursis; en otros, porque ya tenían equivalentes. (Llegarían más tarde fray Luis de León y Garcilaso de la Vega para hacer lo contrario: ambos huyen de introducir significantes que muestren latinismo o helenismo evidente). Junto a aquellos términos rechazados, por supuesto otros sí arraigaron, pues cumplían las normas exigidas por el genio de la lengua: que fueran

inteligibles y no resultaran superfluos.

Inventos nuevos, palabras viejas. El fenómeno continúa. Las palabras certeras arraigan. En su obra ya citada, Walter Porzig nos advierte de que vivimos rodeados de objetos que no han cumplido aún cien años^[73]. Todavía podemos *recordar* cómo empezó el genio a darles nombre. El mundo nuevo del ferrocarril, por ejemplo, nos hizo inventar esa palabra en español (y con los genes del español) para sustituir con ventaja a *chemin de fer* y a *iron roads* (expresiones ambas que procedían a su vez de los carriles mineros). Nuestro idioma eligió «revisor» donde el inglés prefirió *guard* (guarda; porque los revisores debían defender el correo ante salteadores de caminos). Y tomó «estación» por analogía con las estaciones donde se cambiaba de caballo de posta o con las paradas del recorrido por las iglesias en Jueves Santo (las «siete estaciones»); «vías» evoca mediante transposición metafórica el rastro que dejaban los carruajes o el simple «lugar por donde se transita» que ya definió el diccionario; «andén» era el corredor para *andar* por donde caminaban las mulas en las norias, tahonas y otros ingenios movidos por tracción animal; y así, «andén» es ahora el lugar por donde *andamos* junto a los carriles por donde discurre la maquinaria de tracción mecánica, eléctrica o de combustión. (El francés, en cambio, adoptó *quai*, «muelle»; eligió el acervo portuario). Y, como pasaría luego en el caso de «fútbol», también tenemos «tren» (de *train* en francés), que convive con «ferrocarril» y que ha asumido la grafía del español. Más bien parece «tren» una excepción sonora (por su fuerza onomatopéyica) entre tantas palabras nuevas que en su día salieron... del diccionario. Y así sucedería más tarde con la «navegación» aérea («aero-puerto», «aero-nave», «embarque», «sobrecargo», «a bordo», «borda», «pasaje», «bodega», «piratas» ...; y adoptamos del francés «avión» tal vez porque entendimos que se trataba de un ave muy grande). Por tanto, como sostiene Porzig, en la búsqueda de términos para hallazgos recientes «se transfieren palabras de vecinos campos objetivos y más antiguos al nuevo»^[74].

Es decir, el genio del idioma acude incesantemente a lo que ya tenía, para darle nuevo uso, para reciclar las palabras como un buen ecologista.

Así sucede, sin ir más lejos, con el verbo «arrancar» cuando se emplea con el significado de «poner en marcha» un coche. Como sucedió con «armario», por ejemplo, que antes era el lugar donde se guardaban las armas, pero ahora guarda los abrigos y se le sigue llamando igual; porque el genio quiso guardar en él la palabra que lo nombra. Continuamente, palabras que significaban sólo una cosa amplían su sentido, pero sin que ello mueva jamás a confusión. El genio sabe arreglárselas. Hace muchos años que ejecuta con maestría los cambios por asociación de sentidos (metáforas, metonimia) y por asociación de formas (etimología popular, elipsis). A su

carácter analógico se suma aquí su obsesión por el reciclado.

En ese terreno, el genio de la lengua recicló tiempo atrás el término «teclado», que es anterior al ordenador o computadora, incluso más antiguo que la máquina de escribir (porque nace de la «tecla» del piano, del órgano o del clavicordio^[75]). Ese conservacionismo del genio del idioma —«conservadurismo» si no se le da tinte político— hace que las palabras permanezcan como evocadoras de conceptos incluso a pesar de los avances que éstos experimenten. Así, llamamos «coche» o «carro» a un potente automóvil en nada parecido a aquéllos arrastrados por caballos o bueyes... O ahora una persona «enciende» la luz en su apartamento (o la «prende», según el uso más extendido en América) porque alguien antes «encendió» o «prendió» las velas en un castillo del siglo XIII; pero también «encendemos» el televisor (que no por ello se quema) y después lo «apagamos» (sin utilizar calderos de agua). Evolucionan los conceptos, pero las palabras permanecen; precisamente porque se agarran a ellos. Las imágenes de televisión nos llegan gracias a las «cámaras», tan distintas de las cámaras de aquellos fotógrafos de trípode y manta, tan diferentes a su vez de las ligeras cámaras de fotos, y tan distintas todas ellas de las «cámaras» que definía el primer diccionario: «apuesto interior o retirado donde regularmente se duerme», de donde salió «cámara oscura» (una cámara muy grande, eran los albores de la fotografía) pero también «camarada» (de las cámaras donde los soldados dormían juntos) y «camarilla» (aquellos que se reunían en la cámara del Rey).

El idioma, puesto que se crea dentro de sí mismo, responde a lo más nuevo con lo más viejo. Eso puede darnos pie a defender legítimamente que todo invento no tiene por qué ir definido por una palabra nueva, al contrario de lo que muchos sostienen. El genio ha demostrado que sabe aportar soluciones al respecto. Ahora jugamos al *scrabble*, un invento anglosajón que pronunciamos difícilmente /escrábel/. Puesto que se trata de un juego de palabras cruzadas, no resultaría extraño que dentro de unos decenios «jugar al scrabble» se dijese simplemente «Jugar al crucigrama»; en oposición con «resolver un crucigrama» o «hacer el crucigrama», expresiones estas que se reservarían para los publicados en diarios y revistas.

En los hoteles nos dan ya una tarjeta para abrir la puerta de la habitación, y a ese instrumento lo seguimos llamando «llave», a pesar de que ésta no se parece en nada a aquéllas de sólido hierro que cerraban las mazmorras. Y se denomina «llave» porque lo importante no es su forma, ni el avance técnico que muestre, sino que abra la puerta. Que tenga la «clave» —su etimología— para pasar. Lo mismo sucede cuando un comentarista deportivo dice que un futbolista estrelló el balón en el «palo» a pesar de que las porterías se hacen ya de aluminio y no de madera. O cuando narra que el balón —palabra anterior también al juego del fútbol— llega a la «red» (un término que tuvo un uso previo en el mar).

El genio de la lengua nos da esas fórmulas de una manera natural; pero es posible

que la solución se retarde si por el medio se cuela un anglicismo para denominar el nuevo utensilio. Ya hemos dicho que el genio se hace entonces el interesante. No importa: al final regresará con el vocablo auténtico; como pasa con «elepé» «cedé»... recuperaremos la palabra «disco» y desaparecerán las dos anteriores; desaparecerá «chófer» y recuperaremos «conductor»^[76], y hasta es posible que con el tiempo se vaya perdiendo «frigorífico» y digamos más a menudo «nevera»; o que arrinconemos *office* para pronunciar de nuevo «antecocina»^[77].

Las palabras permanecen, y así lo ha querido el genio del idioma durante siglos, frente a los avances técnicos que han vivido los conceptos que nombran. Como ha explicado el mexicano Raimundo Sánchez, lo accidental, lo accesorio, no anula el contenido esencial de las palabras.

La palabra «pantalla» no ha llegado hasta la computadora así como así. Antes fue la pantalla del televisor, y antes la del cine. Y antes, la de una lámpara. Todas tienen en común que sobre ellas se proyecta la luz. Todavía la primera acepción que nos da el diccionario sobre la voz «pantalla» dice: «lámina que se sujeta delante o alrededor de la luz artificial para que no moleste a los ojos o para dirigirla hacia donde se quiera».

Estas actitudes del genio de la lengua, como se ve, continúan en vigor. Y con mucho vigor. El mismo criterio que llevó hace dos mil años a nombrar «sierra» a una cordillera, el que hizo que la «púa» del puercoespín diera nombre al utensilio con el que se mueven las cuerdas de la guitarra para dotarlas de mayor volumen, logra ahora que llamemos «gorila» al que se sitúa en la puerta de una discoteca para impedir el paso a quienes no le parecen adecuados a la categoría del lugar. Y probablemente hemos llegado al punto en que el llamado «gorila» ni se ofende.

La obsesión del genio por crear significados desde dentro nos ha invitado a nombrar partes del cuerpo con objetos ajenos a él: la caja torácica, la palma de la mano, el globo ocular, la nuez de la garganta, el martillo y el yunque del oído... Y su técnica de las metáforas antropomorfias nos dio el efecto contrario (partes del cuerpo que nombran objetos): los ojos del Guadiana, la boca del túnel, la pata de la mesa, las manecillas del reloj, las entrañas del volcán, la cara norte de la montaña o la cara oculta de la Luna... Y el sillón con orejas.

Se considera que un 35 por ciento de las palabras que figuran en el diccionario se han construido dentro de la lengua, utilizando los propios recursos de que dispone el genio del idioma. Ese gusto por ejercer la innovación con el almacén propio resulta muy llamativo.

Por eso podemos pronosticar que en el futuro hallarán mejor acomodo en nuestro idioma, por los gustos del genio, las voces que más se parezcan a las nacidas desde dentro, aunque lleguen envueltas en un extranjerismo: palabras como «lavavajillas», «telespectador», «quinceañero», «motocaca»... Y también las metáforas fosilizadas,

construidas igualmente con ingredientes propios: un «plumas» , un «puente festivo» (a menudo sólo «puente» si el contexto lo avala), una «canguro» ...

Las palabras así formadas serán longevas, mientras que no cabe suponer lo mismo de *zapping*, *holding*, *focus group*, *outsourcing*... Entre otras razones, porque en su día ya rechazó el genio las grafías francesas que, sobre todo en el siglo XVIII, acechaban a cualquier documento impreso. Algunas quedaron, claro que sí, gracias a su utilidad y a que se adaptaron a la morfología y la fonética del español («financiero», «cotizar», «la Bolsa», «revancha»...). Pero en cambio no tuvieron mucha suerte expresiones que parecían de lo más fetén, como *golpe de ojo* (mirada), *pitoyable* (lastimoso), *chimía* (química), *remarcable* (notable), y otros inservibles inventos más, además de clonaciones sintácticas como el uso del gerundio en función adjetiva («se ha recibido una caja conteniendo libros») o el abuso de los artículos ante nombres de países («está de moda en la Italia»)^[78].

El valor de la ñ. Ese espíritu ecologista de nuestro genio reapareció a finales del siglo XX, en los primeros años noventa, cuando algunos fabricantes de ordenadores intentaron evadirse de la norma española según la cual todos los teclados de importación debían tener incorporada la ñ como letra, en pie de igualdad con el resto de los caracteres. Las propuestas de que el español mudase esta grafía para adoptar alguna de las alternativas en otros idiomas indignó a casi todos los pueblos que hablan nuestra lengua.

La ñ, en efecto, es un invento peculiar del español. No existía en latín, y si ha pasado a otras lenguas (el euskera —donde ocupa incluso el lugar insigne de la bandera vasca, *ikurriña*—, el aimara, el guaraní, el quechua, el araucano, el tagalo...) eso se debe a que el castellano les prestó su alfabeto porque estos idiomas carecían de él.

La ñ tiene sus antecedentes en los fonemas latinos *n* (*vinea*, «viña»), *nn* (*annus*, «año») y *gn* (*ligna*, «leña»). Esta nasal palatal no existía en latín ni siquiera como sonido, pero sí anidaba en la mente de los habitantes de la Península y en la evolución que aplicaron a su idioma. La marabunta de grafemas que usaron en la Edad Media las lenguas romances para sonidos similares se formaba con posibilidades como *in*, *yn*, *ny*, *nj*, *ng*, *nig*, *ign* y *n*. El italiano y el francés se quedaron con *gn*; el catalán eligió *ny*; el portugués, *nh*, y el castellano se decidió en un primer momento por *nn*^[79]. Luego —por esa economía de esfuerzos que alienta nuestro genio— las dos letras iguales («geminadas» en el lenguaje técnico, palabra que se asocia fácilmente con «gemelas») se redujeron a una, como en muchísimos otros casos; pero la ausencia de la otra se indicaba mediante una rayita trazada sobre la letra superviviente. La ortografía de Alfonso X el Sabio consagró esa solución. Y Nebrija

reflejó después estos orígenes en su gramática (siglo XV): «la *n* esso mesmo tiene dos oficios: uno proprio, quando la ponemos sencilla, qual suena en las primeras letras destas diciones: nave, nombre; y otro ageno, quando la ponemos doblada o con una tilde encima, como suena en las primeras letras destas diciones: ñudo, nublado, o en las siguientes destas: año, señor». Pero, por si las dudas, el gramático sevillano sentencia luego sobre la ñ: «hacemos le injuria en no la poner en orden con las otras letras del a b c». En Nebrija, la raya superior se ha hecho ya ondulada. Y desde entonces la conservamos contra viento y marea, para que nadie le haga injuria. Porque forma parte ya del talante de nuestra lengua.

El semblante del idioma son los alrededores, que el genio visita de tanto en vez y sobre los que no ejerce una vigilancia estricta. Sin embargo, el talante es su guarida. En el talante reside el genio, o viceversa. Si en el semblante están los anglicismos, por ejemplo, el talante es la actitud que el genio mantiene ante ellos. En el semblante se puede apreciar cierta desorganización, porque las fuerzas que intervienen en él son ajenas a las esencias del idioma: generalmente, proceden de las cúpulas sociales. En el talante, por el contrario, todo responde a un patrón estable y reconocible, que entronca con el pueblo.

El genio nos influye... quién sabe. El gusto por conservar las palabras ancestrales nos habrá alimentado seguramente el placer de mantener las tradiciones, tal vez nos ha animado a que, generación tras generación, se hayan transmitido los romances de ciego y los cuentos populares, los refranes y los dichos, las canciones infantiles y los ritos adultos, que hayamos respetado los templos antiguos (incluso los de otras religiones) y los teatros romanos. Todo lo que pasa con el idioma va ligado quizás a nuestro carácter. A veces, la lengua es la consecuencia de nuestros actos; pero en otras ocasiones le corresponde a ella influir en nuestras ideas.

VII El genio del idioma es melancólico

Esta característica del genio de la lengua, la melancolía, va ligada al rasgo analizado en el capítulo anterior («el genio es conservacionista»). Uno sólo puede acudir a sus recuerdos si previamente los ha conservado bien, sea en la memoria o sea en un cuaderno escolar. Pero aquí no hablaremos únicamente de su capacidad para recuperar el pasado, sino de su gozo al hacerlo.

Analizar el idioma español desde cualquier punto de vista es encontrar su melancolía. Miguel Delibes, el formidable escritor castellano, acude con frecuencia a la elisión del verbo «decir» y otros similares cuando hace hablar a sus personajes: «llevo tres días mano sobre mano. Por no tener no tengo ni ganas de comer. Y la madre dale duro con que si me pasa algo» (*Diario de un cazador*); «pues tal cual, doctor, o sea, a Padre le picó la codicia un día, se llegó a la Sindical, puso las medallas en la mesa y que un crédito agrícola, ¿entiende?» (*Las guerras de nuestros antepasados*). Delibes toma al oído el lenguaje del castellano rural, y lo reescribe con una inmensa calidad literaria sin desprenderse de sus peculiaridades. Se trata, por descontado, de un lenguaje ancestral que pervive en el mundo donde las palabras se han desenvuelto más cómodamente a lo largo de la historia, donde el pueblo las ha sentido más propias: en la agricultura.

Y esa forma de construir las frases en las que se hace hablar a otro ya estaba en los autores de los siglos XII y XIII, y por supuesto en el idioma popular de entonces. Y al genio le gusta.

El español arcaico, de hecho, se contentaba con dar a entender, con yuxtaponer las frases sin coordinarlas; y en ese contexto era habitual omitir el verbo «decir» ante su oración subordinada: «a aquel rey de Sevilla el mandado llegaba / que presa es Valencia, que no se la emparan». «El rey dioles fideles / por dezir el derecho e al none; / que non varagen con ellos / de sí o de none»^[80]

La conexión entre el estilo que se emplea en el *Cantar de Mío Cid* y el que mueve la pluma de Miguel Delibes es la pura melancolía del pueblo. Y éste siente tan clara la sintaxis y el orden de las palabras que puede prescindir incluso de un verbo. Se trata del mismo sentimiento verbal que experimentamos cuando debemos repetir una frase porque no se nos ha oído en la primera formulación.

—Voy a viajar a Barcelona.

—¿Qué?

—Que voy a viajar a Barcelona.

Es casi impensable repetir la frase sin introducirla con «que», un resto (igual que en los ejemplos citados) de la elisión del verbo «decir» («he dicho que»). El genio del idioma anda por ahí.

Y está tan presente el verbo suprimido, que por lo común construimos la segunda frase en subjuntivo:

—Ven aquí.

—¿Qué?

—Que vengas aquí.

Tampoco son de hoy los intercambios —a veces erróneos— de adjetivos y adverbios («ganaron fácil», en vez de «fácilmente» o «con facilidad»; «vinieron rápido» en vez de «vinieron deprisa» o «vinieron rápidamente»). En el español arcaico podemos encontrar frases como «violos el rey, feroso sonrisaba» (en vez de «sonreía ferosamente» o «con ferosura»).

El genio es nostálgico, pues, se siente cómodo con lo que ya conoce; y por eso muchas innovaciones las relaciona con su propia experiencia para aplicarles las viejas recetas.

Si nuestro automóvil necesita gasolina, pararemos a «repostar». Este verbo, formado con los propios recursos del español, entra en el diccionario en 1956 para referirse a la acción de reponer víveres o combustible. Pero podemos imaginar el rostro complacido del genio cuando se consagró el uso de «repostar». Porque en su melancolía recordó al «caballo de posta» que, valga la redundancia intencionada, se «apostaba» en los caminos (mayormente en lo que se llamaba «estación») para servir de relevo al equino agotado que llegaba desde la posta anterior^[81]. Por lo general, mediaban dos o tres leguas entre una estación y otra, y cumplían el papel que se reserva ahora a las gasolineras, en las que el viajero se detiene para «re-postar» y seguir su marcha con nuevos bríos. Por cierto, se detiene en las «estaciones de servicio»^[82].

Conociendo al genio de la lengua como lo vamos haciendo en estas páginas, podemos pensar que no debió de ser ajeno a que se nos apareciera ese verbo y lo asumiéramos de inmediato con plena integración en el sistema del español. De hecho, tampoco estuvo lejos de la palabra «postal», que se vinculó al término «correo» precisamente por cuestión de las postas que en ellas hacían los carteros, ya fuera a caballo o al gobierno de los tiros y carruajes que también precisaban de patas de repuesto. Y decimos ahora «casa de correos» como antes se decía «casa de postas»,

precisamente la «parada donde tomaban caballos de refresco los correos y los que viajaban en posta», según la definición todavía presente en el Diccionario. En él figura asimismo esta definición de «apostar» (segunda entrada): «de *postar*. Poner una o más personas o caballerías en determinado puesto o paraje para algún fin». Ya tenemos ahí ese verbo original «postar», al que sólo hacía falta añadir un prefijo que reflejara la reiteración. Y no quedaba tan alejado en el tiempo del sustantivo «posta» que se sigue empleando en las carreras de relevos, donde los atletas o nadadores corren en la primera posta, la segunda posta... hasta las cuatro en que suelen dividirse.

Algo suena raro en «posta», desde luego. No parece una palabra patrimonial (pues las reglas de la evolución lingüística nos hacen suponer «puesta»). En efecto, se trata de un italianismo que entró cuando la ventanilla de esa evolución ya se había cerrado (recordemos que el genio mira mucho la hora), pero el vocablo es tan antiguo, está tan asimilado y es tan productivo que el señor de la lengua (como hace con todas las palabras incorporadas con la vestimenta debida) ya nunca le hará ascos. Las palabras *nacionales* y las *nacionalizadas* son suyas por entero. Y tampoco reprocha nada a un derivado tan elegante como «repostar»... como no reprocha nada ni a «jardinero» (del galicismo «jardín») ni a la mismísima «albañilería» (del arabismo «albañil»). No son éstos precisamente sus problemas.

En realidad, todas las lenguas disfrutan de la melancolía; todas guardan una cierta unidad con su propia historia; todas presentan más coincidencias con su pasado que discrepancias. «En ningún otro dominio de la cultura sobrevive tanto el pasado como en la lengua» escribió Coseriu^[83].

Por eso hay una buena manera de engañar al genio del español: presentarle algo nuevo como si fuera viejo. Cuela enseguida. Da igual que la palabra nos llegue a través del inglés o del suajili.

Los helenismos que han venido al español dentro de palabras inglesas se han adaptado sin dificultad. En esos casos el genio del idioma ni siquiera repara en cómo se escribe en inglés, y pone en marcha sus propios mecanismos como si la palabra la hubiera recibido directamente del griego hace siglos y por la vía del comercio con el Mediterráneo. Es lo que pasó, por ejemplo, con la voz *psychedelic*. No habría sido el primer anglicismo que se adoptase y se adaptase más o menos como llega. Y si hubiera ocurrido eso estaríamos diciendo y escribiendo *psiquedélico* y *psiquedelia*, como en francés escriben *psychédélique*. Pero el genio ya tenía en su seno unos genes que le servían para componer una palabra con dos sustantivos griegos. Así que se aplicó a su trabajo melancólico y por eso decimos «psicodelia» como asumimos «psicofonía» o «psicodrama». El genio, a pesar de que la palabra de origen era *psyché* o *psique* (depende de la transliteración; es decir, de la transcripción que usemos) ya tenía decidido que la vocal de conexión para los compuestos sería la *o*. Y

así no queda sobre la palabra en español ni rastro del inglés^[84].

A veces tardan en aparecer estas palabras que, como «repostar», dan en el clavo. Pero el genio tiene paciencia. Incluso en el siglo XX se han incorporado innumerables latinismos con total naturalidad: «amputación», «caries», «conmiseración», «excavación», «excreción», «proyección». Las incorporaciones contemporáneas son casi todas internacionales: «anemia», «autógrafo» (antes «manuscrito»), «biografía», «fonética», «arqueología», «programa»... Suelen presentarse envueltas en otra lengua, y al genio no le parecen mal porque las reconoce como propias y eso le agrada.

Y ésta es la clave de su melancolía: al genio le gusta todo aquello por lo que ha pasado su historia. Ahí reside la razón de que vea con buenos ojos las palabras que traen un barniz de latín, o de griego, o del árabe, incluso de que le gusten algunas voces germánicas o italianas. Con vocablos que comparten esas lenguas ha formado palabras patrimoniales, incorporadas así a su propia genética para generar nuevas voces. Y ése es el problema que le plantea el inglés: por el inglés no ha pasado nunca el genio, y con esta lengua se muestra más riguroso que con ninguna (también lo sería con otras, pero éstas no se hallan tan presentes en su mundo). Eso sí: lo que viene en inglés disfrazado con una pátina antigua acaba pasando. Como «computador» o «computadora», pues no le resultan ajenos el verbo «computar» y sus posibles derivados. Tampoco puso pegas a «locomotora», que se había presentado en calidad de *locomotive* cuando la inventó George Stephenson en el siglo XIX. Siguiendo los criterios de todo inventor que se precie (tal vez hubo un congreso internacional de genios del idioma para decidir esto, e influir luego en los genios de la industria), el ingeniero británico acudió al latín para dar nombre a su nueva máquina. En realidad, para darle adjetivo, pues se trataba del *locomotive engine*. El genio del idioma español aceptó inmediatamente, sin que apenas se barajase otra posibilidad, «máquina locomotora», de donde (como ya hemos visto en anteriores páginas) el adjetivo pasó a resumirse en nombre.

«Locomotora» era la máquina que se movía del lugar (*locus*, en latín), y por eso la designación se centró en ese aspecto. En aquel tiempo ya existían máquinas de vapor, pero se estaban quietas en su sitio. Llama la atención que un siglo después los hablantes se fijaran en la misma diferencia (móvil-fijo) al llegar los nuevos teléfonos^[85].

Los inventores, en efecto, acudían al latín, al griego, a veces incluso a los dos: «electricidad», «telégrafo», «teléfono», «fotografía», «automóvil», «aeroplano», «biciclo» (después «bicicleta»; «velocípedo» antes).

Por culpa de esa tendencia del genio a dar por bueno lo que llega con un barniz conocido, las «clonaciones» de palabras forman un disfraz peligroso. Estamos hablando de esos términos que se pronuncian o se escriben con gran similitud en

inglés y español pero que albergan significados muy distintos... al menos hasta ahora (como sucede con *table* y «tabla»). Se trata de palabras que tenemos ante nosotros y nos resultan familiares, pero que no han seguido una evolución genética en nuestra propia lengua sino que se clonan directamente de otra, ocasionando así una confusión entre el vocablo original y el clonado. Por ejemplo, esas lesiones «severas» de las que hablan los médicos ignorando que la rigidez de juicio —la severidad— sólo corresponde a los seres animados; esa «librería» (*library*) que en realidad es una biblioteca... En estos casos el genio del idioma se halla más indefenso, porque le costará mucho trabajo reparar con su eterna lentitud los efectos de estos ataques contra su cuidado patrimonio. Se ayudará para ello del escaso recorrido que suelen tener tales palabras, porque estas clonaciones («falsos amigos» en el lenguaje de los filólogos) padecen sus propios efectos transgénicos y se estropean con facilidad cuando empiezan a moverse por el sistema, produciendo errores al saltarse el rigor y la analogía que ha inoculado nuestro genio a todos los hablantes: la retransmisión «en vivo» que no tiene su antónimo en la retransmisión «en muerto»; el trabajador «ignorado» por sus jefes, que, sin embargo, le conocían bien; los miles de «copias» de un libro (*copies*) que fueron impresos legalmente en una rotativa; un cantante que actúa «en concierto» pero que no es un concertista...

No obstante, el genio está aquí ante un reto; y, visto el dolor que podrían ocasionarle estas palabras clonadas, imaginamos que sabrá responder a él.

Muy de pueblo. El genio es también muy de pueblo, y a causa de eso puede encontrar en el terruño todo lo que necesita. Su verdadera esencia procede del mundo rural, por más que haya aceptado muchas propuestas de las clases cultas y urbanas. Y tanto su evolución como su resistencia a la evolución —pues ambas corrientes se dan en su seno, gobernadas por la lentitud y el calendario como hemos visto— entroncan con las clases populares.

La gente sencilla constituye el verdadero nexo entre las distintas épocas de nuestro idioma. El pueblo ha acogido con calor todo su acervo patrimonial y lo ha defendido, desdeñando generalmente los modernismos que ya en la antigüedad se alentaban desde la gran capital. La autoridad y el prestigio de la metrópoli le seguían quedando muy lejos con el paso de los años, y el genio decidió refugiarse en su propio ambiente para guardar lo que ya tenía, sin incorporar las modas de la gran urbe romana o de la fina corte central. Encontró en las aldeas y las zonas rurales su granero de militantes, que intuyeron muy bien el alma del idioma, lo albergaron y lo enriquecieron. En ellas caló el espíritu que el genio deseaba inculcar a los hablantes: la ausencia de prisa, la necesidad de que todo tuviera un orden, el gusto por ahorrar...

Como la romanización empieza en España en el siglo III antes de Cristo, el latín que llega corresponde a esa época. No es el mismo idioma que lleva el Imperio a las

Galias, porque allí la conquista se produce un siglo después. A la Dacia (más o menos la actual Rumania) la romanización no llega hasta el siglo II después de nacer Jesucristo, cuatro siglos más tarde que en la Península. Por tanto, la lengua que trasladan los romanos a España es un latín más antiguo, que, merced a ese carácter conservacionista del genio del idioma español, pervivirá en muchas palabras que otros lugares no albergaron. Los centuriones y los arquitectos llegaron en un primer momento directamente de Roma. Con el paso de los decenios, los romanos habían nacido ya en Hispania. El centro del Imperio va quedando más lejos.

El latín español se fue haciendo cada vez más español y más del pueblo. Y fue más español cuanto más del pueblo. El latín hablado en las zonas más remotas y más pobres de la Península era menos parecido al de Roma —a su norma de prestigio— que el hablado en las ciudades próximas al Mediterráneo. Y precisamente aquella habla rural fue la que sirvió de germen para el castellano.

Más adelante, el hispanorromance conservaría muchos rasgos de latín, cómo no; pero de ese latín correspondiente a los siglos III y II antes de Cristo que se modificaría luego en el habla de Roma y en los usos de otras provincias latinizadas después^[86].

Así que el castellano (y el portugués) preservaron formas corrientes en el latín clásico que no se registran luego fuera de la Península, salvo en otras áreas igualmente alejadas de los centros de irradiación cultural^[87]. Eso hace al español tan de pueblo: su caldo de cultivo está en la lejanía del poder y de la ciudad.

Está documentado que el entonces cuestor Adriano (emperador de 117 a 138 después de Cristo), hispano e hijo de hispanos, leyó un discurso ante el Senado romano con tan marcado acento regional que despertó las risas de los senadores^[88]. Y eso que Adriano era un hombre culto, pero seguramente le influían —a él como a otros miles de personas— la fonética y la fuerza de las lenguas que existieron en Iberia antes de que llegaran los romanos, hasta el punto de hacerle conservar el eco de su acento pese a tantos siglos de dominación en la Península. No es difícil imaginar su pronunciación de las vocales, demasiado hispana. Todavía hoy son notorias las similitudes entre la fonología del castellano y la del euskera —una de las lenguas prerrománicas—, frente a la del latín: cinco fonemas vocales en ambas lenguas españolas, contra los diez del latín clásico y los siete del latín vulgar de Hispania.

La lejanía de Roma explica que el castellano diga «mesa» (*mensa*) mientras que el francés dice *table*, el catalán *taula* y el italiano *távola*. El español dice «queso» (del latín *caseus*), pero el catalán *formatge* y el francés *fromage*, y el italiano *formaggio*, o «hervir» (*fervere*) en vez de *boullir* (francés), *bollire* (italiano) y *bullir* (catalán). Las viejas palabras del castellano proceden del latín, pero de un latín más antiguo. Y el genio del idioma español decidió conservarlas^[89].

Así pues, el español heredó ese conservadurismo de aquel latín (entendemos por conservadurismo el hecho de que en la Península se mantuvieran formas desaparecidas en el resto del Imperio) . Y ya entonces se vio obligado a manejar las dos presiones que le rodeaban y que le iban a perseguir siempre: una conservadora otra de innovación. Una, del latín; otra, de las lenguas prerrománicas. Y por increíble que parezca, las hizo compatibles.

Roma era la capital del Imperio y allí se marcaba la moda, también en las palabras. Pero las zonas periféricas, como España, quedaban lejos de la metrópoli. Una flecha lanzada desde un arco ya no puede cambiar su trayectoria una vez que ha salido de la cuerda...; puede detenerse, pero no variar. La luz de una estrella se sigue viendo desde la Tierra muchos años después de que ese astro haya desaparecido... Y algo semejante sucedió con las palabras lanzadas desde Roma hacia la Península: siguieron su camino, aunque en el lugar de origen hubiera cambiado el foco que las proyectó.

En las regiones más alejadas, se van registrando una serie de cambios que no se daban en los territorios centrales de la Europa románica, más relacionados con el poder central. El latín *magis* hace que nazcan «más» (español), *mais* (gallego), *més* (catalán) y *mai* (rumano), pero la también latina y posterior *plus* origina *plus* en francés y *piú* en italiano. Algo paralelo con lo que le sucede a la palabra «pájaro», pues el latín vulgar *passar* (latín clásico *passer* «gorrión») da en gallego *pasaro*, en portugués *pássaro*, en rumano *pasere*...; pero el francés se queda con *oiseau*, el italiano con *uccello*, y el catalán con *aucell*, todos ellos con origen en *aucellus* (avecilla). Una voz tan empleada como «hermano» derivó en español de *germanus*, y por eso mismo se dice *irmao* en portugués y *germá* en catalán, mientras que en francés utilizan *frère* y en italiano *fratello*, derivados de un posterior *frater* en latín (de donde también el posterior fraternal del español)^[90]. Digamos, pues, que «hermano» es más de pueblo y más antiguo que *frère*.

Una buena prueba de ese carácter rural que tintó toda la evolución patrimonial del castellano nos la da la palabra «caballo» . Esta voz no puede proceder de ninguna manera del *equus* latino. De ahí saldrán muchos años más tarde los términos cultos «equino», «équido» o «equitación» , formas de entender el caballo con perspectiva científica o de alta sociedad. Nuestra palabra, «caballo» —similar en otras lenguas romances— viene también del latín: de *caballus*; pero no era éste el caballo de los caballeros, valga la redundancia paradójica, ni el caballo de los centuriones o de los emperadores. *Caballus* significaba «caballo de carga»; es decir, el empleado para las labores del campo con funciones que más adelante asumirían nuestras mulas. Para el pueblo no había otro caballo. Y por eso nosotros no tenemos ya otro caballo que el

«caballo», sea de un mariscal o de un aparcero.

El Imperio Romano cayó, y el influjo lingüístico de Roma se esfumaría. Pero no se esfumó el latín, que continuó vivo muchos siglos, sobre todo en la iglesia, en los tribunales y entre las clases cultas. Ahora bien, no había un latín único, porque el hablado en Castilla se había alejado mucho, como decimos, de la norma prestigiosa de Roma.

En la época árabe, tres cuartas partes de la Península quedaron bajo dominio de los invasores llegados del sur. Sin embargo, en el norte y en el noroeste permanecieron algunos núcleos que hablaban un idioma embrionario de lo que ahora llamamos español. Se trataba también de las áreas que habían estado más alejadas de las normas romanas, zonas rurales. Y por ahí anduvo la cuna de este idioma, retratada más tarde en las *Glosas de Silos* y San Millán (unos kilómetros más abajo).

Ese aislamiento del idioma en una zona alejada de la metrópoli (y sus correlativos efectos) se produciría más tarde en América. Durante siglos, el contacto con la península Ibérica se mantenía únicamente a través de México y Lima. Por eso algunas zonas, como el Río de la Plata, permanecieron más alejadas lingüísticamente de España que los territorios conectados por las vías de comunicación preferentes^[91]. Hasta las puertas del siglo XIX, a Buenos Aires se llegaba sólo después de un larguísimo viaje por tierra, cruzando el continente de norte a sur. El genio de la lengua anidó en los hispanohablantes de aquellas zonas, reprodujo en ellos el sentimiento melancólico de la lejanía y la endogamia lingüística. Eso explica que la norma argentina esté más alejada del castellano peninsular que la mexicana o la peruana. El español de Buenos Aires, por ejemplo, es más conservador que el de Madrid o el de Lima, y, como se sabe, abundan en él los arcaísmos que en otras zonas hispanohablantes ya no se usan, como el empleo del «vos» para la segunda persona del singular.

El sentimiento continúa. Todavía hoy se mantienen los efectos de la flecha que se disparó en el siglo XV hacia América: muchas palabras desaparecidas en el español de España siguen vivas en las gargantas del Nuevo Continente, aunque hayan sido sustituidas por otras en el foco que las lanzó hacia allá; y, en un efecto similar, todavía hoy suena extraña en tierras americanas la unión de preposiciones «a por», que se da como normal en la Península y que tal vez se tenga por demasiado metropolitana. No les puede sonar vetusta, pues carece de ese encanto popular.

La melancolía del genio del idioma y su espíritu popular se unen, por el contrario, cuando oímos voces que nos recuerdan el herrenal donde se encierra a los burros, la algarza que recubre sus tapias, el tajuelo donde nos sentamos para verlo, aquellas lajas con que se ataba a los animales, las servillas que nos calzan los pies antes de ir a

la cama, el burato de seda, la saya y el mandil, las piedras que tomamos del majano para arrojárselas al garduño que huye, la gayola, los bogales y la jineta. Son antiguas, y por eso también hermosas.

Al genio le gustan porque es melancólico, arropado sin duda por la experiencia de tantos pueblos hispanos que abandonaron su tierra para emigrar a otras, y que acumularon así una nostalgia de sus orígenes, de sus majuelos en flor y de los vencejos siempre incansables que revoloteaban junto al campanario. Aquellos aventureros rememoraron los zopilotes majestuosos y siguieron venerando al cóndor andino. Llevaron sus nombres a países lejanos —San Antonio, Los Ángeles, tantas Barcelonas, y Santanderes, y Méridas y Cartagenas...—; buscaron tierras llanas si venían de la llanura, y zonas escarpadas si procedían de la montaña. Los pueblos hispanos han ido y han regresado, y a veces se han quedado en otras tierras, pero siempre guardaron el placer de recordar lo que era suyo, para no perderlo nunca.

VIII El genio del idioma es sencillo

Con las palabras del idioma español se pueden construir los textos más enrevesados pero también los más sencillos. La diferencia estriba en que el público suele apreciar mejor estos últimos. Algunos escritores —Azorín a la cabeza— han hecho de la sencillez su estilo, acompañada de la precisión porque siempre que se evitan las complicaciones y las ambigüedades se disfruta de la claridad. Y la claridad sólo tiene esos dos factores: sencillez y precisión.

El genio de la lengua prefiere también la sencillez, y sobre ella ha construido su poder. Busca las fórmulas más simples: ya lo hemos visto con su espíritu analógico y su capacidad para dejarse enseñar. Los vientos que en algunos sectores tienden a contradecir esta tendencia están llamados al descrédito y luego al olvido. El idioma resulta mucho más fácil de lo que pretenden quienes hacen negocio de oscurecerlo.

La tendencia natural del idioma es la palabra llana, que no en vano se llama así. De las 92.000 entradas del diccionario, son palabras llanas o graves (acento tónico en la penúltima sílaba) 72.500 (el 71 por ciento). «Casa», «mesa», «silla», «circo», «campo», «bosque», «árbol» ... El léxico del español está inundado de palabras sencillas y llanas. Las palabras agudas son sólo el 19 por ciento («avión», «color», «querer», «motor» ...).

El sonido de nuestro idioma invita a hablar con llaneza. Las esdrújulas son muy escasas («último», «índice», «pérgola», «águila» ...), y no digamos las sobresdrújulas («rápidamente», «acapáraselo», «déjanoslos» ...). Y no se puede defender que esdrújulas y sobresdrújulas desagraden al genio, pero sí podemos deducir que no las tiene como preferidas, porque hay menos esdrújulas entre las palabras patrimoniales que entre los compuestos griegos y los cultismos latinos. Ya su vez el grupo de palabras patrimoniales (las que han experimentado toda la evolución del castellano) contiene muy pocas esdrújulas con más de tres sílabas. Números estos que también aumentaron gracias a los cultismos latinos y griegos («antropólogo», «filósofo», «homínido», «entomólogo», «pirómano»...). De hecho, en el habla común las palabras esdrújulas apenas aparecen. Y si éstas se identifican generalmente con el lenguaje culto, tal vez podamos establecer un baremo que relacione la formación de una persona y el uso que hace de las esdrújulas (número de ellas en relación con la media habitual en español, cantidad de sílabas en esas palabras, procedencia latina o griega...).

Por lo general, las palabras largas son cultas; y se han formado con adición de afijos y partículas que denotan un cierto conocimiento superior de la lengua. Aunque no racionalmente, muchos políticos han debido de hacerse, de forma intuitiva, este planteamiento. De otro modo no se explica su gusto por alargar las palabras y colocar su acento en las primeras sílabas y no donde les corresponde (*préparacion*,

cónstitunonalidad, éstimular, sólidaridad, ínvertiremos...). Parece que quisieran incrementar el número de esdrújulas, y la apariencia de expresión refinada, por el tramposo método de presentar como tales las que no lo son.

Pero, vistos los datos expuestos aquí, eso va claramente contra el gusto del genio, y aleja el lenguaje político del que utiliza el pueblo con naturalidad, el lenguaje llano. Porque estadísticamente semejante *esdrujulización* constante no se corresponde con la presencia habitual de tales palabras en el idioma. Y por tanto varía el sonido global del discurso, lo que puede producir el efecto contrario al buscado: que el pueblo desconfíe de quien no habla como él.

De hecho, el pueblo tiende a lo contrario: a acortar muchos términos que le parecen excesivamente largos (palabras compuestas, por lo general), como bici-cleta, foto-grafía, cine-matógrafo, porno-gráfico, zoo-lógico, auto-móvil, tele-visión, narco-trafficante, peli-cula («me voy a ver una *pelí*»), micro-fono, híper-mercado, ultra-derechista... que en ámbitos familiares suman muchos más: «el presi», «la seño», «la Ascen»...

En efecto, al genio no le gustan las palabras largas. Es normal que la gente se trabe al pronunciarlas, incluso los locutores profesionales las ensayan con cuidado para cuando se les presenten inexorables. El genio del español no propone unas palabras tan cortas como las del inglés, donde abundan los monosílabos, pero digiere mal «antiestadounidense», «baloncestístico» o «anticonstitucionalmente».

Ese carácter llano del español le viene, como es lógico, del latín. El genio de la lengua de Roma no creó nunca palabras agudas ni sobresdrújulas. Nosotros decimos «amor», pero los romanos pronunciaban *ámor*. Nosotros escribimos «libélula», pero en latín se dice *libelúla* (diminutivo a su vez de *libella*, que procede de *libra*, «balanza»: por el equilibrio que mantiene ese insecto en el aire, con las alas desplegadas y horizontales).

El genio del español (que como buen hijo del latín rompió con algunas reglas del padre, pero heredó muchas más) ha mantenido ese gusto. El latín, de hecho, adaptó palabras del griego haciéndolas pasar por el aro de sus propias reglas fonéticas: a causa de eso apenas nos han llegado al español voces griegas agudas (excepto los nombres propios, que no sufrieron adaptación).

Por todo ello, la mayoría de los vocablos agudos del español son tardíos (además de relativamente escasos). La primera persona. ¿Es descabellado relacionar la sencillez del genio del español con su desapego de la primera persona? Tal vez, pero eso es lo que ocurre. «Dejamos a los psicólogos e historiadores de la cultura la tarea de aclarar por qué el español, entre otras lenguas románicas y germánicas culturalmente colindantes, hace al sujeto hablante menos protagonista que aquéllas», escribió Emilio Lorenzo^[92]. Ciñéndonos al retrato meramente lingüístico, es cierto que en inglés o francés se pierden las desinencias verbales y eso obliga a introducir el

sujeto. En español, en cambio, la desinencia verbal garantiza casi siempre la identificación de la persona-sujeto («¿vienes?» frente a «¿tú vienes?»). Y eso oculta al agente y favorece la sencillez, hasta el punto de que salta al oído la inmodestia de quienes utilizan continuamente el «yo» cuando hablan.

En español, el sujeto queda como recurso para el énfasis o para resolver una ambigüedad. Pero más para el énfasis. Ese recurso no lo tiene el inglés. El francés sí: *moi, toi, lui...*, en formaciones como *moi, je vais...*

El genio del idioma, para más abundancia en las posibilidades de sencillez, puso también al servicio del hablante la opción del sujeto «uno» y «una», que logran subsumir el protagonismo de la primera persona en una tercera: «uno piensa que eso es lo adecuado», «una creería que eso era verdad»...

La ocultación del «yo» se extiende en español a la resistencia frente al uso del posesivo: «se le cayeron las gafas», en vez de «se le cayeron sus gafas». Por eso podemos pensar que van contra el genio de la lengua las frases tan habituales de los periodistas deportivos: «Zidane se lesionó en su tobillo», «Beckham dispara con su pierna derecha», «Ronaldinho se lleva su mano a su cabeza», puesto que en todas ellas los pronombres son superfluos (y no hay que olvidar que el genio tiende a la economía). No es difícil imaginar la influencia de una lengua distinta cuando se oyen frases así (generalmente el inglés) ^[93].

Lo expresó muy bien Juan de Valdés en su *Diálogo de la lengua*: «[...] el estilo que tengo me es natural y sin afetación ninguna escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que sinifiquen bien, lo que quiero dezir, y dígolo quanto más llanamente me es possible, porque a mi parecer, en ninguna lengua está bien la afetación». Valdés coincide con don Juan Manuel en que «todo el bien hablar castellano consiste en que digáis lo que queréis con las menos palabras que pudiéredes».

Me permito recordar aquí la frase que escribió un periodista, amonestado en su día por el Departamento del Español Urgente de la agencia Efe: «abandonó la Ciudad Condal para iniciar su período vacacional». A su alcance había tenido una frase mejor, y además sin rima: «salió de Barcelona para empezar las vacaciones». El 4 de septiembre de 2004 oigo en la radio: «el coche sufrió una salida de la calzada», lo cual se parece bastante a «el coche se salió de la carretera».

Ya lo contaba Cervantes: «aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo: "llaneza, muchacho, no te encumbres; que toda afectación es mala"».

El gusto por la sencillez lleva al genio del idioma español a proponer frases sencillas, directas, sin muchas subordinadas. Las frases largas y llenas de subordinaciones enredan su ritmo y lo amaneran. Hace falta mucha maestría literaria para manejarse en esos terrenos inhóspitos, porque ni el ánimo ni la estructura de nuestra lengua ayudan en el intento. Y ni siquiera cuando esas frases se construyen

con corrección y resultan inteligibles se puede garantizar que sean también literarias.

IX El genio del idioma es preciso

La precisión constituye otra de las obsesiones del genio de la lengua. Los campesinos medievales que sabían distinguir las variedades del ganado o de los équidos, cada una con su nombre, se acostumbraron a nombrar las zoquetas, los cañiceros y los hocinos, a agavillar lo segado y a salir al acarreo. Cada objeto tenía su palabra, y cada función su verbo.

Eso estaba y eso permanece en la mentalidad del pueblo hispanohablante, que busca siempre atinar en los matices. Todo atentado contra la precisión de la lengua es un acto de lesa genio del idioma.

El Diccionario del español ha acogido el galicismo «devenir» (que se escribe igual en francés) y lo define como equivalente de «sobrevenir», «suceder», «acaecer» o «llegar a ser». Como concepto filosófico, «el devenir» es «la realidad entendida como proceso o cambio, que a veces se opone a ser». Así, «el devenir» puede ser «el desarrollo», «la evolución» o «el proceso» de algo.

Pensando en francés, uno puede «devenir catedrático»; es decir, llegar a ser catedrático. O pensando en español: «convertirse en catedrático». La expresión francesa parece ganarle al español en la significación de un proceso, un camino en el cual el sujeto se está transformando para terminar en el sustantivo o adjetivo que la sigue. Pero llama la atención, como muy bien ha expuesto Emilio Lorenzo, la facilidad del español para ganar a su vez en precisión y eficacia a ese «devenir» que tanto acomplejaba a algunos filósofos desilusionados por no encontrar en nuestro idioma un sustantivo y un verbo equivalentes a «derivar del ser». Porque «devenir» se dice en español de muchas maneras: *devenir vulgaire*, por ejemplo, es «adocenarse». Y *devenir fou*, «enloquecer». Y hacerse viejo, «envejecer» (o «avejentarse», que la precisión del español sabe distinguir el ser del parecer). Y así tenemos «rejuvenecer», «enriquecerse», «adelgazar», «engordar», «debilitar», «ablandar», «enrojecer» (y «ruborizarse», «sonrojarse»), «abaratar», «encarecer», «acrecentar»... Verbos que no existen en otras lenguas y que ganan en precisión frente a cualquier alternativa. El español puede decir «enamorarse», significando así el proceso, el devenir, mientras que el francés debe acudir a *tomber amoureux* y el inglés a *to fall in love*, con un tránsito necesariamente brusco pues los dos hablan de una caída.

Ir perdiendo el pelo sería «encalvecer», y una traducción de «abarraganarse» en inglés nos daría nada menos que *to enter into concubinage*^[94]. Son centenares los ejemplos que nos ofrece el diccionario que, para mayor rigor, concretan el devenir en evoluciones precisas.

El genio busca atinar con los matices y tiende a la especialización de las palabras. Eso no quiere decir que cada término corresponda a un significado y sólo a uno, sino

que significados cercanos pero no iguales deben encontrar sus términos precisos y por tanto, distintos.

Partimos de la base de que el genio ha consentido oposiciones lingüísticas que, a diferencia de las oposiciones lógicas, no son exclusivas, sino inclusivas^[95]. Y sin embargo es casi imposible el error (salvo intencionado) . Así, tenemos la oposición día-noche. Pero la noche está dentro del día. Y eso no es en absoluto fuente de equivocaciones o malos entendidos al hablar. La ambivalencia de «día» no afecta a su precisión, como tampoco el extenso valor de «caballos» (palabra que puede referirse a los animales o a la potencia de un coche), porque el contexto da siempre idea del significado (y si en el 99 por ciento de los casos no fuera así, ese doble valor acabaría desapareciendo). Sin embargo, sí afectaría al rigor del idioma que no supiéramos distinguir entre «caballos», «burros» o «mulas» porque todos se denominaran de la misma forma. Y no sólo es imposible eso, sino que además el genio de la lengua ha sabido distinguir entre «alazán», «jaca», «corcel», «purasangre» o «percherón». Igual que entre «berrendo», «ensabanao» o «bragado» . Y antes, entre «fanega», «carga», «cahíz», «almud», «almudada», «rebujal», «celemín», «yugada» y «obrada», palabras con las que el léxico medía la vida rural.

El sistema verbal del español constituye uno de los factores de la precisión que ha desarrollado nuestro genio. Para empezar, dispone del inmenso valor del subjuntivo. La especialización de significados verbales nos permite distinguir bien entre estas tres frases: «come todo lo que le da», «comió todo lo que le dieron», «comerá todo lo que le den». Este último verbo, expresado en subjuntivo, nos refleja una conjetura, algo irreal por el momento. En alemán, en cambio, se tiende a enfocar el hecho como real, usando para ello el indicativo^[96].

Igualmente, en los casos en que se muestra una esperanza mezclada con deseo, el francés, el alemán y el inglés usan el presente o el futuro de indicativo, mientras que el español acude al presente de subjuntivo. *J'espère que mon père viendra me voir, I hope my father will come to see me; Wird mich besuchen*; en los tres casos, se está diciendo «espero que mi padre vendrá a verme». Pero en español se distingue la conjetura: «espero que mi padre venga a verme». El subjuntivo en español, con ese valor intrínseco de irrealidad, especializa mejor lo que se está contando. Decimos en nuestra lengua «cuando me vaya», pero en francés *quand je m'irai*. Y «cuando salga la luna» se diría en inglés *when the moon comes out*.

El indicativo, según lo considera nuestro genio de la lengua, se acerca más a los hechos que acaecen; el subjuntivo se aleja, para acercarse a los que tal vez no acaezcan: «creo que mi padre vendrá», frente a «no creo que mi padre venga» .

Por tanto, podemos decir que va contra el genio del idioma español ese uso, influido por el inglés o el francés, de un indicativo que debiera ser subjuntivo: «espero que vendrá», «confío en que lo hará» (pero sí es correcto «creo que vendrá»).

El valor psicológico que le da el español a estos usos resulta interesante, porque no son exactamente iguales las frases «quizá tienes razón» y «quizá tengas razón».

Ese sentido preciso del subjuntivo se aprecia también con la diferencia entre estas oraciones: «he convocado a los directivos. Quiero conocer a uno que habla inglés». «He convocado a los directivos. Quiero conocer a uno que hable inglés». En este segundo caso hay que buscar dos veces: un directivo y que hable inglés. Uno «que habla inglés» existe, tiene una fisonomía o una descripción o un nombre; uno «que hable inglés» hay que buscarlo, aún no sabemos nada de él o de ella. En el primer caso, esa persona está en el grupo donde buscamos. En el segundo, quizás en él nadie hable inglés.

Como nos explican los lingüistas, el indicativo indica y el subjuntivo subordina (se somete). El subjuntivo es pieza principal en la idiosincrasia de nuestra lengua. En inglés, los tiempos del subjuntivo casi siempre coinciden formalmente con los del indicativo, y eso a veces hace difícil saber si nos hallamos ante un indicativo o un subjuntivo, a la hora de traducir.

El español, por otro lado, es la única lengua de las culturas occidentales que ha desarrollado un sistema o programa peculiar con el que se *desperfectivizan* los verbos^[97]. Sirve para precisar que la acción acabada no ha terminado y sigue en desarrollo la acción que se entiende ya ha concluido: «te lo vengo diciendo» es un ejemplo; ya hemos dicho lo que teníamos que decir, pero damos la apariencia de que seguimos haciéndolo.

Por su parte, Valentín García Yebra destaca también el pretérito imperfecto, que «es un recurso de las lenguas románicas verdaderamente precioso»^[98]. Porque se trata de un tiempo pasado que contempla la acción en su desarrollo, sin atender a su principio ni a su fin. Es decir, que generalmente expresa una acción pasada que ocurre mientras acontece otra.

Esa riqueza (y por tanto precisión, pues ésta no se concibe sin aquélla) nos ofrece igualmente la diferencia psicológica entre «mi padre ha muerto hace tres años» y «mi padre murió hace tres años», porque la afectividad es diferente^[99]. Igual que el valor psicológico que se deduce de un hablante cambia en el caso de que diga «si quisieras, iríamos al cine» o «si quieres, vamos al cine», puesto que en el primer caso la posibilidad es más remota. (Por eso seguramente le disgustan al genio del idioma frases como «si quieres, iríamos al cine», o «si el Madrid gana, se pondría segundo»; que mezclan las dos posibilidades y arruinan esa precisión expresiva).

García Yebra, el maestro de traductores, resalta asimismo la diferencia entre oraciones como «el presidente se planteaba una reforma fiscal pero tenía que sortear esos problemas» y «el presidente se planteó una reforma fiscal pero tuvo que...». Una y otra se pueden usar, por supuesto, pero sus puntos de vista lingüísticos son distintos. En el segundo caso, se consideran los hechos simplemente pasados y

concluidos, mientras que en el primero se ven como procesos en cierto modo presentes en el pasado, que se muestran al lector como no concluidos todavía. Esta riqueza psicológica (derivada de la riqueza gramatical) alcanza a otros tiempos: por el plurivalor del presente y su uso para el pasado («Felipe González es elegido en 1982 con mayoría absoluta...») y por el futuro de pasado («... pero la última parte de su mandato, de 1990 hasta 1996, *estará* rodeada de la polémica»).

Demostrativos más certeros. El rigor y especialización que ha impuesto nuestro genio al idioma español se observa con claridad en el sistema de los demostrativos, que en palabras de Emilio Lorenzo es «uno de los más perfectos y eficientes de los romances ibéricos»^[100], pues a las tres posiciones en el espacio corresponden tres pronombres personales, tres demostrativos y tres adverbios de lugar, todos ellos perfectamente ensamblados.

En francés podemos decir *ce pied*, en inglés *this foot*, en alemán *dieses Fuss* o en italiano *questo piede*, pero ninguna de esas expresiones es traducción exacta de «ese pie», porque en español «ese» forma parte de un sistema de localización en tres grados, frente a los dos grados de los otros idiomas. «El significado del español es intransferible en su integridad», sentencia Emilio Lorenzo. Porque la precisión de nuestro genio ha alumbrado «este», «ese» y «aquel»; «aquí», «allí» y «allá», y «yo», «tú» y «él», con sus correspondientes plurales en el caso de los pronombres y los adjetivos.

Además, «tú» no significa lo mismo que *you*. Porque «tú» se ha circunscrito al tono familiar y cercano, mientras que *you* puede traducirse también libremente como «uno» («Uno va al cine...»), como «Nosotros» y como «usted». El español refleja una imagen del mundo en la que existen el tú y el usted. Y el nosotros y el nosotras. Por tanto, el significado español es intransferible^[101].

Al genio le ha importado mucho la perspectiva del hablante, y por eso no ha renunciado (al contrario que otras lenguas) a convertirlo en referencia de lugar. De ahí las distinciones entre «ir» y «venir» o «traer» y «llevar». (En las relativas y peculiares de «ser» y «estar» no vale la pena entrar, por ser de sobra conocidas).

Otra precisión maravillosa de nuestro genio es la preposición *a* para significar complemento directo de persona, que nos hace diferenciar entre las frases «la decisión dividió el pueblo» y «la decisión dividió al pueblo»; «el entrenador alteró el equipo» o «el entrenador alteró al equipo»... Y sutilezas como «cambió el alcalde por un ministro» o «cambió al alcalde por un ministro»... o «los socios cambiaron el presidente» y «los socios cambiaron al presidente»^[102].

Una de las razones por las que nuestro idioma huye de la voz pasiva (aun siendo posible) radica en su ambigüedad: «estos niños son descuidados» puede significar

que los niños carecen de orden y disciplina, tal vez con el añadido de un cierto despiste; o bien que sus padres no les dedican la debida atención^[103].

Por todo ello (los ejemplos podrían sumar mas páginas, desde luego), podemos describir legítimamente al genio de la lengua como un personaje que gusta de la precisión cuando la necesita, desde el léxico rural hasta el científico (donde se le supone), pasando por los recursos que él mismo ofrece en la gramática, las partículas que atinan con los significados certeros: «dormir», «adormecer», «adormilar»...

En la Edad Media, coexistían las pronunciaciones /horma/ (con *h* aspirada) y /forma/, para una sola grafía: «forma». Eso fue consecuencia de la evolución fonológica que convertía ciertas /f/ del latín en /h/ y que no estuvo acompañada durante un tiempo por la correspondiente evolución ortográfica. Por eso el genio del idioma se vio en la necesidad, atendiendo a su rigor y precisión, de ordenar las cosas. Durante siglos, «forma» se pronunciaba de dos maneras y tenía significados distintos con cada una de ellas. Así que a principios del XVI se comenzó a escribir «horma» y «forma», según correspondiera, para distribuir adecuadamente los dos significados. Lo contrario nos resultaría hoy inconcebible: una misma grafía para dos pronunciaciones, dos significados repartidos en una sola escritura.

Esta especialización de palabras y sonidos le agrada al genio, y por ello tal vez podemos defender que la *desespecialización* le disgusta cuando resta matices al idioma de uso general. Cualquier empleo del lenguaje que borre los límites entre las palabras y los verbos, que anule las diferencias psicológicas, va contra la precisión del genio de la lengua. Por ejemplo, «hindú» (que profesa el hinduismo) e «indio» (ciudadano de la India) ya se han unificado actualmente bajo el paraguas de «hindú» (que hospeda tanto a «ciudadano de la India» como a «quien profesa el hinduismo») hasta el punto de que un «hindú» (ciudadano) puede no ser un «hindú» (religioso). «Prueba» se acerca en el lenguaje periodístico a «evidencia»; «ingresar» se aproxima a «entrar»; «alarmista» equivale ya a «alarmante»... han perdido sus diferencias «carbonizar» y «calcinar»...^[104]. Todo esto ocurre en el semblante de la lengua, pero la Academia ha consagrado en el diccionario estas pérdidas de precisión. ¿Terminarán formando parte del talante del idioma? ¿Está la Academia en consonancia con el genio de la lengua? Ya contestará éste cuando se decida.

X El genio del idioma es tacaño

Tacaño o ahorrador, el caso es que el genio del idioma tiende a la economía de medios. Este recurso le resulta muy productivo, porque da mucho más valor a cada palabra: si se elimina todo lo superfluo, lo que queda es valioso. Y si una palabra figura en una frase, eso se debe a que tomamos el vocablo como significativo; de otro modo debería desaparecer. Por eso se produce ruido cuando suponemos expresiva una palabra y resulta que no lo es. Porque si dijéramos «el estadio se hallaba completamente repleto» estaríamos dando a entender —puesto que cada palabra ha de expresar algo que sería distinto si ese vocablo desapareciera— que existe la posibilidad de que el estadio se hallase repleto a medias.

El genio del idioma tiene un principio irrenunciable: «Si algo está, que sirva para algo».

Por eso abomina de los pleonasmos («laudo arbitral», «totalmente desconectado», «cojea visiblemente», «totalmente gratis», «difícil reto» ...), expresiones que nadie diría de natural si no las hubiera oído por los medios de comunicación, como a nadie se le ocurre decir en un contexto de realidad «leche blanca» o «gigante grande», porque esto sólo sería válido en un contexto en el que hubiese leche negra o gigantes pequeños.

Si le decimos a alguien «abre la puerta» —tomo el ejemplo del libro de Juan Luis Conde^[105]— eso significa que nuestro interlocutor sabe perfectamente a qué puerta nos referimos y cómo debe abrirla. Si, por el contrario, le indicamos «acércate hasta la puerta de esta habitación, coge el pomo, gíralo en el sentido de las agujas del reloj y luego empuja hacia dentro», caben dos posibilidades: o quien nos escucha ignora el procedimiento adecuado para abrir esa puerta porque se trata de uno distinto del habitual, o le estamos llamando idiota. Nuevamente la abundancia de palabras —de la que en otro caso podríamos prescindir— ha de resultar significativa. De otro modo, el genio la rechaza: si algo redundante, que tenga un sentido.

Algunos pleonasmos han adquirido una gran expresividad, y éstos sí son admitidos. «Caía nieve blanca» no añade gran cosa. Pero podemos manejar la redundancia con cierta técnica: «en aquel pueblo, todas las vacas eran blancas, a juego con su leche blanca, todas las casas daban al aire blanco la luz de la cal blanca, y el viento del alba levantaba unas semillas blancas que parecían nieve blanca de verano». Ese párrafo está lleno de redundancias, pero el genio podría dejarlas pasar si viera una intención expresiva y hasta elogiarlas si hallase una expresión literaria. La misma intención expresiva que encontramos en «lo vi con mis propios ojos» o «lo cogió con sus mismas manos».

El genio da continuamente muestras de ahorro. Nada de despilfarros. De hecho, muchas evoluciones que ha experimentado nuestra lengua han consistido en distintas

economías: de sílabas, de fonemas, de construcciones verbales, de palabras, de declinaciones... Nuestros antepasados dijeron *viridis*, pero luego *viridis* y después «verde». Del esperable latinovulgar *essere* hemos pasado a «ser»... No todos, pero muchísimos de los rasgos evolutivos del castellano están guiados por el ahorro.

Así ocurre en la supresión de las geminadas (o consonantes dobles) que no diferenciaban su sonido respecto a su posible representación simple (es decir, no se trata del caso *r* y *rr*, o de *l* y *ll*): *flamma* da «llama», *cuppa* deriva en «copa», *siccus* se escribe «seco»... Las letras geminadas, en efecto, exigen una mayor energía que las simples; por eso acaban amortizándose en las palabras patrimoniales.

Y así, con el mismo fin, ha inventado el genio nuestras oraciones de relativo, para que se puedan reducir aún más: «los políticos que habían sido acusados de corrupción tuvieron que dimitir» se queda a menudo en «los políticos acusados de corrupción tuvieron que dimitir».

La supresión del «yo». Todo eso liga con el capítulo anterior y el uso del «yo»: o es enfático, o aclara una ambivalencia o se lo calla uno. Porque el significado debe variar si usamos el «yo» correctamente: no es lo mismo «lo sé», que «yo lo sé» o que «yo sí lo sé». Cada palabra que se agrega en esa serie tiene una razón de existir. Y si no sucede así, el genio prefiere que no se empleen porque añaden confusión.

Tanto se ha dado el genio de la lengua a la tacañería, que ha descubierto una posibilidad de reducción con que no cuenta tampoco ningún otro idioma: ese empleo peculiar del neutro «lo». Con su contribución, todos los adjetivos pueden transmutarse en un concepto absoluto abstracto. (¡Maravilloso!). Así, podemos decir «lo hermoso», «lo excepcional», «lo admirable», «lo descabellado»... Y eso da paso a un empleo de «lo» realmente sensacional: «¿te hablaron de lo del otro día?», «¿qué hay de lo mío?», «ya me he enterado de lo del comité».

Del valor económico que aporta esta fórmula nos da una idea la siguiente comparación:

Lo de ir a la tienda no le gusta.

Doesn't like the idea of going to the store^[106].

Indudablemente, el pronombre «lo» aporta una gran riqueza y diferencia esa frase de la otra posible: «ir a la tienda no le gusta». Pero la adición del «lo» añade también un conjunto de situaciones que se imaginan en torno al hecho de ir a la tienda: tal vez el largo camino que hay que recorrer, quizá los pesados paquetes que se deban acarrear al regreso... Y ahí está la brillante idea del genio: en que tales circunstancias

no aparecen; se economizan en el pronombre «lo», un dúo de letras que hizo mucho más sugerente en español el título de aquella famosa película: *Gone with the wind* (Lo que el viento se llevó)^[107].

Ese recurso, la «sustantivación de algo definido, consabido o indefinible», como lo describe Emilio Lorenzo^[108], se extiende a oraciones tremendamente expresivas y económicas: «¡lo que nos divertimos!», «¡lo bien que lo pasamos!». Es difícil imaginar una traducción breve en otro idioma para una frase como «¡lo que tengo que contarte!», porque quizás debiéramos acudir a una solución como «Tengo algo importante que contarte!». Y encuentra parangón en frases de difícil traslado a otras lenguas: «lo que es yo, no pienso ir», «es mejor de lo que crees»...^[109].

Ahorro fonético. La economía del genio ha alcanzado también a las repeticiones fonéticas. No se trata solamente de una cuestión cacofónica (de eso se hablará después), sino de que un fonema pueda adoptar dos valores: lo que en lingüística se llama haplología (que podríamos explicar como «simplificación», pues «haplología» procede del griego *haplóos*, «simple»).

Así, si la voz «ídolo» se junta con —*latría* (adoración) debería dar *ídolo-latría*, pero se reduce a «idolatría»; y lo mismo pasa en palabras como *simbolo-logía* (que se reduce a «simbología») o *trágico-cómico* («tragicómico»). Un fenómeno que el genio no ha olvidado, y que sigue vivo actualmente en «impudicia» (*impudicitia*), «autobús» (de *auto* y *ómnibus*), «apartotel» (en vez de *apartahotel* de «apartamento» y «hotel»), o la más arriba citada «amigovio» (*amigo-novio*), entre otras.

La ley del mínimo esfuerzo se extiende en el español a determinadas perezas fonéticas, una necesidad no consciente de ahorrar energía articulatoria. El genio del español salió en eso más vago que su antecesor. Eso explica que *praesepe* se convirtiera en «pesebre», o *crepare* en «quebrar». Palabra tras palabra, evolución tras evolución, los fonemas se acomodan movidos por una misma orden para hacer su pronunciación más fácil y economizar energía.

La supresión de fonemas se extiende a la de oraciones enteras, en enlaces que cuentan con la inteligencia de quien escucha. Como en este ejemplo que nos presenta Graciela Reyes: «hablé de mi operación con el médico. Ahora operan con láser»^[110]. Donde se deduce que eso es lo que ha dicho el médico. O bien: «llamó Violeta. Se va el miércoles a Roma».

La polisemia. Esa economía lingüística que tanto le agrada al genio del idioma ha provocado la existencia de una notable polisemia. Al contrario de lo que pudiera pensarse a primera vista, el hecho de que una palabra tenga varios significados

constituye una prueba evidente de austeridad. De ese modo, se reduce el número de voces que es necesario conocer, y la lógica de los significados que se les adhieren permite deducir inmediatamente lo que quieren decir en cada contexto.

La palabra «pluma» tiene varios significados si la encontramos apoltronada en el Diccionario, pero sólo le daremos uno si la hallamos trabajando. En latín se escribía y pronunciaba exactamente igual que ahora (estamos de nuevo ante una palabra con miles de años, que nos ha llegado inalterada). Pero de aquel *pluma*, *plumae* a la pluma de la grúa, a la pluma del escritor (su utensilio o su estilo), a la pluma del afeminamiento masculino, o al peso pluma en el boxeo... van muchas decisiones del genio de la lengua gobernadas por su sentido económico. Las metáforas lexicalizadas han agrandado el sentido de las palabras: la hoja de papel, la hoja de la espada, la hoja de afeitar... el cometa y la cometa... la falda de la montaña... Y así como un escritor con buena pluma es alguien con estilo brillante, un actor con tablas es el que acumula mucha experiencia. Y el plural de pluma, «plumas», sirve para definir un tipo de abrigo, de tan reciente creación léxica que aún no ha llegado al Diccionario.

Es realmente admirable que aquellos mecanismos que sirvieron para crear dentro del idioma palabras como «venta» (lugar de hospedaje) o «gloria» (lugar abovedado de las casas antiguas que funcionaba como calefacción), ejerzan ahora el mismo poder y nos brinden «canasta» (acción de encestar en baloncesto), «acicate» (como «incentivo»; pero el acicate, traída del árabe, era una punta de espuela); o «embrague» (que Viene de «briaga»: cuerda o maroma que se usaba en los lagares y toneles; en el Diccionario desde 1726) y «embragar»: «abrazar un fardo, piedra, etcétera, con bragas o briagas», y que ya estaba en el Diccionario con el sentido mecánico en 1925, cuando los automóviles todavía no se estilaban mucho^[111]. (Hasta 1984 no admite el Diccionario «embrague» como uno de los pedales del coche).

La metáfora para ampliar el significado es frecuente incluso en el lenguaje científico, que intenta ser preciso: *vías* urinarias, *circulación* de la sangre, *cavidad* paleal...

Pero ahí reside la gran habilidad, la gran pirueta del genio: tendríamos que esforzarnos mucho si quisiéramos que esos significados diferentes para una misma palabra nos llevaran a la confusión. «Sueño» tiene doble valor en español, y por eso decimos «tengo sueño» y «tengo un sueño», la misma diferencia que se produce entre «tengo sueño» y «tengo sueños», o «está soñando algo» y «está soñando con algo». El genio no propicia el error cuando se producen estas ambivalencias. «Fortuna» puede usarse con el mismo significado que «suerte». Y diremos «¡qué suerte tiene Marta!». Pero el genio de la lengua siempre nos quitará de la cabeza la frase «¡qué fortuna tiene Marta!» para referirnos a su suerte, porque en ese caso se puede dar a entender que es muy rica y se produciría la confusión; así que de una manera natural expresaremos «¡qué suerte tiene Marta!» mientras no queramos decir que atesora

mucho dinero.

La analogía tiene su técnica; hacen falta muchos años de uso general de una palabra con distintos significados para que ambos se aposenten en el idioma y demuestren que no hay peligro de confusión. La analogía está al servicio de la relación correcta entre dos términos, y se rompe cuando el lenguaje se fuerza hasta tal punto que equivoca los sentidos. Ahora nos llega, por vía televisiva, la palabra «polígrafo» (el detector de mentiras que va reproduciendo en un gráfico las alteraciones del pulso, y que se emplea en algunos programas espectáculo para averiguar si algún personajillo dice o no la verdad). Porque «polígrafo» significaba en español «autor que escribe sobre diferentes materias», tomando el prefijo griego *poli-* (procedente de *polýs*, «mucho», escrito en griego con ípsilon y en formación aguda) y la raíz *grafos* (del griego *graféin*, «escribir»). Este nuevo polígrafo, sin embargo, se forma con la raíz griega *polis*, semejante a la anterior pero no igual. En este caso significa «ciudad» —de donde salió «policía», *politeia*— y se escribe en aquel idioma con iota y en forma llana. ¿Puede el genio del idioma aceptar algo así? No lo parece. Se perciben como raras ciertas posibilidades: «el polígrafo dirá la verdad», o «fulanito va a someterse al polígrafo», porque una persona con cierta cultura (conocedora por tanto de la voz «polígrafo» referida al que escribe sobre muchas materias) no sabrá bien al principio de qué se le habla. La «máquina de la verdad» (o *veromáquina*, por inventar algo) ha escogido un nombre difícil para el genio del idioma.

¿Nos hemos confundido alguna vez al entender «tarde» como retraso en vez de como parte del día? Es posible que una persona viva noventa años sin que eso le ocurra ni una sola vez. La vieja palabra *tarde* significaba en latín (también con igual grafía) «fuera de tiempo», «tardíamente», y se relacionaba con el verbo *tardo*, «tardar», mientras que la lengua de Roma para «la tarde» como parte del día contaba con *vesper* y *serum*. El latín disponía, pues, de dos voces —tres en realidad— para dos conceptos diferentes, y el genio del idioma español los redujo a un solo término, interpretando sin duda en aquel tiempo que cuanto ocurría al caer el sol llegaba con retraso. Mucho después, el genio abriría la puerta a «vespertino» como cultismo procedente del latín^[112].

En realidad, como explica Graciela Reyes, el significado no está en las palabras, sino en el reconocimiento de la intención con que se dicen las palabras. La mayoría de los signos lingüísticos son polisémicos, pero se trata de significados potenciales, que sólo se activan en el habla, escribe García Yebra. En francés existen *rive* y *rivière* para el español «río». En español tenemos «pez» y «pescado» para el francés *poisson*, o «sueño» para el inglés *dream* y *sleep* (el sueño ilusorio y el sueño de dormir poco, respectivamente); mientras que el *corner* inglés se puede traducir en nuestra lengua por «rincón» o «esquina» (según se trate del espacio interior o exterior de un ángulo),

y *fish* por «pez» o «pescado» (según esté en el mar o en la sartén). Estos ejemplos y otros muchos que se podrían aportar (una palabra para dos, o dos para una) no vienen aquí a demostrar que un idioma es más rico o más pobre que otro (nada más lejos de nuestra intención), sino a dibujar ese impulso que sienten los genios de las distintas lenguas de dotar a una misma palabra con valores diferentes pero próximos, casi siempre en un esfuerzo económico.

Este orden que mantiene el genio en todos sus actos afecta a un hecho realmente admirable: teniendo el español muchísimas palabras polisémicas, los errores en su empleo y comprensión parecen escasísimos. Y cuando se producen, casi siempre estamos ante un uso intencionado o chistoso.

Porque el genio ha evitado lo que Guilliéron llamaba «patología verbal»^[113]: la que sucede cuando dos palabras, en virtud de los cambios fonéticos que han experimentado o por casualidades etimológicas, se hacen homófonas. Se necesita entonces una «terapéutica»: el hablante siente ahí, movido por el genio, la necesidad de modificar o sustituir la palabra que ya no le sirve.

Ya hemos comentado el caso de *sinister* (el genio prefirió *ezkerro* para crear «izquierdo» y huir del significado peyorativo de «siniestro»). Esa misma reacción debió de producirse con *bellum* («guerra»), cuando el genio del idioma tomó la palabra gótica *werra* para evitar la confusión con *bellus* que daría «bello». En Argentina, «cocer» dejó paso a «cocinar», para esquivar (con el uso habitual del seseo) la homofonía con «coser»^[114].

Una gran cantidad de hablantes sentía simultáneamente la necesidad de arrinconar el vocablo dudoso, porque no les servía; y acudían a uno próximo. El genio de la lengua les iba incitando, pero sin prisa.

Fuera las declinaciones. Las decisiones ahorradoras de este genio estricto son firmes. Ya se vio en su día cuando actuó sin miramientos con las declinaciones latinas. No quedó ni una. También, el genio del idioma hizo desaparecer con su magia el género neutro latino. No le hacía falta nada de eso. Entre los casos, primero sobrevivió el acusativo, pero las evoluciones fonéticas tendieron a igualarlo y a confundir muchos vocablos: demasiadas palabras acababan ya en —o, una vez perdidas terminaciones como —um o —u. Así que el genio empezó una limpieza. Dejó estar, eso sí, las desinencias verbales porque le parecieron útiles. Al fin y al cabo, los verbos experimentan en sí mismos alteraciones importantes: se sitúan en el pasado, en el futuro, en la primera o la tercera personas, forman tiempos compuestos: hay alteración, proceso, mudanza...^[115] Las demás palabras, en cambio, dan la sensación de estarse quietas. Las variaciones en un mismo verbo saltan a la vista, pero los casos de los sustantivos —las declinaciones— habían perdido vigor y eficacia. Además, al

genio le gustaban las preposiciones, y las había reforzado y esparcido por todo el idioma. ¿Para qué hacían falta entonces los casos latinos? A la basura y no había más que, hablar.

Porque en el habla de aquellos españoles remotos, el acusativo de la cuarta declinación latina —singular, *manum*, plural, *manus*— se confundía fonéticamente con el de la segunda —*cervum* y *cervos*, respectivamente (ya en latín clásico muchos nombres de la cuarta declinaban algunos casos por la segunda); y la quinta declinación no podía distinguirse de la tercera. Quedaban, pues, en romance sólo tres declinaciones^[116].

La preposición *ad* había ido a parar junto a los dativos; los genitivos se apropiaron de la preposición «de». El vocativo no precisaba de preposición, pues nunca nos ha dado idea de que exprese una relación sintáctica. El ablativo tenía un carro de preposiciones a su disposición (dependiendo de las circunstancias, claro, pues complementos *circunstanciales* escenifica). Quedaban indemnes, pues, el nominativo y el acusativo. Poca cosa para seguir manteniendo todo el sistema de desinencias. La preposición se había adueñado de ellas, porque conseguía decirlo todo por sí misma. Y eso ocasiona que casi todos los sustantivos castellanos deriven del acusativo latino, probablemente el caso en el que más aparecían.

Las desinencias de caso se habían convertido en marcas redundantes para las que ya servían con mayor decoro y justeza las preposiciones que antecedian al complemento. Y si bien es cierto que todas las lenguas admiten un grado de redundancia (es correcto «yo concuerdo con», por ejemplo), tal hecho explica que esas desinencias no resistiesen el envite. Por ejemplo, la pérdida de la —*m* final de las palabras implicó frecuentemente la confusión entre el acusativo y el ablativo de la tercera declinación: *monte(m)* y *monte* (estamos hablando de los siglos IV y V)^[117]. Además, el hecho de que la —*s* apareciese en todas las formas del plural y sólo en algunas del singular hizo que finalmente se considerase este fonema como marca de número y no de caso. Miles de ejemplos así condujeron a la aparición de las preposiciones y a la supresión consiguiente, por economía, de las declinaciones latinas: por paradójico que parezca, dejaron de declinarse y comenzaron a declinar.

La desaparición de un género. Peor le fue al género neutro. El genio también vio que no le iba a servir de nada, porque carecía de función concreta. Sólo en determinados pronombres le parecía de alguna utilidad... Así que los tres géneros del latín —ah, los géneros, ese concepto gramatical que ahora se confunde con el sexo, como si alguna vez hubiera existido el sexo neutro— se redujeron prácticamente a dos.

El neutro apenas presentaba ya diferencias propias que sirvieran de algo. Tal vez

el hecho de que las terminaciones de nominativo y acusativo fueran iguales, y que ambos casos acabasen siempre en *—a* en el plural; pero poco más. (Esto último sí tendría luego cierta importancia, porque ahí reside la explicación de esos nombres colectivos o genéricos terminados en *—a* que todavía utilizamos: «la madera» frente a «el madero»).

En efecto, a menudo se daban sustantivos neutros con terminaciones masculinas, en tanto que otros tradicionalmente masculinos adoptaban a veces la terminación *—a* del plural neutro.

El neutro lo puso en marcha el genio del latín para designar lo inanimado frente a los seres animados (personas y animales), pero ya en el siglo I antes de Jesucristo iba desapareciendo tal diferenciación^[118].

Muchos inanimados tenían género masculino o femenino, mientras que algunos animados se encontraban entre los neutros. Ese desbarajuste le hizo cortar por lo sano y anular el género neutro, salvo en los pronombres personales de tercera persona, los demostrativos y algunos otros pronombres, y siempre en singular («lo», «ello», «esto», «eso» ...), puesto que no se habían metido con nadie.

La lucha de géneros. Se puede considerar que el genio del idioma es machista. Por ejemplo, obliga a elegir el masculino cuando se produce una lucha de géneros en la sintaxis. Si decimos «los niños y las niñas de este año son más altos que los del año pasado», al principio se produce una igualdad de géneros, pero luego se disuelve a favor del masculino en la concordancia. También gana el masculino cuando opera como genérico: «los alemanes son organizados y los españoles improvisamos mucho». Se puede achacar esto a una inclinación conservadora que favorece al hombre, pero habría que plantearse dos salvedades.

En primer lugar, se está hablando de género, no de sexo; el género y el sexo son dos cosas muy diferentes (por más que la influencia de la clonación inglesa *gender* = género —cuando aquí la traducción correcta es «sexo»— esté ocasionando algunos destrozos que suponemos poco del agrado de nuestro genio). Como hemos visto, los géneros en español son tres (masculino, femenino y neutro), mientras que los sexos sólo suman dos; los primeros funcionan en el terreno gramatical; y los segundos, en el terreno biológico (incluso hay un sexo mental que puede ser distinto del sexo biológico). Es decir, se trata de planos distintos de la realidad.

En segundo lugar, podemos plantearnos si esta actitud del idioma que da preponderancia al masculino (en el nuestro y en otros muchos) no responde más al carácter tacaño del genio que a su propósito discriminatorio (insistimos en que, en todo caso, sería una discriminación gramatical, no legal). Porque si discriminatorio fuera, lo habría sido en todos los terrenos. Ya hemos visto en otro capítulo, por

ejemplo, que es abrumadora la mayoría de palabras que terminan en la letra *a*. Estamos hablando del «genio» de la lengua y usamos un masculino para eso, y de hecho se nos presenta tarea difícil escribir la expresión «la genia», pero llamamos a nuestro idioma «lengua materna». No decimos «la genia» pero podemos decir «la genio» como decimos «un figura» o «Plácido Domingo es *una figura* de la lírica» o «ese actor es toda una estrella».

Las mujeres se libran igualmente de que las tilden de «monstruas» (además de esquivar algún insulto sólo masculino, como «calzonazos»; bien es verdad que los femeninos son más numerosos). Además, el genérico masculino se usa para lo bueno y para lo malo, y así la expresión «cinco ladrones entraron en la tienda» se emplea en ese género a pesar de que entre esos facinerosos hubiera cuatro mujeres, que de este modo desaparecen del delito. Por si fuera poco, cientos de profesiones que ejercen hombres y mujeres tienen una terminación en *—a* que no se puede sustituir por *—o*, mientras que casi todas las que terminan en *—o* sí se pueden convertir en palabras que concluyen con *—a*. (Entre aquéllas, «policía», «guardia», «pediatra», «carmelita», «dentista», «electricista», «lingüista» ... y todas las que, innumerables, llevan esta terminación *—ista* que indica dedicación u oficio). Ya hemos dicho también que el femenino predomina como género a su vez en ciertos colectivos («la banca», «el arma de artillería», «la concurrencia», etcétera). Si el genio hubiera sido realmente machista, habría evitado estos equilibrios, por inestables que resulten.

Él mismo parece haber sido consciente en algún momento de cierta inclinación injusta por su parte, y ha sabido ponerse a la altura de las circunstancias. Ha propiciado ya muchos femeninos antes impensables (como «presidenta») y seguramente creará algunos más, con su proverbial lentitud, a medida que perciba terminado el recorrido de la palabra en su evolución desde el participio presente al sustantivo: «gerenta», «intendenta», «militanta»... como ya admitió «dependienta» y otros similares. En cualquier caso, sigue otorgando su fuerza al artículo como auténtico señalador del femenino y el masculino: «la juez», «la cantante», «la agente»... como «la contralto», «la soprano», «la modelo»... Igual que «el pirata», «el obstetra», «el entusiasta»... También ha sido capaz el genio de arrinconar o corregir muchos significados asimétricos («un profesional» y «una profesional»; «hombre público» y «mujer pública», «un Fulano» y «una Fulana», en todos ellos con un significado vejatorio para la mujer...), expresiones que antes no eran sinónimas y que ahora se alejan paulatinamente de aquella discriminación.

El genio del idioma, por otro lado, ha colocado en el escaparate algunas fórmulas a las que pueden acudir los hablantes: «la persona» en vez de «el hombre» (en expresiones como «los derechos del hombre»); «la gente» («la gente de la calle» en vez de «el hombre de la calle»), o «el pueblo» y «la sociedad» («el pueblo alemán» o «la sociedad alemana» en vez de «los alemanes»).

Todo esto no acaba con el problema, desde luego. Todavía quedan muchas expresiones anacrónicas («hombría de bien», «caballerosidad», «hidalguía» , «machada» con sentido meliorativo...). Pero la ausencia de discriminación en la gramática no valdrá de nada si no está acompañada de la supresión del mismo problema en la sociedad (ya decimos que son planos de realidad diferentes). Buena voluntad sí se le ve al genio: actualmente se encuentra en el proceso de eliminar algunas discriminaciones lingüísticas. Viendo esas evoluciones en ciertas palabras, debemos pensar que poco a poco las ampliará a otras. Pero no podemos pedirle excesos que dañen su tacañería. Frases como «los alumnos y las alumnas que sean pequeños y pequeñas tendrán que salir al recreo con sus profesores y profesoras» resultan imposibles. Y no por prejuicios sexuales: su tendencia hacia la economía es ancestral, y eso va a arrasar cualquier intento semejante.

El hablante podrá percibir con gran fuerza en su experiencia personal cómo debe medir cada término, inconscientemente, para no despilfarrar las sílabas ni los vocablos. Se trata de uno de los rasgos más elogiables del genio del idioma: los pensamientos son rápidos, y las frases que los reproducen no pueden alargarse porque de ese modo se ocasionaría un desacomodo excesivo entre las dos velocidades, la de pensar o sentir y la de expresarse. Y además las frases llegan mejor al pensamiento del lector si no se le obliga a separar lo útil de lo superfluo, sino que se le da el trabajo ya hecho porque todo aquello que se ha escrito cumple una función determinada y certera.

XI El genio del idioma es caprichoso

Quienes admiramos a este genio singular debemos reconocerlo: a veces es caprichoso. Tal vez por su mala cabeza infantil mezclada con su orgullo escondido, el señor del idioma adopta posturas arbitrarias, que no anulan las descripciones aportadas hasta aquí: ordenado, analógico, tacaño..., pero sí las complementan.

En español nos topamos de tanto en vez con decisiones del genio que nos dejan perplejos. ¿Por qué admite la fórmula «nosotros os amamos» pero no «nosotros me amamos»? En este y otros casos que veremos ahora no existen precedentes en su genio paterno, es cierto; pero él podía haber hecho algo por avanzar en ese capítulo. No le dio la gana.

Podemos decir con toda naturalidad «cántame» y «me canta», colocando el pronombre por delante del verbo (proclítico) o por detrás (enclítico), en este último caso pegadito a él. O también «pidiolo que lo hiciera» (formación frecuente en Asturias) y «le pidió que lo hiciera». Y también sería correcto «quisiera que me alcanzaras la ropa», pero ya no «quisiera que alcanzárasme la ropa». Por alguna razón, el genio ha establecido que en las oraciones subordinadas los tiempos simples de subjuntivo lleven el pronombre delante. Y al contrario, en el gerundio y el infinitivo deben ir siempre detrás: «animándole a leer», pero no «le animando a leer». Igualmente, el genio permite que el pronombre enclítico (el que va pegado y por detrás) se aparte del gerundio o del infinitivo si están subordinados a otro verbo, y que se conviertan por tanto en proclíticos (por delante y separados del verbo): «qué quieres decirme» es habitual, como «qué me quieres decir»; pero no «qué quiéresme decir».

Se pueden construir las frases «tienes que darme» y «me tienes que dar»; pero si bien decimos «hay que hacerlo» no se nos ocurre nunca «lo hay que hacer» (salvo algún uso local de Asturias). Y es válido «muero por conocerla» pero no «la muero por conocer»^[119].

También fue caprichoso el genio en su clara preferencia por la voz activa frente a la pasiva (diferente de lo que sucede en inglés, donde la pasiva tiene una presencia estadística mayor). Ninguna frase hecha admite en español la pasiva, por ejemplo: nunca diríamos «aquí los perros son atados con longaniza» o «en todas partes son cocidas habas».

Como sucedía con la presencia del sujeto «yo» y otros pronombres, el genio del idioma español prefiere que la pasiva tenga un significado adicional. Así, no le gusta «Juan va a visitar las obras de la casa que está siendo construida por su hermano», sino «Juan va a visitar las obras de la casa que está construyendo su hermano». Ahora bien, si se desea un énfasis o un significado adicional sí que acepta esta fórmula: «en este pueblo la informática es estudiada por los barrenderos» frente a «en este pueblo

los barrenderos estudian informática» . Y también cuando no se quiere o no se puede nombrar el sujeto: «el pueblo fue destruido» (y no sabemos por quién). La pasiva le atrae al genio de la lengua «cuando interesa más poner de relieve la meta del proceso verbal que su origen», en palabras de García Yebra^[120].

A este arrinconamiento de la pasiva contribuye otra herramienta de la que dispone el español: la pasiva refleja. Frente a la frase «no conecten sus aparatos electrónicos hasta que las puertas hayan sido abiertas», con la que nos suelen castigar en los aviones, el genio del idioma prefiere «no conecten sus aparatos electrónicos hasta que se hayan abierto las puertas».

También favorece el uso de la voz activa el hecho de que el orden de palabras en español sea menos rígido que en el inglés: si se quiere resaltar algo, se pone en primer lugar y se acabó. En vez de «que se pongan ahí los árboles», se puede decir «los árboles, que se pongan ahí» antes que «los árboles sean puestos ahí»; pues para resaltar un complemento y colocarlo en el comienzo de la frase disponemos de esa posibilidad («los conservadores nombraron ministro a José», «José fue nombrado ministro por los conservadores» , «a José le nombraron ministro los conservadores»).

Tanto huye el genio de la pasiva, que ha inventado las frases impersonales en plural (aunque el hipotético sujeto sea uno): «anoche le mataron», «me han robado la cartera»; y hasta acude al pronombre indefinido: «alguien me ha robado la cartera», «alguien lo mató anoche».

No se comprenden a veces sus decisiones, ciertamente. En algún lugar leí que la traductora María Luisa Balseiro reivindicaba el uso de la palabra «constructo»: si de «producción» decimos «producto», ¿por qué de «construcción» no decimos «constructo»? En efecto, se vende un producto pero no se compra un constructo. En inglés, sin embargo, sí existe. Y en español encajaría con el genio de la lengua (estoy de acuerdo con la apreciación de esta prestigiosa traductora). Pero de momento su capricho lo ha dejado al margen. Quién sabe si más adelante...

Ahora bien, ese espíritu caprichoso no siempre se puede poner como disculpa para vulnerar aquellos criterios que, en otra parte de su carácter, sí tiene establecidos. La voz pasiva, precisamente, nos la ha puesto el genio al servicio de nuestras dudas para averiguar dónde está el complemento directo de una oración activa: el sujeto de ésta pasa a ser complemento en la pasiva, mientras que el complemento directo de la activa se convierte en el sujeto de la pasiva. Decimos «Juana comunicó la noticia» o «la noticia fue comunicada por Juana».

Actualmente algunas tendencias de duda con el régimen de los verbos (muy extendidas en América) no parecen casar con el genio de la lengua, cuando defienden la posibilidad de decir «el Gobierno informó que tomará medidas» (evitando «de que» y convirtiendo en completiva la frase y en complemento directo «que tomará medidas»): porque de ahí saldría «que tomará medidas fue informado por el

Gobierno», en una pasiva un tanto alambicada. El problema (y el genio lo sabe) se aprecia mejor cuando «informó» —un verbo que no funciona igual que «comunicar», aunque ambos se parezcan— tiene un auténtico complemento directo: «el Gobierno informó al Parlamento que tomará medidas». Porque en ese caso la pasiva debería ser «el Parlamento fue informado por el Gobierno que tomará medidas», frase que induce a confusión (puesto que hablamos de un «Gobierno que tomará medidas») y que sonaría mejor con la preposición «de»: «el Parlamento fue informado por el Gobierno de que...»). Todo lo cual demuestra que la construcción más adecuada era «el Gobierno informó de que...», ya que el complemento «que tomará medidas» no es directo, sino circunstancial («acerca de que», «sobre el hecho de que»), pues en la voz pasiva queda en el mismo lugar que en la activa si lo escribimos todo correctamente: «el Gobierno informó al Parlamento de que tomará medidas» (o «acerca de que»); «el Parlamento fue informado por el Gobierno de que tomará medidas». Aún se aprecia mejor si quitamos el sujeto de la activa («el Gobierno»): «el Parlamento fue informado de que se tomarán medidas», o «según el Gobierno, el Parlamento fue informado de que tomará medidas» (nos sonaría mal «fue informado que tomará medidas»).

Todo esto, a efectos de lo que concuerda con el orden establecido por el genio histórico, con su gramática y su sintaxis curtidas por los años y los usos. A efectos de cada cual, escriba cada uno lo que desee, y defienda aquello en lo que crea. El caso es que la especie se ha extendido tanto en algunos países de América —incluso ha alcanzado a escritores prestigiosos— que el genio debe de estar barruntando algo al respecto. Si esta fórmula («informar que») se consolidase, habría que preguntarse si tal vez el genio de la lengua es más caprichoso de lo que jamás imaginamos.

Y misterioso. A veces los caprichos del genio nos lo presentan como un ser misterioso. Aunque conocemos sus motivos para la mayoría de las decisiones que tomó, lo desconocemos todo de otras. Y aún tenemos abiertas muchas interrogantes, algunas de las cuales hacen pensar de nuevo en una reunión de genios idiomáticos que hubieran adoptado determinados acuerdos.

¿Por qué existe tanta proximidad en diversos idiomas entre las palabras «nueve» y «nuevo»? Tenemos *nine* y *new* en inglés, *nou* y *nou* en catalán (idénticos), *neuf* y *neuf* en francés (iguales también), *neun* y *neu* en alemán, *nove* y *nuovo* en italiano, *nove* y *novu* en portugués, *ni* y *ny* en noruego, *navah* y *na'va* en sánscrito... Podemos acudir, desde luego, a la sostenible teoría de que esas lenguas proceden de troncos comunes y de ahí el parecido por vía de casualidad. Pero ¿qué ocurre con el apartado euskera, donde «nueve» y «nuevo» se dicen *bederatzi* y *berri*? ¿Demasiada casualidad? Tal vez; sin embargo ¿por qué pasa lo mismo entre «ocho» y «noche»: *eight-night* (inglés), *huit-nuit* (francés), *buit-nit* (catalán), *otto-notte* (italiano), *acht-*

nacht (alemán), *oito-noite* (portugués)... donde además se puede observar que es más fuerte el parecido entre esas dos palabras dentro de un mismo idioma, que el que existe entre cada una de ellas y sus equivalentes en las otras lenguas (hay más proximidad entre *acht* y *nacht* o *huit* y *nuît* que entre *acht* y *buit* o *huit* y *eight*)^[121].

Conocemos la relación entre *chapeau*, «capelo» y «cabeza» (una relación que alcanza incluso a la «capucha», al «capuz» y a la *txapela* del euskera, en este caso influido por el latín): todos esos vocablos arrancan de *capitis*. En español, «sombrero» significa lo mismo que en francés *chapeau*, pese a escribirse y pronunciarse de forma tan diferente. Ambas palabras no tienen relación, y «sombrero» se escapa de la serie; pero sabemos también de dónde sale (de «sombra»). Al contrario de lo que sucede en el siguiente caso.

En inglés, existe una relación entre *wind* y *window*, como en español entre sus equivalentes *viento* y *ventana*. Pero ¿por qué se vinculan tanto aquí en su relación semántica estas dos lenguas distantes, mientras que las demás —incluido el alemán, tan próximo del inglés— se alían con el latín *fenestra* para dar *finestra* (italiano), *fenêtre* (francés), el alemán *Fenster* o el antiguo *finiestras* del *Mío Cid*? ¿Tuvo ese poder la fuerza analógica del genio del idioma español para vincular la «ventana» con el «viento» y arrinconar la expresión latina? ¿Es una casualidad que el genio del inglés decidiera lo mismo? Pero, sobre todo, ¿de dónde demonios viene *fenestra*, con qué otra palabra se puede relacionar?^[122]

¿Y por qué no hay en español un término que traduzca la voz latina *amita* (tía, hermana del padre) ni su complementaria *matértera* (tía, hermana de la madre)? El español dice normalmente «mi tía» sin precisar si el parentesco viene por parte del padre o de la madre, una pérdida frente al latín. Al genio dejó de interesarle esa diferencia, pero ¿por qué?

Hay más preguntas posibles sobre estos misterios. ¿Por qué el verbo «desear» necesita siempre un subjuntivo como apoyo cuando le sigue una oración subordinada? ¿Por qué el verbo «querer» no funciona igual gramaticalmente cuando significa lo mismo que «desear»? Decimos «quiero que te diviertas» y «deseo que te diviertas»; pero «deseo que te hayas divertido» y no «quiero que te hayas divertido».

Son cosas del genio de la lengua.

Podemos conjeturar que el verbo «querer» sólo se proyecta hacia delante («deseo que hayas sido tú», pero no «quiero que hayas sido tú») ... Sin embargo, no sabemos bien la razón: el genio tiene sus secretos.

Los filólogos aún se preguntan también por qué unas palabras latinas iniciadas con una *f* pasaron al castellano con ésta convertida en *h*, mientras que otras mantuvieron el sonido original. Barajan ciertas hipótesis, claro; pero no han resuelto este misterio.

Son muchos, pues, los enigmas; aún no sabemos qué le hizo adoptar determinadas

decisiones, con qué relacionó algunas raíces. El genio de la lengua no habla, no sabemos dónde está. Sólo podemos deducir su personalidad a través de sus actos. Quizás algún día la aparición de una lápida antigua, el descubrimiento de una ciudad escondida, la inscripción en una vasija de porcelana hallada en un yacimiento arqueológico... Seguiremos a la espera.

XII El genio del idioma tiene mucho oído

No sabemos dónde se esconde el genio, y sólo podemos imaginar su fisonomía. Tal vez sea calvo, tal vez pequeño... tal vez sea una mujer o tal vez un hombre... o, como ocurre con algunos seres mitológicos, quizás carezca de sexo. Lo que sí sabemos es que tiene mucho oído: una clara concepción del ritmo y la certera percepción sobre la tonalidad de las palabras.

Si usted lee *der schwankende Wacholder flüstert*, sabrá que está ante una frase en alemán. Y pensará que se ha topado con el inglés si ve en un texto *before it is too late, I think*. Y no dudará que se escribió en italiano la frase *é un ragazzo molto robusto che non presenta particolari problemi*. Si escucha la palabra *cusa* en un contexto español, pensará que es un vocablo que usted desconoce pero que probablemente existe (puesto que sí están en nuestro idioma «casa», «cesa» o «cosa»; o «musa», «rusa», «lusa» o «fusa»). Aunque en realidad no exista. Pero a usted le sonará a castellano si las palabras que la rodean son de esta lengua. Y si es usted español, no le cabrá ninguna duda de qué idioma tiene ante sus ojos si lee *txamangarria zera eder eta zera nere biotzak ez du zu besteroik maite*. En efecto, es euskera. Y a cualquier conocedor del vascuence le resultaría imposible en ese grupo una palabra como *festeroik*, tan parecida a *besteroik*. ¿Por qué, Porque en el euskera patrimonial no existe la *f*.

¿Qué es lo que nos hace identificar palabras como propias o ajenas, o asignarlas a una u otra lengua? El genio de cada idioma, aquel que alcanzamos a identificar someramente incluso aunque no lo conozcamos.

Cualquier hispanohablante que oiga o lea la palabra *amro* sabrá enseguida que no se trata de una voz del español. Tal vez piense en un acrónimo o una marca, pero no en una palabra patrimonial, ni siquiera naturalizada. ¿Por qué? Porque las leyes fonéticas que ha elaborado el genio del idioma no contienen ni pueden contener esa combinación de sonidos.

Lo mismo pasará si ese mismo hispanohablante oye *añuf*. O *strid* o *bnid*, ejemplos estos dos últimos que inventa Noam Chomsky cuando expone lo mismo para el caso del inglés^[123]. «Los hablantes del inglés no han oído ninguna de estas dos formas», dice Chomsky, «pero saben que la palabra *strid* es posible, quizás el nombre de alguna fruta exótica que no hayan visto antes; y que *bnid*, aunque se puede pronunciar, no es una palabra posible en su lengua». En efecto, cada genio de un idioma ha ordenado sus propias palabras posibles. *Bnid* no es viable tampoco en español, pero los hablantes del árabe sí podrían considerar que ese término forma parte de su lengua aunque ellos hasta ese momento no lo hubiesen oído nunca, al contrario de lo que sucede con *strid*, que jamás podrá ser una voz árabe. Todos aprendemos las reglas de nuestra lengua sin saberlo, inducidos por el genio

misterioso, y las descubrimos ante casos así.

Pusa sí podría formar parte del léxico del español, puesto que tenemos «pasa», «pesa», «pisa» y «posa», y a pesar de eso no existe. Y además suena rara. Son cosas del genio, porque también tenemos la serie «masa», «mesa», «misa»... y «musa» (con el hueco para *mosa*). En cambio, *cameo* parece del español (se usa en el mundo del cine para designar una colaboración desinteresada o una aparición fugaz en una película), y sin embargo no lo es (procede del inglés y no está en nuestro Diccionario). Al genio de la lengua también le suena bien un término como «sauna», pero se trata de una palabra finesa. Y son más fáciles de asimilar actualmente en español los japonesismos que los germanismos, por ejemplo (las palabras niponas entran siempre como voces llanas: las ya viejas «harakiri», «kamikaze», «sayonara», «geisha» ... y la más moderna «karaoke»). ¿Por qué? Porque suenan muy próximas, y el genio de la lengua aplica su oído. Tiende a convertirlas en llanas (la propensión natural del español), como hace incluso con los nombres propios. El futbolista Claude Makelele, que jugó en el Real Madrid, era citado por todos los comentaristas con entonación llana (/makeléle/), frente a su nombre real en francés « (/makelelé/). Y lo mismo hacen con su compatriota Vieira (que debería ser /vieirá/), entre otros casos.

Estricto con los sonidos. Estricto —y eficaz— se ha mostrado nuestro personaje con los sonidos de la lengua española. Algunos grupos de palabras viables en otros idiomas son imposibles en español. Las combinaciones inexistentes en nuestro léxico —pero posibles en otros— son casi innumerables. Baste decir que el genio de nuestra lengua se fija sobre todo en la situación de las consonantes y, en el plano fonético, en los distintos tipos de vocales. Así, no admitirá nunca una combinación *schw* como en el alemán *schwankende*, ni la sucesión de dos *mm* como podía ocurrir en latín (*summum*); ni la terminación en una *m* que sí aparece en latín, árabe o inglés... (*quorum*, *imam*, *dream*, respectivamente); ni el dúo *sr* en ningún lugar de la palabra; ni los grupo *pv*, *vg*; *ts*, *tz*, *tx* ni *ms*, posibles algunos de ellos en otros idiomas... Y sus plurales de sustantivos los forma con *eses*, y no con las *íes* del italiano que le dan a esa lengua su sonido propio; tan peculiar para nosotros, que no tenemos muchos sustantivos terminados en *i* (y de entre ellos, gran número no son patrimoniales).

A la hora de aceptar sonidos finales de palabra, en español valen todas las vocales, aunque con muy desigual frecuencia (la *u* aparece en escasos ejemplos); mientras que sólo algunas consonantes disfrutan de ese privilegio —únicamente ocho de las más de veinte de nuestro alfabeto: *n*, *s*, *d*, *l*, *r*, *y*, *x*, *z*^[124]— y varias de ellas con muy poca producción al respecto.

Para empezar, la *u* da fin solamente a 152 palabras, frente a 33.932 de la *a* y 18.804 de la *o*. Y entre las consonantes, la *j* termina sólo 21 vocablos; la *x*, 67; y la *t*,

147 (en este último caso, casi todos son de origen extraño al español, y de difícil plural); frente a los 15.195 de la *r*, los 2.078 de la *l* y los 1.224 de la *d*^[125].

Es decir, que el genio de la lengua sólo ha permitido realmente a doce letras situarse al final de una palabra. Y podemos sostener por tanto que las voces terminadas en el resto de los sonidos o grafías van también contra el genio del idioma.

Más estricto aun se ha demostrado con las esdrújulas: ninguna voz propia del castellano que forme parte de ese grupo puede terminar en letra distinta de una vocal, la *n* o la *s*: «íntimo», «hipérbaton», «galápagos». La predilección del genio por estas tres terminaciones (vocal, *n* y *s*) se aprecia también en que no permite que ninguna otra letra cierre una forma verbal (excluimos el infinitivo y el imperativo): «hago», «haces», «hacen», «vengo», «vinieras», «vendrán», «labro», «labrarán», «labrarían»...

Vuelta de tuerca. Otra cuestión son los fonemas. Porque en los párrafos anteriores hemos hablado de los grafemas. Y con los fonemas el genio aprieta un poco más las tuercas, en su estricto carácter. Aquí damos por desechada fonéticamente también la letra *t*, puesto que incluso las palabras más aceptadas y empleadas que la usan para su final son claramente ajenas al castellano, hasta el punto de que muchas de ellas cuentan con una grafía alternativa que excluye esa consonante: «accésit», «acimut», «argot», «ballet», «bidet» («bidé»), «boicot» («boicoteo»), «cabaret» («cabaré»), «carnet» («carné»), «chalet» («chalé»), «debut» («debú»), «paquebot» («paquebote»), «parquet» («parqué»), «plâcet», «vermut» («vermú»), «soviet», «superâvit»... La *t* desapareció del español patrimonial en el siglo XII como letra final de palabra, y aun entonces ya sólo estaba agarrada a las terminaciones verbales (*saliot*, por ejemplo, que daría «salió»). Desde entonces les resulta incómoda a los hablantes naturales del español, que no son capaces además de añadirle una *s* para el plural.

El genio del español excluye, pues, la *t* y en final de palabra tiende a suprimirla en aquellas que vienen del francés, arreglándoselas así para formar más fácilmente ese plural. Pero tampoco le agrada demasiado la *d*. Esto parece evidente, mas la realidad nos dice también que, a pesar de su criterio, ha acabado aceptando algunas razones a favor de la *d* final. Digamos que en ocasiones el genio del idioma acepta propuestas a regañadientes; y luego procura que su disgusto se note. De hecho, ya había suprimido muchos sonidos /d/ finales en el paso del latín al castellano (*aliquod* se convierte en «algo», *ad* se queda en «a» ...).

Todavía ahora, muchos hispanohablantes no pronuncian el fonema /d/ a final de palabra, y algunos no lo pronuncian bien: por ejemplo, en «Madrid» reemplazan la /d/

por una /z/ —*Madriz*—, mientras que otros —en la zona catalanohablante de España— acuden al sonido /t/ (que también se emplea en Colombia y algunos países hispanoamericanos para igual cometido); y otros se refugian en la terminación más natural de /i/ (*Madri*). Incluso cuando se liga el final de una palabra terminada en *d* con el comienzo de otra empezada por vocal se producen errores prosódicos: «Damos los resultados de la jornada: Madrí uno, Celta uno», por ejemplo (también tenemos las versiones «Madrí-zuno» y «Madrí-tuno»), en vez del más adecuado «Madrí-duno». Ocurre lo mismo con nombres propios de persona terminados en *d* y acompañados de un apellido que empieza por vocal: «Davi-zAlonso», en vez de «Davi-dAlonso». Sin embargo, no ocurre lo mismo con otras terminaciones en consonante: «Cádi-zuno, Burgo-suno»; o «Barcelona de Guayaqui-luno, Deportivo Cali, uno», en los que sí se produce la unión silábica entre la consonante final y la vocal siguiente.

La dificultad de esa *d* final la observamos asimismo en pronunciaciones vulgares como /verdá/, /usté/ y /¿verdá usté?/, entre otros muchos ejemplos. En algún documento del siglo XVI se leen también grafías como *Navidá*. Y tenemos otro caso de esa refracción en los imperativos que el vulgo sustituye por infinitivos: «hacer esto ahora mismo», en vez de «haced». Estos problemas vienen de lejos, pues, y nos hablan de un gobernante del idioma que se siente incómodo con ese final de palabra.

La *d* ha pasado la severa criba por los pelos, tal vez haciendo valer que en muchas zonas donde habita sí se pronuncia correctamente. Y tal vez gracias también a que su plural no resulta incómodo (al contrario que en las voces terminadas en *t*), puesto que se le añade una *e* con toda naturalidad («vid», «vides»; «navidad», «navidades»). En algunas zonas, la correcta pronunciación de la *d* final sirve ahora para identificar a una persona culta, como hace siglos el grupo *mn* diferenciaba entre los letrados que pronunciaban /solemne/ y aquellas personas, de más baja condición, que proferían /solene/. No podemos decir con seguridad que las pronunciaciones de «Madrid» que hemos citado vayan contra el genio del idioma en su manifestación popular, sino contra la tendencia culta (de la que también cuida, mal que le pese).

El idioma español, pues, vive una cierta tensión con esta consonante final *d*, muestra de las diferencias entre las dos fuerzas que se han producido históricamente. Y el caso es que ahora, cuando algunos pretenden colocar en el acervo léxico palabras extranjeras de extraña pronunciación so pretexto de que la lengua lo soporta todo y evoluciona sin problemas, el mensaje que nos envía el genio del idioma representa lo contrario: la supuesta evolución tal vez se produzca al revés. Incluso un fonema como la /d/ a final de palabra que fue incorporado a la norma hace siglos —hablamos del fonema, no de la letra— puede acabar desapareciendo o al menos alterarse o mudarse como ocurrió cientos de años atrás con otras consonantes incómodas y con ella misma en su paso del latín al castellano. Habremos de

permanecer atentos a ese proceso, pues no ocurrirá de la noche a la mañana: ya hemos visto qué desesperadamente lento es nuestro genio.

La desafinación. Todos los lingüistas y los historiadores de la lengua han sentido la necesidad alguna vez de encontrar una alternativa a la palabra «latín» para evitar alguna reiteración. Es posible que les haya venido a la cabeza la expresión «el idioma de Roma». Pero ninguno la habrá escrito, porque en el momento en que eso se percibe mediante la subvocalización típica de nuestro cerebro (que no oye pero escucha, que no dice pero pronuncia) se aparece el genio de la lengua para advertir del desatino. Nunca le agrada una redundancia fonética de ese calibre. Sobre todo porque tiene alternativas: la lengua de Roma, el idioma de los romanos.

Al genio le preocupa la música de las palabras, y en parte por eso ha dejado alternativas como «quizás» y «quizá» (la primera para preceder a vocal, la segunda para preceder a consonante); o «cantara» y «cantase», para aligerar las oraciones de sonidos /s/ o sonidos /r/, según pueda interesar, por ejemplo si se han usado muy cerca de ellas las palabras «manera» o «madera», o «frase» o «fase»: «le dijo que no lo hiciera de esa manera» («le dijo que no lo hiciese de esa manera»). Seguramente, también la supervivencia de la conjunción adversativa «mas» —poco usada en la lengua hablada— se debe a su utilidad para evitar las cacofonías de «pero» (por ejemplo, en «pero para eso no hace falta...»).

De hecho, algunos fenómenos gramaticales sólo se explican por la obsesión eufónica del genio. Por ejemplo, la colocación del artículo determinado masculino («el») frente a nombres femeninos que comienzan por a acentuada («el hacha», «el águila», «el habla leonesa», «el área pequeña»...). O la tendencia a no terminar una frase hecha en una palabra monosilábica si existe una alternativa mediante el intercambio de los términos. Nunca decimos «de cabeza a pies» sino «de pies a cabeza»^[126].

El genio no disculpa que alguien escriba «tras tres siglos» si tiene la posibilidad de elegir «después de tres siglos», como tampoco admite un largo sujeto si se puede situar el verbo por delante y mejorar el ritmo de la frase. No le gusta la acumulación de adjetivos alrededor de un sustantivo («la embravecida y peligrosa extensa mar profunda y azul» ...), ni las aposiciones pueden romper un sintagma coherente y unido («no es menos importante, a nuestro juicio, en el problema, la escasez de dinero», frente a «no es menos importante en el problema, a nuestro juicio, la escasez de dinero») ...

El genio del idioma sería un buen escritor. Para empezar, la ausencia de

cacofonías ya constituye un primer grado de eufonía^[127]. Si se evita la sucesión de monosílabos («las personas a las que se les han limitado»), si la última sílaba de una palabra no es igual a la primera de la siguiente, si nunca termina una voz en *s* cuando la que va a continuación comienza por *r* (salvo casos inevitables: «los reyes») ... eso acaba sonando bien.

El cuidado por el ritmo y los sonidos ha producido muchos casos de analogía y asimilación fonética incluso dentro de una sola palabra. Por ejemplo, *directus* debería haber fabricado, en su evolución patrimonial, la voz *direcho*. Pero la *e* acentuada influyó sobre la *e* inicial para producir «derecho» y mejorar su sonoridad (y facilitar la pronunciación, desde luego). También se da asimilación —pero de consonantes— en «ceniza» , que de otro modo habría dado *cenisa*; porque la boca queda mejor articulada para pronunciar un segundo sonido /z/ después de haber proferido el primero, mientras que la /s/ presenta más dificultad.

Y como el genio sigue siendo el mismo, hoy en día decimos «in fraganti» cuando creemos acudir a la expresión latina *in flagranti* (es decir, «en flagrante delito», «con las manos en la masa»). Pero ahí influyen en la memoria palabras como «fragante» o «fragancia», y la mayor comodidad de estos sonidos frente al extraño *fl* combinado con un posterior *gr* que acaba desplazando la *r* a la primera sílaba. (La combinación de consonantes *fl* no es incómoda en sí —decimos «flamante» sin problemas, aunque se trate de un cultismo—, sino que la convierte en molesta el segundo grupo, *gr*).

Y también se da lo contrario (la disimulación), pero con el mismo objetivo de evitar la cacofonía. Eso pasaba ya en latín (el genio acepta una herencia inmensa): la terminación —*alis* (que servía para formar adjetivos) se transformaba en —*aris* cuando en una sílaba anterior y próxima aparecía el fonema /l/; así, por una parte, se formaban los adjetivos *actualis*, *annualis*, *floralis*, *legalis*, *naturalis*... y por otra *angularis*, *auxiliaris*, *familiaris*, *molaris*, *popularis*, *saecularis*, *solaris*; *velaris*, *vulgaris*...^[128]. Porque habrían sonado mal, al oído del genio, *angulalis*, *auxilialis*, *familialis*, *molalis*, *populalis*, *saeculalis*, *solalis*, *velalis* o *vulgalis*. Es decir, lo mismo que probablemente pasó con un intermedio *fragante*, en el que las dos erres terminaron siendo incómodas y sonando mal.

La disimulación se produce, pues, al evitar la inquietante semejanza entre dos sonidos de una palabra^[129]. Así, *viginti* daba *viinti*, pero se disimiló en «veinte». Y *dicir* (proveniente del latín *dicere*) se transfiguró en «decir». La voz latina *robur* derivaría en *robre*, pero el genio de la lengua la mutó en «roble» para mejor pronunciarla (lo que no ha evitado el apellido «Robredo» o el topónimo «Robregordo», entre otros similares que, por menos usados, no han incomodado tanto el oído del señor del idioma). También *carcer* huye del lógico *cárcer* para quedarse en «cárcel», y *marmor* da «mármol» porque no le gusta el *mármor* que le habría correspondido por la evolución fonética... Y con la búsqueda de una mejor

pronunciación esquivamos «vayámosnos» y elegimos «vayámonos». Y no decimos «verdurero» porque nos suena mejor «verdulero» (el genio ni siquiera ha permitido el doblete, y «verdurero» jamás fue autorizada a entrar en el paraíso de las palabras).

Ese sentido del oído le ha hecho añadir una *r* en determinadas ocasiones, para aprovechar su fuerza sonora. *Tonus* del latín, daba *tueno* en castellano; pero un sonido como el que esa palabra representaba no podía quedarse así. Y por eso decimos «trueno». No debía de andar lejos el genio de los sonidos, el que construyó palabras como «tremendo», «trepar», «arrastrar», «rasgar», «romper»... los fonemas que seguramente se usaron en Atapuerca y con cuya herencia se cambiaron tantas erres de sitio para dar fuerza a todo el sonido del castellano (*semper* vira hacia «siempre», *quattuor* da paso a «cuatro» ...).

El gusto del genio por relacionar sonidos y significados está presente en las onomatopeyas («susurro», «bisbiseo», «tintineo», «titilar», «tormenta», «arrullo», «farfullar», «cuchicheo», «aullar», «guirigay», «estruendo», «chapotear», «chiscar»... la lista sería muy larga); pero también en otros aspectos. Por ejemplo, en su enigmática manía de vincular el sonido /i/ con la idea de pequeño («nimio», «milimétrico», «ínfimo», «ridículo», «miniatura», «infantil», «birria», «chisgarabís», «minucia», «disminuir», «chiquitín», «miseria», «microbio» ...), así como los afijos —ito, —illo, —ico...; mientras que /a/ y /o/ reflejan lo grande («descomunal», «faraónico», «grandilocuentes», «megalómano», «ampuloso», «aparatoso»...), como también lo hacen los afijos —ón, —azo, —ota, —ona...^[130]

Estos fenómenos de disimilación se deben al gusto colectivo (y por tanto natural) de evitar en el habla corriente la repetición próxima de lo igual o semejante. Los buenos prosistas latinos siguen, consciente o inconscientemente, esta tendencia de la lengua, explica García Yebra. Y los buenos escritores permanecen atentos a las inclinaciones del genio del idioma.

La virtud en el verso puede ser vicio en la prosa. El mejor procedimiento para conseguir la eufonía en prosa es evitar la cacofonía. Para eso hace falta oído, y el genio lo tiene. Como lo tiene el genio de la música.

Otra característica del oído de nuestro personaje consiste en que no le gustan las sucesiones de monosílabos; y ha previsto para evitar esos golpes monótonos de voz algunas posibilidades. Si se encuentra la frase «no les da regalos a los que le resultan incómodos» (donde el grupo «a los que les» constituye una sucesión de monosílabos átonos, frente al grupo «no les da», en el que «da» tiene la fuerza tónica superior), el genio ofrece la alternativa «no les da regalos a aquellos que le resultan incómodos»; o bien «no les da regalos a quienes le resultan incómodos». Una frase como «si a los que les ven mal les suspenden» no sería, pues, de su gusto, por culpa de los cinco monosílabos átonos iniciales.

Viene todo esto a abundar en que al genio no le dan igual los sonidos, y en ningún

momento se ha mostrado indiferente ante ellos: al contrario, todo su gobierno se ha basado en obras públicas que tenían como misión encauzar este caudal de fonemas del que dispone nuestro idioma y que le han llegado de diversas lenguas.

Hace muchos siglos que el genio del idioma añadió y quitó letras para acomodarse los vocablos. Ya en el paso del latín al castellano colocó al comienzo de palabra una *e* por delante de la *s* si ésta iba seguida de consonante: *sperare* dio «esperar»; *stare*, «estar»; *schola*, «escuela»... y lo mismo pasó con el helenismo *spatha* («espada») y con cientos y cientos de términos. Más de mil años después, el fenómeno continúa: *stress* se convierte en «estrés», *snob* da «esnob», de *smokin* obtenemos «esmoquin», de *scanner* escribimos «escáner», y el *slogan* se ha convertido en «eslogan»... Lo cual nos deja imaginar para algún futuro próximo palabras como «esquás» o «esprín» (de la que saldría «esprínter», o tal vez «esprintador» o «esprinter»^[131]). Tales vocablos estarán de acuerdo con el genio del idioma, lo que equivale a decir que las grafías actuales *squash* y *sprint* van contra él. De hecho, en nuestras bocas están ya con todos los fonemas que ampara el genio de la lengua. Y el genio del idioma, aprendida la lección del latín, parece muy interesado en que se produzcan muy pocas diferencias entre el español escrito y el hablado^[132]. Esas mismas naturalizaciones hacen que al *franc* se le llame «franco», al *mark* «marco» y al *rubl* rublo.

Los acentos, tan fáciles. Pero la gran estrella de su criterio con el oído es la acentuación. Para empezar, el genio no ha permitido una sola frase con más de ocho sílabas en la que no exista un acento que predomine sobre los demás (no estamos hablando de palabras, sino de frases; porque también existe un acentuación de frase). Eso ha ocasionado que el romance (la composición poética por excelencia en español) se base en las ocho sílabas por verso. Es la métrica del canto a lo llano en Castilla, de los corridos mexicanos, de la isa canaria, de las tonadas tradicionales chilenas, de la jota navarra o la aragonesa... y de sinfonías poéticas firmadas por Lorca, Machado o Rubén Darío.

El sistema de acentuación en español se mantiene casi intacto desde hace cientos de años. Han cambiado los criterios de expresión gráfica de esta carga tónica, pero no el sonido. Incluso suman pocos los casos de palabras latinas que hayan modificado su acento al pasar al español, y todos ellos se pueden agrupar bajo ciertas subreglas^[133].

El sonido de las palabras lo llevamos en las entrañas, hasta el punto de que está demostrado que un bebé ya distingue cuáles son de su idioma y cuáles no^[134]. Las combinaciones de letras y sonidos en una lengua no son tantas como parece.

Por ejemplo, el genio del español apenas ha permitido a unas cuantas letras situarse a final de palabra, como ya hemos visto: las cinco vocales y las consonantes *n*, *s*, *r*, *l*, *d* y *z* son las realmente autorizadas. Sí, algunas otras palabras terminan en letras distintas de éstas, pero son muy escasas y generalmente se trata de

extranjerismos.

De entre las vocales, la *u* sale claramente perjudicada. En las consonantes, las más agraciadas son la *n* y la *s*, que están por detrás de la *r* en cuanto a entradas en el Diccionario, pero sin olvidar que con *n* y *s* se forman todos los plurales en español (en las conjugaciones verbales y en los sustantivos), lo cual multiplica sus posibilidades^[135].

El español medieval contaba con pocos nombres y adjetivos que terminaran en vocal tónica (acentuada prosódicamente). Después, las palabras árabes que se presentaban a la puerta del genio debían modificarse para ser tomadas como préstamo, y entendieron bien qué consonantes debían escoger para su terminación: *n*, *r*, *l*... (por eso tenemos «adoquín», «alquiler» o «albañil»). Pero en otros casos se mantuvo la vocal tónica^[136] lo que amplió las posibilidades fonológicas del español, porque el genio estaba en la época de formación y tenía los criterios más flexibles.

Todo esto es importante, porque el genio tenía que basar sobre estos datos sus normas de acentuación ortográfica. Y, realmente, aquí obró con una sencillez deslumbrante que podemos ver con claridad si desbrozamos las complicadas normas que explican las gramáticas^[137].

En español, a efectos de acentuación las palabras se concentran en dos grupos exclusivamente:

1. Las que acaban en vocal, en *n* o en *s*, y que tienden a ser llanas (o «graves»). Es decir, la mayoría de estas palabras tiene el acento en la penúltima sílaba.
2. Las que acaban en cualquier otra letra, y cuya tendencia natural es a ser agudas. Es decir, la inmensa mayoría de estas palabras tiene el acento en la última sílaba.

Establecidos estos dos grupos, el genio decidió que sólo llevaran acento gráfico las palabras que violen cada una de estas tendencias naturales: las que terminando en vocal, *n* o *s* son agudas; y las que, terminando en cualquier otra letra, son llanas. Dicho de otro modo: llevan tilde las que van contra la tendencia natural. Así pues, el acento gráfico es una multa que ponemos a las palabras por contravenir la costumbre de su grupo.

En estos tres párrafos precedentes se resumen las reglas de los acentos en español, y cualquiera que los comprenda dejará de cometer faltas de ortografía con ellos.

¿Por qué decidió el genio de la lengua colocar entre las palabras que no se acentúan a las que terminan precisamente en vocal, *n* o *s*? Ésa fue una sabia decisión, sólo explicable por la mitológica imaginación de nuestro protagonista: porque así abarcaba el mayor número de términos en español, al incluir las vocales (tendencia natural en la que terminan las palabras de nuestra lengua) y las que forman el plural de nombres y verbos (la *s* y la *n*). Las terminaciones en vocal suman 64.920 palabras, sobre un total de 91.968 entradas de diccionario (al hablar de «entradas» se entiende que de cada verbo, por ejemplo, sólo está el infinitivo, y sólo el singular de los

sustantivos, etcétera). Y si se les agregan las acabadas en *n* o en *s* —excluidos todavía los plurales—, la cifra asciende a 72.504. Es decir, más del 80 por ciento de las palabras de nuestro idioma se incluyen en el grupo que precisamente tiene tendencia a no acentuarse.

Según datos relativos a la edición del Diccionario de la Real Academia de 1992, donde figuran 85.186 vocablos, llevan tilde o diéresis (es decir, signos diacríticos) 15.899. Eso significa que el genio del idioma no hizo mal su trabajo, pues redujo la tarea de la acentuación al mínimo esfuerzo, ya que 69.287 palabras (el 81,3 por ciento) no la precisan.

Pero en ese estudio nos encontramos un dato más llamativo todavía: de entre las palabras acentuadas (repetimos, 15.899 palabras acentuadas en total), terminan en vocal, *n* o *s* nada menos que 15.517. Por tanto, ¡sólo 382 palabras —cráter, carácter, árbol, látex...— violan la norma según la cual si terminan en cualquier otra consonante no deben llevar acento prosódico en la penúltima sílaba!

¿Y qué pasa con las esdrújulas y las sobresdrújulas? Nada: entran en el primer grupo, puesto que no tienen el acento prosódico en la penúltima sílaba y siempre terminan en vocal, en *n* o en *s*^[138]. Por tanto, contravienen la norma y pagan la multa.

El sistema académico de explicar la acentuación tal vez no sea muy del agrado del genio, a quien ya sabemos sencillo y claro. Porque el método que se ha enseñado tradicionalmente hasta ahora en español obliga al estudiante a clasificar las palabras en seis grupos: agudas acabadas en vocal, en *n* o en *s* (que llevan tilde); agudas acabadas en otra letra (que no llevan acento gráfico); graves acabadas en vocal, *n* o *s* (que tampoco lo llevan); graves acabadas en otra letra (que sí llevan); esdrújulas (se acentúan todas) y sobresdrújulas (que también). Realmente, es más sencillo agrupar todas las palabras en los dos únicos grupos ya referidos.

Superado todo eso, sólo queda preguntarse por los diptongos. Pero esta tarea también parece sencilla: la tendencia natural de los diptongos es formar una sola sílaba («paria»), y si se pronuncian como dos («paría») deben llevar tilde por la misma razón que se expuso antes: porque hay que pagar la multa de contravenir la tendencia natural de las cosas (ya sabemos que el genio del idioma es estricto). En el colegio nos explicaron que hacía falta poner el acento «para romper el diptongo» ; pero en realidad hace falta colocarlo «porque se rompe el diptongo» . (Recuérdese: toda tilde denota una infracción).

Por cierto, el hiato, o separación de las vocales de un diptongo, era frecuente en los comienzos del latín. Pero ninguno de esos casos de la lengua de Roma ha sobrevivido en las palabras patrimoniales españolas, lo cual da idea de con qué fuerza la tendencia natural del castellano es la unión de las vocales cuando van juntas.

Finalmente, ya sólo quedarán las palabras monosilábicas y las que se acentúan para diferenciarse de otras homófonas pero no sinónimas: «té» y «te» , «éste» y

«este», «sólo» y «solo», «dé» y «de», «sé» y «se»... Esta cuestión apenas plantea problemas si se atiende a la entonación de frase. De hecho, los quince monosílabos que tienen acento diacrítico son tónicos frente a sus correspondientes grafías sin tilde, que son átonas: «y te doy» (átona), frente a «y té doy» (tónica).

El genio de la lengua bien podía sentirse satisfecho de todo este sistema de acentos, porque otorga a la escritura del español una ventaja de la que carecen otros idiomas de acento libre (como el portugués, el italiano, el inglés, el alemán, el euskera, el gallego, el catalán y el ruso): la de haber descubierto la forma de indicar la pronunciación exacta de cada palabra y, por tanto, su significado preciso (frente a lo que ocurre en inglés, por ejemplo, donde podemos encontrar *record*, entre otras palabras, con dos acentuaciones prosódicas distintas —y dos funciones diferentes, como verbo o como sustantivo— para una sola escritura; algo que le resulta extrañísimo a cualquier hispanohablante).

El sistema de acentuación organizado por el genio del idioma tiene, pues, una función utilísima: saber cómo se pronuncia exactamente una palabra que leemos por primera vez y saber cómo se escribe un término que acabamos de escuchar también por vez primera. Eso nos permite ir aumentando el vocabulario particular de cada persona con precisión y seguridad.

Interrogaciones y exclamaciones. En los últimos años, ha llegado a diversos textos escritos en español la moda de usar sólo la interrogación o la exclamación de cierre, suprimiendo la de apertura. Traen esta costumbre los diseñadores gráficos, los publicistas, los importadores de tecnología y los creadores de programas para telefonía celular. Todos ellos deben de estar preguntándose por qué usar dos signos en español si al inglés o el francés les basta con uno. En este caso son invadidos por la tendencia del genio hacia la economía de esfuerzos, pero olvidan otros criterios que el propio genio maneja.

Porque, en efecto, el inglés, el francés y otras lenguas emplean recursos sintácticos y morfológicos especiales que indican ya desde el principio de la pregunta —aunque no de manera infalible— que el lector ha de disponerse a entonar la frase como tal. Pero la libertad sintáctica del español hace necesario emplear los dos signos, para anticipar en la lectura la naturaleza interrogativa de la frase que sigue. Y no digamos con las exclamaciones. Al español se le supone más cantarín, porque las preguntas no dependen de la estructura sintáctica sino de la entonación^[139].

No sólo el genio del idioma español tiene muy desarrollado su oído, sino que, por los métodos habituales que él empleó en la historia (sutiles y subrepticios), ha provocado que lo desarrollen también todos los hispanohablantes. Porque hace falta sutileza para coger al vuelo las diferencias entre las frases «qué techo», «qué te he hecho» y «que te echo»; entre «los suelen freír», «los huelen freír» y «lo suelen freír»; entre «la ventura» y «la aventura»; entre «nos sienta bien» y «no sienta bien»;

entre «los Pérez no son simpáticos» y «los Pérez nos son simpáticos»; entre «rico y responsable» y «rico irresponsable»^[140]. En cualquier caso, siempre caben soluciones parciales: quien no sepa entonar bien y diferenciar por tanto entre «¿qué te he hecho?» y «¿qué te echo?» dirá seguramente en el primer supuesto «¿qué te he hecho yo?» .

Ese oído del genio del idioma ha sido percibido extraordinariamente por nuestros mejores poetas. Ellos han combinado los acordes de las oraciones y las frases, y han cuidado las notas de las sílabas y el ritmo de los acentos. El oído de nuestro señor de la lengua ha originado las canciones populares y los romances de ciego recitados de aldea en aldea, y ha mantenido en la memoria todas esas historias que contaban, gracias a las reglas nemotécnicas de las rimas y las estrofas, y sobre todo a su entonación. Nuestra lengua no sería nada sin sus sonidos y sus combinaciones de fonemas, tan imperceptibles y tan perennes que hasta suenan con toda su fuerza en nuestra mente cuando sólo estamos leyendo.

XIII El genio del idioma es pacifista

Nuestro enigmático personaje jamás ha empuñado un arma. No le acusemos de nada de eso. En la expansiva historia española se produjeron muchas crueldades, pero no en nombre del idioma (salvo en la dictadura franquista).

Desde tiempo inmemorial el genio de la lengua se había aplicado a anidar en las mentes populares, a sugerir ideas a los prestigiosos y a dejar caer en saco roto algunas propuestas; y a crecer sin violencia. Con la llegada de los romanos a la Península y hasta los albores del idioma castellano, hubo combates y sacrificios —Viriato; Numancia, Sagunto...— pero no se produjeron por la lengua; y sin embargo la vinculación de los peninsulares primero al latín y luego al castellano tenía ya en su germen el destino: empezando por el establecimiento del propio idioma de los romanos y el abandono de las lenguas que habitaban Hispania, y siguiendo por la creación del castellano. También resultó inexorable el cambio en Cataluña (no hay que olvidar, por cierto, que el catalán es lengua romance y, desde un punto de vista técnico, fruto también de una invasión, la invasión de los romanos, que acabó con lenguas precedentes, incluidas las que se hablasen antes en Cataluña).

Se han producido muchas injusticias contra el genio de la lengua del idioma español. Se le ha menospreciado, con asertos como «no habría sido nada sin la imposición de las armas», «el español se extendió detrás de los ejércitos», y otras similares.

Pero en el reino de Alfonso X el Sabio se hablaban con naturalidad —y convivían con el castellano— el árabe, el gallego, el vascuence (en el señorío de Vizcaya), también el catalán y el latín. Y está documentado que hacia el año 1235, en tiempos de Fernando III, los habitantes del valle riojano de Ojacastro —una de las zonas que se supone repoblaron los vascos— respondían en vascuence a las demandas judiciales^[141].

Podemos decir, si hemos interpretado bien las enseñanzas de los historiadores de la lengua, que el idioma español se habría extendido igualmente al margen de las batallas que ha contemplado, algunas de ellas, como la dictadura de Franco, de feroz combate contra las demás lenguas españolas. Y bien que debemos lamentarlo, porque las heridas que abrió el fascismo tardarán mucho en cerrarse, y porque además han esparcido el hedor de la dictadura franquista por toda la historia de España^[142].

Ni siquiera en América esa imposición (que se produjo en determinados casos, desde luego) adquirió proporciones globales durante la invasión española. Porque aquellas batallas no se desataron para imponer la lengua, sino para extender la religión. De hecho, el papa Alejandro VI —una suerte de ONU unipersonal— condicionó en 1493 los derechos españoles sobre los nuevos territorios al empeño fundamental de convertir a los nativos al cristianismo. Ésa era la tarea, no el idioma.

Y bien se sabe además que la Iglesia, tras llegar a América, comenzó a adoctrinar a los indios en sus lenguas nativas, después de acometer el esfuerzo de aprenderlas. La documentación existente al respecto es abrumadora. No hay que olvidar que según las Escrituras los apóstoles recibieron del Espíritu Santo el don de lenguas («predicad a cada uno en su lengua») y se fueron a dar doctrina con esa facilidad por todo el orbe. Así que los religiosos debían aplicarse con el ejemplo. Y a menudo con exceso: en España, el Concilio Provincial de Tarragona (con amplias competencias territoriales) establecía en 1591: «en el Principado de Cataluña, que se use la lengua catalana; en el Reino de Aragón las naturales de allí; en el de Valencia, la valenciana y nunca otra». Y para entonces ya se había aniquilado a los comuneros (1521, batalla de Villalar), en lo que podemos considerar la desaparición de Castilla.

Mientras, al otro lado del océano, don Alonso de la Peña Montenegro, obispo de Quito, proclamaba que un párroco que no supiese quéchua o aimara cometía pecado mortal^[143].

Para los castellanos de entonces, el idioma no constituía un elemento aglutinador. Hasta el punto de que el cronista catalán Ramón Muntaner explicaba en los tiempos del rey sabio que Cataluña era más nación que Castilla porque tenía mayor homogeneidad lingüística, basada en el catalán^[144]. Y a nadie se le ocurrió arremeter contra eso, sino todo lo contrario: los reinos de Aragón y de Castilla (en realidad, Aragón era el reino catalanoaragonés) pactaron su unión política mediante el matrimonio de Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos juraron los fueros catalanes, en una época en la que brilla la literatura en ese idioma y en la que también se podía leer, sin embargo, a poetas bilingües como Pere Torroella^[145]. Y es bajo su reinado cuando el cardenal Cisneros manda —frente a decisiones anteriores— que la cristianización de los árabes tenga como vehículo la lengua castellana, sin que conste entonces decisión alguna contra los catalanes, a buen seguro porque cristianos eran en su propia lengua. El hispanoárabe finalmente no desapareció de España por ser lengua distinta, sino por ser lengua de musulmanes. Ahí se produjo un exterminio indiscutible, mas no por un conflicto de lenguas sino de dioses. El genio sólo podía lamentarlo. El ha acompañado a la historia, pero no la ha gobernado.

Cosa diferente es que la unidad de la corona de Aragón con la de Castilla diera de rebote una menor influencia política de Cataluña y redujera la autonomía del antiguo condado de Barcelona; y más diferente aún que en el siglo XVIII Felipe V destruyera los fueros catalanes —en venganza por la toma de partido que adoptó Cataluña contra él en la guerra de Sucesión— con sus decretos de Nueva Planta (1707), que ahora juzgamos con razón infames. Pero nada de eso tuvo que ver en realidad con la lengua. Digamos que la lengua pasaba por allí y sufrió las consecuencias.

De hecho, Felipe V hablaba sólo francés y le traía sin cuidado la cuestión idiomática de España. Le importaba bastante más instaurar el Estado centralista que

había aprendido en Francia, y ejercer sin escrúpulos su «tradicional inclinación por su país natal»^[146]. Podemos imaginar incluso que si el catalán hubiera sido entonces el idioma central de España y el castellano una lengua regional, Felipe V habría impuesto el catalán sin ningún problema. Su voluntad no era filológica, sino de poder. Con algo de venganza, claro, puesto que la tomó con los catalanes pero dejó indemnes los fueros de vascos y navarros. De hecho, los nacionalistas españoles (digamos fascistas para entendernos mejor) abominarían tiempo después de ese rey afrancesado.

Aún más: Castilla también fue víctima del centralismo. Lo dijo el propio Pi i Margall (1824-1901): «Castilla fue entre las naciones de España la primera que perdió las libertades; las perdió en Villalar bajo el primer rey de la Casa de Austria»^[147]. Una vez consumado eso, añadía el político catalán, Castilla sirvió de instrumento para destruir el resto de las libertades de los otros pueblos de España. Es lo que Julio Valdeón ha llamado «el rapto de Castilla» por sus dirigentes. Así fue como Felipe V, «al concluir la guerra de Sucesión, se valió de instrumentos castellanos para suprimir de raíz las instituciones privativas de Cataluña».

Pero no es nuestro propósito defender a Felipe V sino al genio del idioma. Y, de paso, a la auténtica Castilla. Las nuevas leyes que privilegiaron el castellano llegaron más tarde, con Carlos III (1767) cuando ya ocho de cada diez habitantes de la Península hablaban este idioma y las zonas urbanas con lengua autóctona eran en buena parte bilingües. El *Diario de Barcelona* aparecerá en 1792, escrito en castellano y defendiendo el castellano, como le interesaba entonces a la burguesía catalana que lo leía y lo arropaba, dedicada en buena medida al suculento comercio con las colonias de América (recuérdese que el algodón llegaba desde allí para la industria textil, favorecido por la protección a Cataluña que instauró el propio Felipe V, quien prohibió la importación de algodones y linos extranjeros en todo el territorio español)^[148]. Mataró, Terrasa y Sabadell son ya ricas zonas industriales, que atraen a gran número de trabajadores de Andalucía y Extremadura^[149].

Tampoco el latín se había impuesto por la fuerza necesariamente. La acompañó, pero no más. El talento y la cultura superior de los romanos expandieron su idioma y eso hizo que los nativos fueran olvidando el suyo, que les resultaba inferior e insuficiente para las complejas necesidades de la nueva vida que la colonización traía consigo^[150]. «Para su difusión no hicieron falta coacciones; bastó el peso de las circunstancias. [...] superioridad cultural y conveniencia de emplear un instrumento expresivo común a todo el imperio»^[151]. Las lenguas prerromanas convivieron con el latín durante muchos siglos (por eso influyeron en su evolución hacia el castellano). El historiador latino Tácito cuenta que un aldeano de Termes (actualmente provincia de Soria) daba grandes voces en su lengua nativa cuando se le acusó de haber intervenido en el asesinato del pretor Lucio Pisón. Y eso ocurría en el año 25 después

de Jesucristo (los romanos habían llegado en el siglo III antes del Nacimiento). No es el único testimonio de esa realidad. El vascuence llegaría mas lejos, sin duda, porque incluso los repobladores vascos de Castilla hablaban su lengua vernácula hasta muy avanzado el siglo XIII.

La fase de conquista y asentamiento de los romanos dio paso a la extensión del latín. Ahora bien, el uso de ese idioma no fue impuesto (apenas podría haberlo sido) : las poblaciones locales lo aprendieron —porque les interesó— de los colonos romanos, administradores, soldados, comerciantes, etcétera. El proceso fue rápido en algunas zonas (este y sur), más lento en otras (centro, oeste y norte) y no llegó a completarse en un área (País Vasco). Cualquier cambio de lengua como éste implica un período de bilingüismo que se prolonga durante varias generaciones, pero el proceso de latinización fue mucho más rápido en el este y el sur, donde el íbero y el griego (en las actuales Cataluña y Valencia) y el tartesio (Andalucía y sur de Portugal) parecen haber sido desplazados totalmente antes del siglo I de nuestra era^[152].

El genio del idioma es pacifista incluso en tiempos de guerra. Hubo una acometida brutal contra los árabes, sí, pero eso no le impidió asimilar miles de palabras que procedían de ellos. Y no sólo eso: los arabismos se incorporaron en su mayor parte antes del siglo X; es decir, antes de la victoria militar mediante aplastamiento, y, por consiguiente, antes de la expansión final de Castilla y de su lengua en territorio musulmán. Esas palabras que empiezan a circular entre los cristianos que admiran los avances de los árabes son préstamos tomados más bien de un idioma vecino que de una lengua que comparte territorio. Se debieron de nuevo, probablemente, a la necesidad de designar objetos que llegaron a Castilla desde Al Ándalus. (A principios de la Edad Media, el árabe gozaba de un gran prestigio, porque pertenecía a una cultura más adelantada que la de la España cristiana). Un porcentaje muy alto de esos arabismos fueron sustantivos. El artículo (ese al con el que empiezan tantos vocablos) fue tomado como parte de la palabra, pues era invariable en género y número y por tanto para el genio de la lengua no se podía entender como un artículo.

El castellano, por acentuar su pacifismo, tenía una ventaja adicional frente al latín, el árabe o el hebreo: en aquellos tiempos era neutral para los creyentes de las tres religiones (cristiana, musulmana y hebrea) que convivían en Castilla^[153]. Podía servir para mediar entre ellos.

Tampoco fue belicoso el genio de la lengua durante la Conquista de América. Presente en todo, pero agente de nada, los misioneros que se comunicaban en el siglo XVI con sus superiores de España se veían en la obligación de argumentar continuamente que no había más remedio para salvar a los indios que adoctrinarles en su propia lengua.

Así que Felipe II resolvió: «no parece conveniente apremiarlos a que dejen su lengua natural, mas se podrían poner maestros para los que voluntariamente quisieren aprender la castellana, y se dé orden como se haga guardar lo que está mandado en no proveer los curatos sino a quien sepa de los indios».

La solución funcionó durante unos cuantos años, hasta que los españoles fueron descubriendo los cientos de lenguas que hablaban los nativos, y que la aprendida en un lugar no les servía en otro. De manera que en 1769 el arzobispo de México, Francisco Antonio de Lorenzana, ya estaba pidiéndole a Carlos III que permitiera unificar el asunto^[154]: elegir sólo a los clérigos que sabían lenguas dejaba fuera a otros más capacitados pero monolingües. Por si el argumento verdadero no fuera convincente, el arzobispo se sacó de la manga además que la doctrina cristiana no podía exponerse en lenguas tan primitivas. Eso hace que Carlos III enmiende a Felipe II, y merced a ello el avance del idioma español se producirá ya con menos trabas, lo que, como ocurrirá en la Península, sirve para que los hablantes de lenguas diferentes se puedan entender entre sí y siempre con un solo objetivo: extender la religión.

Pero ya hemos dicho que el genio de la lengua no es rápido. Colón llegó a América en 1492, y en 1810 (más de dos siglos después) sólo uno de cada tres americanos hablaba español. En aquellos momentos en que las colonias americanas desencadenan los movimientos a favor de su independencia, viven allá tres millones de hispanohablantes (blancos y mestizos, bien españoles o bien descendientes de ellos) junto con nueve millones de indios, desconocedores casi todos del idioma castellano^[155] (estos números, que con razón nos parecen bajos, se multiplicaron por seis o por siete en un siglo, y en 1900 los hispanohablantes sumaban ya setenta millones). Pero una vez producida la separación política entre América y España es cuando el genio de la lengua se aplica a trabajar, y así colaboró en lograr la situación de hoy, en la que más del 95 por ciento de los habitantes de esos países hablan español. Las nuevas naciones decidieron asumir este idioma y convertirlo en oficial. La población indígena entiende que necesita el español para progresar, y la clase política cree que la unidad latinoamericana, el sueño de Simón Bolívar, sólo se puede forjar con un idioma común.

Dentro de su espíritu pacifista, el genio del idioma español se ha aplicado a recoger palabras y enseñanzas de todas las lenguas que hablaban aquellos pueblos que sufrieron en su presencia acoso político o religioso. Y en los últimos decenios se ha dedicado a inspirar preferentemente a sus hablantes de América, tan suyos como los españoles, porque en esas tierras no sólo ha nacido la mejor literatura en español durante el siglo XX sino que se ha creado una multitud de palabras («grabadora», «estacionamiento», «abanderado», «novedoso», «ubicar», «receso» —como equivalente de «descanso breve»—, «exitoso», «golpiza»...) que salen al paso de nuevas necesidades y responden, cómo no, al genio del idioma.

Y hoy —discútase todo lo discutible sobre la historia— esta lengua se presenta ante el mundo, sin duda alguna, como una de las grandes lenguas de cultura y de entendimiento, destinada con firmeza, como bien anunció Nebrija al presentar su gramática ante la reina Isabel, a servir de vehículo para que «florezcan las artes de la paz».

XIV El genio del idioma es genial

Estos rasgos del genio del idioma español, todo cuanto define su alma, culminan con uno más importante: el genio es genial. Su ironía, su humor y su doble sentido, su capacidad de dar soluciones imaginativas, conforman un perfil apasionante.

El genio no juega sólo con lo que se dice: también con lo que se calla. Y con lo que se sobreentiende, y con lo que se percibe con retraso. Podemos decir «un soldado arrojado», y reírnos después; «el presidente fue honrado en sus últimos años», y descubrir enseguida la duda sobre lo que se esconde en una frase con tantas aristas. La ironía es una manera de usar mal el lenguaje deliberadamente, para buscar un efecto de sorpresa.

«Va a venir Enrique. Guarda los pasteles». En estos casos el genio cuenta con la enciclopedia general y personal que cada hablante y cada escuchante tiene en su recuerdo. Y así puede burlarla.

Es lo que hacía Marcos Mundstock, del grupo argentino Les Luthiers, cuando representaba en el escenario a una vieja gloria de la música, viejísima gloria en realidad, a quien un presentador de televisión entrevista en su casa. El ex cantante, ya anciano y orgulloso de su propia vida, cuenta a su interlocutor: «yo tengo muchos libros escritos». Y ante la sorpresa del periodista, pues no sabía que el cantante hubiera sido también escritor, el entrevistado aclara: «sí, sí. Yo todos los libros los compro escritos».

El chiste mismo demuestra que el genio lo tiene todo organizado, pues el entendimiento natural de los usuarios del idioma esquiva el error. Para que éste se produzca, casi por fuerza debe mediar la intención de que tal ocurra, o el manejo equivocado.

Y en este caso no se trata de usos erróneos de la lengua, sino de su aplicación al caso concreto. El lenguaje admite muchas economías gracias a la *enciclopedia* de los hablantes en contacto. Podemos decir «le conté lo de Ramón» porque nuestro interlocutor sabe qué es «lo de Ramón». Pero si eso se rompe —si la *enciclopedia* no es común— podemos llegar al chiste buscado o al chiste involuntario.

Así ocurre precisamente en el chascarrillo —real o imaginario, pero verosímil— que recoge Juan Luis Conde^[156]: un grupo de pacientes espera en una clínica a que les atienda el doctor, entre ellos un hombre con una abultada joroba. Cuando la puerta de la consulta queda entreabierta, se oye que el médico le dice a la enfermera: «a ver, que pase el del cuerpo extraño». Y, sin pensárselo dos veces, el jorobado se levanta y acude a la llamada con paso firme.

No estamos aquí ante un fallo del lenguaje, sino de su aplicación. El médico se está dirigiendo a la enfermera, quien sabe que «cuerpo extraño» se usa cuando alguien se ha tragado un objeto que no es precisamente un alimento. Pero esa frase

dirigida a la asistente llega a oídos equivocados, y entonces la *enciclopedia* de los interlocutores ya no es la misma. Esto provoca el malentendido, pero también la genialidad y el chiste.

El genio ha dejado, pues, algunas rendijas para el uso artero de su propia herramienta.

Una vez, visitaron a Pío Cabanillas Callas (dirigente de Unión del Centro Democrático, UCD, el partido que gobernó en España de 1977 a 1982) varios compañeros que deseaban implicarle en un proyecto. Sus visitantes repetían continuamente la palabra «nosotros»: «porque nosotros podemos...», «nosotros conseguiremos... ». Hasta que el ministro centrista les cortó: «un momento. "Nosotros" quiénes sois?»^[157].

En efecto, el genio del español no ha previsto aclarar si en una conversación entre un interlocutor, de un lado, y un grupo, de otro, la expresión «nosotros» agrupa a todos los presentes, a algunos ausentes con los que se identifica el interlocutor solitario o a todas estas personas (ausentes y presentes) por igual. Ya hemos visto que tampoco prevé la expresión «nosotros me amamos», por lógica que pudiera parecer en su significado.

Hay lenguas, como el manchí, el tibetano, ciertas lenguas australianas, malayo polinesias, americanas, etcétera, que tienen para el pronombre de primera persona una forma de plural llamada «plural exclusivo»: yo + ellos, pero no vosotros. Esta forma se opone a la del «plural inclusivo», que considera la forma equivalente a «nosotros» como igual a yo + vosotros. El «nosotros» español puede ejercer cualquiera de estas dos funciones, determinadas por la situación o por el contexto^[158].

La exclusión o inclusión de elementos puede propiciar, pues, todo un ejercicio de inteligencia.

«Cómo es el novio de María?». «Es simpático». Quedan excluidas así cualidades que suelen aparecer antes en cualquier descripción, en el caso de que existan. Pero a veces esta técnica adquiere un valor inverso (y positivo), como cuando le preguntaron a Katharine Hepburn cómo era su nuevo amor (Spencer Tracy) : «es bajito», contestó. Y siendo ella una mujer alta (esto es lo que forma parte de la *enciclopedia* de quien escucha), la definición de Tracy como «bajito» no hacía sino transmitir que debía detener grandes cualidades espirituales para que una mujer tan alta y atractiva reparase en él, frente a los prejuicios de la época. Siempre que se dice algo se deja de decir algo; y eso el genio lo sabe. Y lo utiliza.

La ironía, explica Graciela Reyes, invita a la complicidad, alude a los acuerdos previos de los participantes, y deja fuera, a veces cruelmente, a quienes pueden asociarse con la expresión objeto de la ironía y, además, a quienes no la entienden. Estos dos últimos grupos suelen tener características en común^[159].

Creativo con las palabras. Pero donde más luce el genio de la lengua su genialidad es en la creación de palabras, con verdaderos hallazgos obtenidos en su propio acervo. Esta cualidad no debe pasar inadvertida a los hablantes, a veces decepcionados injustamente con él; porque las soluciones existen. El genio de nuestro idioma sigue siendo el mismo —como hemos pretendido demostrar— que aquel inspirador del alumbramiento que dio lugar a la lengua castellana. Pero hace siglos que se rige con una nueva reflexión: «ya creé palabras para el castellano usando los recursos del latín. Ahora quiero generarlas para el español con los propios recursos del castellano». En realidad, se trata de la misma técnica: acude siempre al almacén más próximo. Ya sabemos que es ecologista y que recicla todo.

Por eso los niños dan sus primeros pasos en un «tacatá» («andador metálico con asiento de lona y ruedecillas en las patas, para que los niños aprendan a andar sin caerse»; una definición tan larga, un pensamiento tan refinado... pero que cabe dentro de la simple onomatopeya «tacatá»). Esta y otras palabras nuevas han designado objetos que nuestros ancestros no conocieron, pues el genio dispone de ciertas técnicas para encontrar respuestas a los inventos.

El genio ingenioso y genial del idioma español dio al mundo hispano, por ejemplo, una palabra que asoció a un invento nacido en España: la «fregona». Los países de inigualable tecnología no habían conseguido descubrirla; pero si lo hubieran hecho habríamos pasado años cuantos años llamando a este utensilio con un anglicismo. Tal vez algún día dijéramos *fregoning* o algo por el estilo. Y como la inventó un ingeniero en su casa, se llama «fregona». Si hubiera nacido en el departamento de investigación de una gran empresa, se llamaría *fregaquick* o *clean-clean*... algo así. Pero el genio de la lengua posee a los hablantes naturales. En este caso, al español Manuel Jalón, ingeniero aeronáutico, responsable de haber mejorado el trabajo de limpieza en todos los hogares del mundo. El invento data de 1956, pero fue en 1965 cuando desarrolló la sustancial mejora en el escurridor del cubo (antes tenía unos rodillos que se accionaban a pedal).

El Diccionario define «fregona» como «utensilio para fregar los suelos sin necesidad de arrodillarse»^[160]. Se forma con un palo largo que tiene un mango en un extremo y una cabellera de trapos en el otro, con la cual se limpia el suelo que es un primor. Un cubo dotado de escurridera complementa el hallazgo.

La palabra «fregona» ya estaba en el *Quijote*^[161]. Y el Diccionario del español la admitió así en su primera edición (1732): «la criada que sirve en la cocina y friega los platos y las demás vasijas». Pero la nueva acepción de «fregona» no entró en el léxico oficial del español hasta 1984, para definir ya el utensilio de limpieza inventado casi treinta años antes.

Así que una vez más el idioma español buscaba en su propia historia, y daba a una palabra un sentido más amplio mediante la conocida fórmula de la metáfora. De

hecho, su antecedente ya constituía una creación dentro de la propia lengua, puesto que «fregona» se formó a partir del verbo «fregar». En sus orígenes, describía simplemente a la mujer que se ganaba la vida fregando, pero luego, en un nuevo impulso del genio de la lengua para crecer desde dentro, ha tomado en nuestra época un matiz despectivo, que amplía incluso su significado al de «mujer tosca o vulgar». Antes «fregona» tenía entrada propia en el Diccionario, pero ahora la comparte con «fregón», que en algunos países de América es alguien que produce molestias.

Véase la analogía entre la creación endógena «fregona», que se produjo hace siglos, y la muy reciente «apagón», otro neologismo por vía de aumentativo que salió también de dentro del idioma.

La sufijación es el procedimiento más eficaz que tiene el español para la formación de palabras. Y además el genio no ha parado nunca, por despacio que vaya. Y con esos recursos propios ha inventado sus genialidades: «cajonera», «calculadora», «freidora», «barredera», «trancón», «bajonazo», «salvamanteles», «transbordador»... Sin olvidar los nombres propios: «lazarillo», «donjuán», «simones» (carruajes que se alquilaban en Madrid, propiedad en otro tiempo de un tal Simón), perillán (de Per Illán, un perillán primitivo), «quevedos»...

Y al genio del español no le importa acudir a dos o más palabras cuando debe ocupar el lugar de una sola en otro idioma. El castellano ya componía una frase con más palabras de las que necesitaba el latín. Los lingüistas explican que impuso su tendencia analítica frente a la sintética: es decir, en castellano se expresaba con rodeos y varias palabras lo que el latín podía designar con una. Así, por ejemplo, el comparativo *brevior* terminó bifurcado en estos dos términos: «más breve» (y paradójicamente más largo). En vez del genitivo plural sintético *cervorum*, decía el vulgo «de cervos», y más tarde «de los ciervos»^[162]. En general, la evolución hacia el castellano es reductora, como ya hemos visto; pero al genio no le importa alargar su propuesta si con ello obtiene un fruto mayor por otro lado.

Vale la pena considerar aquel proceso antiguo para ver cómo actúa nuestro genio —que sigue siendo el mismo— ante esas expresiones extranjeras cuya traducción nos obliga a escribir más palabras (a veces sólo más sílabas) que en el idioma original: le importa un comino. Primero, porque eso no le afecta en gran medida (otra cosa es que afecte al ajuste del titular en un periódico: pero ése es otro problema, ajeno a nuestro enigmático personaje). Al genio no le importa que se diga «grupo de presión» en vez de *lobby*, ni que esta expresión sea más larga. Tiene en su experiencia el proceso del latín vulgar, en el que se basó para crear el castellano. Y ya en el latín vulgar pasaba eso. Por ejemplo, el futuro imperfecto *amabo* fue sustituido por *amare habeo* («he de amar») que con el tiempo se convertiría en «amaré». Y *cantare habebam* originó el pospretérito o condicional románico «cantaría». Es decir, primero verificó ese estiramiento; pero luego, en un antecedente claro del efecto acordeón, recompuso la

palabra para reducirla. Así sucederá también, podemos prever, con muchas expresiones que han salido a la calle para defender al idioma de tanto anglicismo: *linier* dio en España «juez de línea», en una primera fase equivalente a *amare habeo*. Pero luego el genio se las arregló (se las ingenió) para que ya empecemos a decir en los estadios «el línea». Es exactamente lo que había pasado siglos atrás con expresiones como *buey novello* (que se quedó en «novillo»), «ciudad capital» (que resumimos en «capital», o con la «manta sudadera» que se ponía a las cabalgaduras, reducida luego a la «sudadera», palabra que hasta se ha extendido a una prenda deportiva que se ponen las personas... para correr y sudar.

Y todavía antes, en la época medieval, tenemos fenómenos parangonables (vemos continuamente cómo el genio ha de ser ahora por fuerza el mismo, pues reacciona de igual modo). En aquel tiempo, el calcetín se llamó *calcea*, un derivado de *calceus* (zapato, calzado). Durante la Edad Media, la *calcea* fue creciendo hacia arriba, hasta llegar a la cintura: las «calzas». En el siglo XVI, la prenda se dividió en dos para mayor comodidad: por un lado las «calzas» (unos pantaloncillos; de ahí vendrían más tarde «calzón» y «calzones» y «calzoncillos») y por otro las «medias calzas». Pero igual que ahora de «juez de línea» ha quedado «el línea», entonces de «las medias calzas» quedaron «las medias», y así las llamamos todavía.

El genio siguió imitándose cuando se le presentó el germanismo *Kindergarten* o «jardín de infancia». El aportó como solución propia «guardería infantil», de donde ha quedado sólo «guardería».

El aire acondicionado es un invento más reciente aún, y lo denominamos con dos palabras. Pero cada vez decimos más «¿puede bajar el aire?» (y sobre todo lo decimos mucho porque siempre está demasiado fuerte), igual que «cinturón de seguridad» se ha quedado en «ponte el cinturón».

No es difícil imaginar que muchas palabras nuevas que nos inundan ahora sigan igual proceso: de hecho, la palabra «correo», a secas, sustituye a menudo a la expresión «correo electrónico» («te envié un correo»), por más que se confunda en ella el sistema con una de sus partes (pues se envían un mensaje o una carta mediante el correo).

¿Qué pasará con *lobby*? Es difícil saberlo, pero el genio tiene en la cartera palabras como «cabildeo», «cabildear» y «cabildero» —arraigadas en nuestra historia^[163]— o «conseguidor». Tampoco sería descartable «pasilleros». De todas formas, este tipo de anglicismos no le desazonan mucho. Pueden preocupar más a quienes desean escribir con elegancia o comunicarse con un grupo amplio de personas que debe entender el mensaje completo. Pero al genio, no demasiado. Sabe que a la larga esos términos pasarán al limbo de las palabras muertas.

Si se pueden componer sinfonías geniales y muy distintas con sólo unas cuantas notas (siete notas básicas con sus bemoles), ¿qué no se podrá hacer con un léxico de

noventa mil palabras? El genio del idioma es creativo. Como dijo Coseriu, «no aprendemos una lengua, sino que aprendemos a crear en una lengua». Sus recursos no están agotados. «Interesantemente», por ejemplo, no existe en nuestro idioma, pero sería una palabra posible si algún día nos hiciera falta. Y sería nueva en el uso, pero no en el sistema.

La genialidad de nuestro personaje se manifiesta también, de vez en cuando, de forma individual, no colectiva. Y así, algunos hablantes en concreto atinan con híbridos memorables que, por más que nos produzcan risa, reflejan con claridad la manera en que el genio de la lengua nos ha hecho relacionar unas palabras con otras. Fue el caso de Jesús Gil, entonces presidente del Atlético de Madrid, cuando acusó a un jugador de acudir a juergas nocturnas y hacerlo de manera «ostentórea». O el de una periodista española que en un programa de cotilleo rosa comentó: «Maricielo ha defendido siempre a su padre de todos los embistes». Oído en Tele 5 el 20 de agosto de 2003, a las 16.02, en el programa *Aquí hay tomate*. Desde luego, la frase lo tiene^[164].

XV El genio del idioma está de vuelta

Hemos visto hasta aquí que el genio del idioma se ha mostrado estricto en mantener sus reglas de puntualidad, que ha ordenado las palabras y la sintaxis para que el desorden adquiriera también un significado, que ha sido coherente en buscar las analogías para dar sentido común a todo el conglomerado, que ha conservado las palabras antiguas, y las ha ofrecido cuando observaba fenómenos nuevos que ya eran nombrados por ellas, que ha deslindado con precisión los matices y los significados, que ha economizado sus recursos a fin de facilitar la tarea a los hablantes y también para dar valor a las redundancias, que ha aplicado el oído para reconocer los sonidos propios y rechazar los difíciles, que ha sido capaz de encontrar en su almacén de recursos los sufijos y las derivaciones que le sirven para crear con ingenio nuevos vocablos... y todo eso con mucha sencillez. No parece la obra de una sola persona que lo hubiera organizado todo?

Hemos visto además que el genio sigue siendo el mismo de hace mil años. La decisión analógica que adoptó para «diestro» y «sinistro» es la misma que aplica ahora a «introvertido» y «extrovertido»; la consonancia de significado que hace siglos experimentó en su evolución la palabra «tinieblas» no parece muy distinta de la que ha registrado más recientemente «moratón» ; la extensión semántica de «pantalla» desde su utilidad para amortiguar la luz hasta ser instrumento fundamental del cine tiene mucho que ver con el moderno uso de la voz «teclado», tan antigua como los clavicordios barrocos.

Por tanto, estamos ante un genio que ya ha vivido mucho, que no se puede sorprender ante los fenómenos que a nosotros nos dejan perplejos. Para la actual generación es la primera vez que se produce una revolución técnica espectacular. Pero el genio ya asistió a la invención del cinematógrafo, a la llegada del ferrocarril, vio el descomunal desarrollo de las imprentas, la popularización del teléfono, la compra masiva de televisores y hasta bendijo la taquigrafía y los telegramas.

Ahora el fenómeno de Internet ha deslumbrado al mundo. Y no podía suceder de otro modo, dadas su novedad y la descomunal atracción que desprende. Porque las nuevas conexiones ultrarrápidas nos permiten comunicarnos al instante con personas alejadísimas y conocer documentos antes inaccesibles salvo para quienes dedicaran toda una vida a buscarlos.

Pero ese fulgor inicial, comprensible y lógico, ha hipnotizado después a muchas personas, que han cambiado la luz del sol por el brillo de la pantalla y consideran que Internet va a entrar en nuestras vidas, en nuestras mentes y, como consecuencia de ello, en nuestro lenguaje.

El formidable avance electrónico ha invadido cuanto toca, y así hay quien piensa incluso que se ha creado un idioma a la luz de Internet, cuando simplemente ha

obtenido mayor luminosidad —por su contacto con la Red— lo que antes permanecía más oscuro.

El genio del idioma español ya vivió todos los fenómenos lingüísticos que se asocian ahora a Internet, sin que despertaran entonces los apocalípticos augurios que nos invaden en la actualidad.

Internet, como medio de comunicación que es, ha influido ciertamente en el mensaje periodístico («el medio es el mensaje», no lo olvidemos), y así los textos que los diarios digitales ofrecen en la Red adoptan paulatinamente unas características comunes y nuevas: brevedad y sencillez, exclusión de determinados géneros (van desapareciendo las entrevistas largas y los reportajes muy amplios), profusión de otros (infografía animada, cuadros y estadísticas...), interrelación de las noticias mediante enlaces informáticos, facilidad para el picoteo en distintos espacios, documentación poco depurada, disponible en bruto pero con búsquedas rapidísimas del dato deseado...

Esa repercusión se extenderá muy pronto a una mayoría de los periódicos que se imprimen en papel prensa, que ofrecerán más despieces (informaciones complementarias), cuadros, dibujos, tablas comparativas... Porque intentarán no alejarse mucho de las ventajas que muestren los diarios digitales. Y también alcanzará a las cartas que se intercambien los internautas, a menudo muy breves y que constituirán un diálogo ágil, muy lejano de aquellos monólogos románticos de la vieja tradición epistolar. Con todo, se tratará seguramente de una influencia parcial en el continente, en las posibilidades técnicas, en la rapidez y en la extensión, pero no en las palabras mismas. No en el lenguaje. También los mensajes que trasladaban las palomas se escribían con menos frases que aquellos que distribuirían más adelante los servicios de correos. Y las primeras conversaciones telefónicas duraban menos que las charlas en persona (al menos mientras no bajaron los precios). Se trata de una simple adaptación al canal que utilizamos. Y ninguno de esos medios alteró las palabras ni las estructuras gramaticales.

Internet ha dirigido un foco muy potente sobre la realidad de la lengua, y ha resaltado los defectos que antes sólo suponíamos: la general ausencia de tildes, la profusión de abreviamentos, la sintaxis pedestre... No es Internet lo que ha favorecido eso, sino solamente el medio que lo muestra.

La ortografía deficiente. Las carencias técnicas de los ciberprogramas (o los problemas de comunicación entre ellos) han ocasionado temporalmente algunas dificultades para escribir los acentos, las mayúsculas y algunos otros signos (como los que inician una interrogación o exclamación). Pero ya antes habían tardado mucho tiempo las imprentas en adoptar todas las posibilidades ortográficas, por ejemplo la acentuación de las mayúsculas. Hace apenas treinta años, numerosos

periódicos utilizaban las versales para sus titulares, y jamás aparecían las tildes en ellos porque las virgulillas se salían de la caja o chocaban con la línea superior. Se extendió, es cierto, la falsa creencia de que las mayúsculas estaban exentas de las obligaciones sobre acentuación; pero bastó que las nuevas técnicas de composición de textos admitieran la posibilidad de incluir las tildes para que los criterios ortográficos volvieran a su ser en todos los periódicos que se escriben en español. Guando se daban esas carencias en las viejas imprentas, que lo mismo elaboraban un periódico en la linotipia que imprimían un panfleto en la rotoplana o que reproducían el cartel de las fiestas del pueblo en la minerva, a nadie se le ocurrió predecir la desaparición del acento ortográfico, a la vista de que el trascendental invento de Gutenberg no daba satisfacción a tales necesidades.

Poco a poco, las insuficiencias actuales de Internet irán desapareciendo. También han desaparecido en los teletipos de las agencias de prensa, que hace apenas diez años se redactaban sin tildes ni mayúsculas. Dentro de algún tiempo nos habremos olvidado de esas carencias, como los viejos cajistas han olvidado versales y versalitas para reconvertirse en técnicos de rotativa; y como los viejos regentes de imprenta han pasado a ser directores de planta de impresión.

Nuevos códigos. Al genio del idioma le debe de resultar curioso, por otra parte, que en los «innovadores» códigos grafemáticos de los mensajes por Internet las mayúsculas equivalgan a un grito. Esa novedad también encuentra un parangón muy claro en los periódicos (inventados hace ya algún decenio que otro), que destacaron siempre con letras de caja alta los titulares, y que aumentan o reducen los cuerpos de los tipos según crece o mengua la importancia de la noticia. La tipografía también es el mensaje. Los titulares gritan al lector (gritan más o gritan menos) para atraerle y avisarle de la importancia de ese texto.

Otro fenómeno «actualísimo» ligado a la modificación de la escritura por causa de las telecomunicaciones son los mensajes telefónicos llenos de abreviamentos, lo que constituye sólo una consecuencia de las dificultades para escribir con rapidez en sus teclados. No estamos aquí, pues, ante una ventaja técnica sino ante una desventaja. Y cabe suponer también que tales escrituras irán desapareciendo conforme se solventa esa dificultad de teclado. De hecho, los proveedores ya han establecido algunas fórmulas que facilitan la escritura correcta; y las mejorarán mucho más si acuden a equipos de filólogos que analicen la frecuencia de las palabras y si elaboran programas que adapten esas estadísticas al lenguaje habitual de cada usuario.

Pero las cartas y mensajes con claves de tribu como las que se usan en los teléfonos celulares existen hace muchos años. La representación de «besos» mediante la letra equis ya la conocían los jóvenes de hace treinta años: se suponía que en el

lugar de la equis se había estampado un beso, al que podía unir el suyo quien recibiese la carta, para formar así un tornillo a distancia; y la empezaron a emplear después de abandonar por fin la religiosa cruz que encabezaba las cartas. Lo mismo sucede con los *emociconos* (el filólogo y experto en lenguaje informático José Antonio Millán nos ha mostrado la palabra «caritas» como alternativa) que se representan mediante puntos y paréntesis, pues también antaño se colocaban a menudo junto a la firma de un escrito dirigido a un amigo, o a una pareja real o pretendida. Y se añadían corazones atravesados por flechas, que herían también las cortezas de los árboles. De hecho, uno de los mensajes con imágenes que contienen los nuevos teléfonos portátiles es un corazón con alas. Al genio del idioma no debe de parecerle muy original.

Se supone que esos dibujos (pues dibujos son, independientemente de que se confeccionen con signos del teclado) sirven para trasladar emociones. Y nos imaginamos al genio del idioma pensando que esas emociones sólo se pueden trasladar con palabras (si nos referimos a la escritura), pues la reducida gama de «caritas» queda muy lejos de la infinita expresión que se puede alcanzar mediante el lenguaje verdadero de los sentimientos que él ha ido cultivando durante tantos siglos. Comparar esos signos tan simples con las posibilidades que ofrecen las palabras y las frases sin duda le mueve a la sonrisa. Difícilmente se pueden presentar como avances; y vivirán por ello una existencia si acaso testimonial, pues el género humano no tiende precisamente a retroceder en la perfección de sus rudimentos. Bastante más ricos y variados que estos remedos de palabras le parecerán probablemente al genio aquellos «emociconos» esculpidos como bajorrelieves en las columnas del claustro de Silos, y aun así no han salido de ellas.

Las abreviaturas, además, han existido siempre. Y siempre cumplieron un papel de economía entre personas que participaban del código común; pero propiciaron errores a quienes permanecían ajenos a él. Aún podemos recordar el caso de la abreviatura *pdte.* que figuraba en la agenda secreta del espía español Perote, y que unos interpretaron como «presidente» —lo que implicaba a Felipe González en las fechorías de aquel sujeto—, mientras que para otros significaba «pendiente» («*pdte.* para el viernes» era la frase completa). Problemas como ése se producirán a menudo si se da pábulo a estas tísicas grafías, que incluso empiezan a necesitar un diccionario. Así, más de uno de los educados en esta nueva escuela de ortografía requerirá dos consultas: una primera para identificar la palabra, en el diccionario de abreviamentos, y una segunda, en el Diccionario de la Real Academia, para saber qué significa. Y el genio del idioma, tan tacaño siempre, creará sin duda que no vale la pena esa inicial economía de esfuerzo en relación con el que se precisa después para compensarla.

Una nueva taquigrafía. Además, parece lógico predecir que, en el momento en que los miniteléfonos experimenten mejoras en su teclado y en su manejo, los abreviamentos desaparecerán también sin remedio. Tal vez se mantengan entre grupos que logren una escritura afín y comprensible para ellos. Estaremos, pues, ante una nueva taquigrafía. Y cuando aquélla se inventó y se puso en práctica entre secretarias y periodistas, nadie pensó que estaba naciendo un lenguaje especial, ni que la nueva escritura iba a modificar la conocida hasta entonces, gracias a su mayor rentabilidad. La taquigrafía del español fue una técnica (hoy ya un tanto arrinconada por la eficacia de las grabadoras y los vídeos) que a principios del siglo XIX (en 1803) difundió el sabio Francisco de Paula Martí (1761-1827), cuyo hijo Ángel Ramón colaboraría más tarde en la transcripción de los debates parlamentarios de las Cortes de Cádiz. Su primer tratado de taquigrafía llevaba el siguiente título: *Tachigrafía Castellana, o Arte de escribir con tanta velocidad como se habla y con la misma claridad que la escritura común*. El autor del tratado pensaba, pues, que aquellos signos se podían leer con toda comodidad, tal vez igual que lo creen ahora los actuales promotores de esas palabras esmirriadas que van de un portátil a otro como si estuvieran en ayunas.

El teléfono y su conversación inmediata han arrinconado otro medio de comunicación, herido de muerte con la aparición de Internet: los telegramas. El invento del telégrafo puede colocarse con justicia entre los grandes saltos de la humanidad. Las dificultades técnicas y el coste por palabra impusieron un lenguaje sin artículos ni preposiciones, en el que todo vocablo inferior a tres sílabas parecía un lujo. Los pronombres enclíticos vivieron su época de grandeza, pues los textos reiteraban «infórmole», «comuníquenos», «apréciola» ... y así contaba como un solo vocablo lo que podían ser dos. Hubo durante un tiempo una manera de escribir telegramas, un código diferente, también, en el que incluso se cambiaba cada punto y seguido por la anglicada fórmula «stop». Pero nadie llevó esa economía de vocablos a los periódicos o a la radio. Ese tipo de escritura se consideró hijo de una limitación, y no valía la pena por tanto extenderlo a otros medios que disfrutaban de mayor holgura.

Por su lado, los antiguos radioaficionados que se comunicaban en onda corta de continente a continente no seguían diciendo «cambio» al terminar cada parrafada cuando hablaban con sus amigos en el bar.

Hasta ahora, pues, los modismos asociados a los distintos avances técnicos en la transmisión de palabras no han pasado de sus propios ámbitos. Resultaron útiles, sí; pero terminaron mostrándose superfluos cuando desaparecieron los límites que los acogotaban.

Ausencia de subordinadas. Si en el lenguaje de los telegramas faltaban artículos

y preposiciones, en el actual lenguaje de Internet parecen haber desaparecido las oraciones subordinadas. Pero estamos ante un reflejo, no ante una causa. El lenguaje de los jóvenes actuales es así, y así se mostraría en Internet o en cuantos exámenes de enseñanza secundaria osásemos plantearles con papel y bolígrafo. Como la mayoría de los internautas (o por lo menos los que más se dejan notar) ronda los años de la adolescencia, su lenguaje parece haberse convertido en el lenguaje de la Red. Sin embargo, los usuarios de mayor edad no caen en esa pobreza. Los universitarios y profesionales buscarán un lenguaje de mayor prestigio para comunicarse con sus iguales (médicos, arquitectos...); como hacen en la vida real.

Para el genio del idioma español, el lenguaje escrito era por definición el culto. El manejó precisamente las diferencias entre éste y el oral, y se propuso reducirlas para que no le ocurriera como al latín, que terminó siendo una lengua escrita y otra hablada. Dejó que el culto influyera en el hablado, y que a su vez la literatura se enriqueciera con los inventos del pueblo siguiendo sus corrientes. El aparente problema que nos presenta Internet consiste en que el lenguaje escrito es aquí el habla del pueblo; y eso puede movernos a confusión.

Pero quien adopta un lenguaje de prestigio en la vida real lo mostrará también en la vida virtual. Y esa misma persona podrá cambiar de registro según sus interlocutores. No se habla igual en un grupo de amigos que ante un congreso de cardiología. Así sucederá también en la Red: el lenguaje coloquial quedará reservado para las cibercharlas y sobre todo para los textos anónimos, tan abundantes en Internet; y la expresión erudita, para mostrar al mundo los conocimientos de alguien. Ahora nos distinguen ante los demás el traje, el coche, el aspecto externo. En Internet, nuestra única distinción nos la otorgarán nuestras palabras. Y así como una misma persona se pone una ropa para ir a la playa y otra para asistir a la ópera, así se modificarán los registros para expresarse en la Red. Por supuesto, habrá quien sólo disponga de ropa playera. Como en la vida real. Y habrá quien, cuando lo considere necesario, se pondrá una corbata de diseño o una blusa de seda. (No siempre el pobre registro de algunos se producirá por culpa suya, porque no todos los individuos tienen las mismas oportunidades educativas. Pero eso es otro cantar) .

Conociendo al genio del idioma como hasta aquí lo conocemos, podemos prever que cuando las palabras se hayan convertido en nuestro traje, en nuestro saco, nuestra americana, nuestra chaqueta, nuestra falda, nuestra camisa; cuando constituyan la única manera de mostrarnos ante los demás en un foro con miles de espectadores, su riqueza volverá a adquirir el prestigio que ahora dan las riquezas materiales. No desaparecerán las bermudas ni las zapatillas de deporte («playeras» en algunos lugares), pero tampoco las camisas de diseño.

Caudal léxico. El ciberbrillo de las pantallas ha ocasionado diversas teorías sobre

la evolución del idioma, según las cuales las nuevas técnicas proporcionarán nuevas palabras, más internacionales, más «globalizadas». Internet está aportando supuestamente un caudal léxico impresionante, pero nos hallamos de nuevo ante un espejismo que también cuenta con antecedentes. El ciberlenguaje ha entrado con los avances tecnológicos y con una brutal influencia del inglés; pero sus propuestas contravienen por todos los lados la historia del genio del idioma y violan su carácter. Se habla por ejemplo de «bajar» algo de Internet, y eso carece de coherencia analógica en el resto del idioma (va por tanto contra el genio de la lengua), porque lo que supuestamente se *baja* no deja de estar donde estaba (se supone que *arriba*), ya que no se cambia de sitio sino que se duplica; se llama «archivo» o «fichero» a lo que constituye un único documento y no un lugar donde se ordenan varios. Se intentan colar palabras de otro idioma muy alejadas de los genes y el gusto de nuestro misterioso personaje, pues no muestran ni un solo cromosoma visible de latín, ni de griego ni de árabe, pero sí tienen equivalentes conocidos por el genio y por su historia: *hardware* y *software* se parecen mucho, desde el punto de vista del genio del idioma, a palabras como «aparato», «instrumental», «ordenador» y «computadora» —en el caso de *hardware*— y a «programas», «programación» y «programática», en lo que se refiere a *software*. La analogía en este caso se puede llevar al mundo de la televisión —un invento tan importante o más que éste—, y a sus continentes y contenidos: el *hardware* se llama «televisor» y el *software* equivale también a los «programas». Y las ampliaciones de significado que nos propone este nuevo mundo acaban por perder la relación con el semantema original, al contrario de lo que se ha venido trabajando el genio del idioma. Porque sí existe una relación común entre la pantalla del cine y la de una lámpara (pues ambas reciben la proyección de la luz), y entre la del cine y la del televisor (pues ambas muestran imágenes); y entre la del televisor y la que complementa la computadora (pues incluso tienen la misma forma). Pero un término como la clonación «comando» (de *command*, «orden») no arranca de la genética propia del castellano, pues no tiene nada que ver ni con un grupo militar ni con un grupo terrorista.

No vale la pena extenderse en otros ejemplos que presentan distintas palabras pero iguales situaciones. Situaciones iguales, sobre todo, a muchas que ya ha vivido el genio del idioma, a quien ya hemos visto reaccionar aportando sus propias palabras y adoptando para el lenguaje común determinados vocablos eficaces y algunos tecnicismos que el pueblo alcanza a entender. El resto desaparece.

Y desaparecerá en cuanto las clases populares se hagan con los nuevos aparatos y con ellos hagan suyas también las palabras. Aún no sabemos cuáles. Un informático o un periodista podrán hablar del *hardware*. Pero el genio del idioma no se imagina que un carpintero le pregunte al dueño de la casa en la que está haciendo ciertos arreglos: «¿le quito el jarguare de ahí, que me molesta para apuntalar la mesa?».

Fenómenos reunidos. Vemos, pues, que los emoticonos existían en las cartas de adolescentes; que la ausencia de subordinadas ya se daba en los telegramas; que los mensajes abreviados se inventaron con la taquigrafía; que las palabras de la ciberjerga tienen su parangón y su precedente en cuantas innovaciones ha vivido el ser humano... Que en definitiva no hay nada en el lenguaje de Internet que no se haya conocido ya en otros momentos. Salvo un hecho, realmente singular: que todas esas circunstancias que se dieron al través de los siglos, y en muy distintos campos, se registran aquí simultáneamente y en uno solo. En esto radica la potencia de Internet; en esto y en que sus millones de usuarios dan una apariencia de democratización en la Red. Y por todo ello estamos hablando de este asunto.

La única duda que puede plantearnos el genio del idioma, si lo conocemos bien, radica en descifrar cómo responderá ante este alud de términos y situaciones, si lo hará con tanta lentitud como siempre o si, teniendo en cuenta las circunstancias, esta vez se desperezará un poco antes.

En cualquier caso, podemos apoyarnos en la historia de la lengua, en la trayectoria del genio del idioma español, para pensar que cuando amaine el actual complejo de inferioridad ante una tecnología que aún nos parece ajena, y a medida que dominemos y comprendamos con nuestro pensamiento construido en español los conceptos que nos han llegado en inglés, este debate sobre «el lenguaje de Internet» quedará desinflado. Sus argumentos y sus vocablos sólo habrán constituido un fenómeno provisional, que habrá formado parte del «semblante» de la lengua sin llegar a depositarse en su «talante»; que habrá producido sus estragos mientras dure, tal vez algunos daños ocasionales (pero irreparables); que quizás haya influido durante ese periodo en acrecentar los complejos de inferioridad de muchas colectividades... Ya explicó Ángel Rosenblat que en la evolución de la lengua conviven una corriente innovadora, que implica sustituciones y desapariciones, y otra conservadora, que primero frena a la otra corriente y después restaura el idioma^[165].

Habrà, desde luego, un vocabulario propio de informáticos y de expertos, como lo hay entre médicos o entre pintores, entre agricultores y entre electricistas. Pero, finalmente, Internet no entrará en nuestras vidas, sino que nuestras vidas entrarán en Internet, como ya pasó con todos los inventos que el genio del idioma ha conocido. Y cuanto suceda de una manera en el mundo real se reproducirá de forma muy semejante en el mundo virtual, con la analogía de nuestra lengua. No igual: semejante. Es decir, más rápida, con una nueva percepción del tiempo (la espera de algunos segundos ante el ordenador para encontrar un dato nos transmite lentitud, cuando hace unos años esa misma búsqueda nos habría llevado semanas). Pero aunque cambien el entorno y la rapidez, las esencias se mantendrán. Seguramente la vida llevará sus propios códigos a Internet, y no al revés. También el lenguaje.

Podemos conjeturar entonces que no habrá un nuevo idioma influido por la Red o por la informática. No hay un lenguaje de Internet como no hay un lenguaje de hablar por teléfono. Sólo estamos ante un deslumbramiento.

Imaginar que el idioma español no va a dar con el tiempo una respuesta a este desafío supone un menosprecio de nuestra lengua y de nuestra historia cultural. Y, sobre todo, de nosotros mismos.

El genio que por pura coherencia llamó «cardenales» a las autoridades eclesiásticas pues vestían de cárdeno, el mismo que sólo ha permitido a unas pocas consonantes ser final de palabra, que ya sólo deja crear verbos terminados en —*ar*, el que adoptó encantado la palabra «locomotora», el que cuidó del orden en la lengua y de los sonidos agradables, el que pretende con toda claridad que lo escrito se parezca mucho a lo hablado, difícilmente cambiará de criterio ahora, ante unas innovaciones técnicas que a él no le parecen tan importantes y que seguirán necesitando sus palabras.

XVI Quién es el genio del idioma

Quién es, finalmente, este genio de la lengua? No es nadie, no es nadie en concreto. Se trata, como bien sabemos, de un ser mitológico, un ente que sale de la lámpara maravillosa, un cuento. Pero ¿no habíamos quedado en que el idioma se gobierna con unas leyes que parecen dictadas enteramente por una misma persona? En efecto, en toda la historia del idioma se percibe un gobernante que maneja un tiro de dos caballos, dos fuerzas que representan la evolución popular y la tendencia de las corrientes cultas; el campo y la ciudad; los fieles y el clero; y consigue que ambos avancen en colaboración, prestándose mutuamente el ánimo para que el carruaje siga su camino, dando la primacía a las clases cultas en las palabras menos usadas y otorgando el poder al pueblo en las más corrientes. Lento y tranquilo, de espíritu analógico y sencillo, riguroso con el orden pero condescendiente con el desorden si eso implica aportaciones, conservacionista y melancólico, certero con los significados, económico en sus gastos y ahorrador de sus inmensos caudales para usarlos en el momento oportuno, pacifista y equilibrado, algo caprichoso, guardián de sus misterios, atento a los sonidos y la música de las palabras, creativo y genial.

...Tiene que haber un genio del idioma, pero no un ser único con fisonomía individual. ¿Quién es el genio del idioma? El genio del idioma lo formamos todos los hablantes de nuestra lengua que hemos pisado la Tierra desde que este idioma nació, y aún recibimos la herencia de cuantas culturas nos cobijaron y nos agrandaron, y nos dieron la amplitud de miras necesaria para seguir creciendo con aportaciones nuevas que se irán amoldando a nuestro carácter, a la forma de ser que nos ha dado la historia como hispanohablantes, por encima de razas y de naciones pero apegada a una cultura que nos ha formado. Una cultura mestiza y auténtica a la vez, respetuosa de sus vecinos y dispuesta a relacionarse con ellos y a aprender de sus adelantos sin ser ellos ni sentirse inferior a ellos.

Ojalá cuando dentro de miles de años los seres del futuro descubran el «Atapuerca» donde ahora vivimos encuentren algunas palabras, a diferencia de lo que nos ha ocurrido a nosotros en los más antiguos yacimientos. Si el genio de la lengua ha pervivido a la destrucción de la naturaleza que prodigamos, o a la catástrofe nuclear que seguimos temiendo, o al deterioro del pensamiento, los seres que en ese momento pueblen la Tierra alcanzarán a entendernos y a sacar algo bueno de cuanto hemos hecho.

Les ayudará entonces el genio de la lengua, un personaje con el que nos identificamos tanto (a menudo sin saberlo) porque en él cabemos todos, porque algo de su espíritu tenemos cada uno, puesto que entre nosotros lo hemos formado. La lengua es la mayor de las democracias, no sólo porque todas las decisiones las acaba tomando o ratificando el pueblo sino porque agrupa también a los que nos

precedieron y a los que vendrán. Como escribió Eugenio Coseriu, «el lenguaje no es la actividad de un sujeto absoluto, sino de un sujeto histórico». «El español abarca por eso no sólo lo ya dicho, sino también lo que se puede decir en español»^[166]. Wilhelm von Humboldt define la lengua como «un trabajo del espíritu»^[167], y añade: «el lenguaje no es un producto, es una energía»^[168];. Emilio Lorenzo entendió que la lengua de la que disfrutamos reúne unos «instrumentos eficaces depurados tras siglos de historia del idioma»^[169].

Y por ahí podemos aprehender el genio de la lengua. Porque si él en realidad somos nosotros, como «nosotros» que somos intentaremos desarrollar nuestra personalidad con él, convivir con los demás que no son «nosotros» y acoger sus aportaciones, resolver nuestras dudas, construir lentamente nuestros monumentos, llegar puntuales a nuestras citas históricas, aprender de los que nos adelantan, comprender mejor a los otros, ahorrar en nuestros recursos, preservar la naturaleza que nos rodea y aprovechar los frutos que encontramos en el camino, promover las artes de la paz, ejercitar nuestra experiencia, comparar los hechos y aplicarles las soluciones verificadas, recordar lo hermoso de cuanto nos precedió, definir con rigor la realidad para obtener rendimientos mejores, apreciar el sonido de los acordes verbales... y todo eso con sencillez y sin darse importancia, sin creerse superior a nadie pero tampoco inferior, sin distinguir razas ni países sino sólo palabras.

El genio nunca habla por sí mismo, se refleja en nosotros —en el pueblo y en sus letrados— y, sobre todo, se muestra en las constantes de sus actos, que son los nuestros también. Se mueve y se detiene, a veces se equivoca, reflexiona sobre sus decisiones y analiza los hechos que se le presentan delante. Está dotado de una fuerza descomunal que a veces han canalizado las Academias y que a veces se desborda. A menudo construye sus propios criterios y los aplica sin miramientos. Y tiene sus defectos, como todo el mundo: esa altivez, ese orgullo de haberlo inventado todo y no necesitar ya nada, por ejemplo. Pero sólo se trata de mecanismos de defensa, destinados a mantener el conjunto de la obra que construyó durante siglos, una maravilla de gramática, sintaxis, semántica, ritmo, léxico, fonética y sentido común. Ha sido un placer conocerlo.

Bibliografía

ALARCOS, Emilio, *Gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1994.

ALATORRE, Antonio, *Los 1.001 años de la lengua española*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

ALAMELA PÉREZ, Ramón, *Procedimientos de formación de palabras en español*, Barcelona, Ariel Practicum, 1999.

ALVAR EZQUERRA, Manuel, *La formación de palabras en español*, Madrid, Arco Libros, 1996.

ANULA REBOLLO, Alberto, *El abecé de la psicolingüística*, Madrid, Arco Libros, 1998.

BERGUA CAVERO, Jorge, *Los helenismos del español*, Madrid, Gredos, 2004.

CALVET, Louis-Jean, *Historias de palabras*, Madrid, Gredos, 1996.

CASTAÑON RODRÍGUEZ, Jesús, *Reflexiones lingüísticas sobre el deporte*, Valladolid, Edición del autor, 1995.

CHOMSKY, Noam, *El lenguaje y los problemas del conocimiento*, Madrid, Visor, 1992.

CONDE, Juan Luis, *El segundo amo del lenguaje*, Madrid, Debate, 2001.

CORTÉS PALAZUELOS, María Helena, en VV. AA., *Tendencias actuales de la enseñanza del español como lengua extranjera II*, Universidad de León, 1996.

COSERIU, Eugenio, *El hombre y su lenguaje*, Madrid, Gredos, 1991.

FERNÁNDEZ SORIANO, Olga (ed.), *Los pronombres átonos*, Madrid, Taurus Universitaria, 1993.

GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando, *Biografía de España*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1998.

GARCÍA YERRA, Valentín, *Teoría y práctica de la traducción I y II*, Madrid, Gredos, 1997.

GÓMEZ TORRECO, Leonardo, *Gramática didáctica del español*, Madrid, SM, 1997.

JOVER, Guadalupe, *Formación de palabras en español*, Barcelona, Ediciones Octaedro, 1999.

LAPESA, Rafael, *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos, 1997.

— *Estudios de historia lingüística española*, Madrid, Paraninfo, 1985.

— *El español moderno y contemporáneo*, Barcelona, Crítica, 1996. LÁZARO

CARRETER, Fernando, «El neologismo. Planteamiento general y actitudes históricas», en *El neologismo necesario*, Madrid, Agencia Efe, 1992.

— *Lengua española, historia, teoría y práctica II*, Madrid, Anaya, 1974.

— *El dardo en la palabra*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1997.

- LODARES, Juan Ramón, *Lengua y patria*, Madrid, Taurus, 2002.
- Gente de Cervantes*, Madrid, Taurus, 2001.
- El paraíso políglota*, Madrid, Taurus, 2000.
- LÓPEZ MORALES, Humberto, *La aventura del español en América*, Barcelona, Espasa, 1998.
- LORENZO, Emilio, *El español y otras lenguas*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1980.
- Anglicismos hispánicos*, Madrid, Gredos, 1996.
- LUJÁN, Marta, «La subida de clíticos y el modo en los complementos verbales del español», en Olga Fernández Soriano (ed.), *Los pronombres átonos*, Madrid, Taurus Universitaria, 1993.
- MARTÍN CALERO, Emilio, *Usos y decires de la Castilla tradicional*, Valladolid, Ámbito, 1992.
- MATEOS M., Agustín, *Etimologías latinas del español*, México, Esfinge, 2001.
- MEDINA LÓPEZ, Javier, *Historia de la Lengua Española I. El español medieval*, Madrid, Arco Libros, 1999.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Manual de Gramática Histórica de España*, Madrid, Espasa, 1999.
- MONTOLIO, Estrella, *Manual de escritura académica*, Barcelona, Ariel Practicum, 1999.
- NEBRILA, Elio Antonio de, *Gramática de la lengua castellana*, Estudio y edición de Antonio Quilis, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 1989.
- PENNY, Ralph, *Gramática histórica del español*, Madrid, Ariel Lingüística, 1993.
- PERERA, Ramos, *Antología de las canciones publicitarias*, Madrid, Cámara de Comercio e Industria, 1993.
- PÉREZ BAJO, Elena, *La derivación nominal en español*, Madrid, Arco Libros, 1997.
- PORZIG, Walter, *El mundo maravilloso del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1986.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, www.rae.es.
- REYES, Graciela, *Metapragmática. Lenguaje sobre lenguaje, ficciones, figuras*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002.
- ROBERTS, Edward A. y PASTOR, Bárbara, *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, Madrid, Alianza Diccionarios, 1996.
- SAI VADOR, Gregorio y LODARES, Juan Ramón, *Historia de las letras*, Madrid, Espasa Minor, 2001.
- SECO, Manuel, ANDRÉS, Olimpia y RAMOS, Gabino, *Diccionario del español actual*, Madrid, Aguilar, 1999.

VALDEÓN, Julio, *Aproximación histórica a Castilla y León*, Valladolid, Ámbito, 1982.

VECIANA, Roberto, *La acentuación española. Nuevo manual de normas acentuales*, Santander, Universidad de Cantabria, 2004.

VICENS VIVES, Jaime, *Historia General Moderna, Barcelona*, Montaner y Simón, 1971.

Agradecimientos

Por sus enmiendas y aportaciones, a Pilar Barbeito y a Pepa Fernández.



Notas

[1] *Diccionario de la Real Academia Española*

[2] Ramón Menéndez Pidal, *Manual de Gramática Histórica de España*, Madrid, Espasa, 1999

[3] Un ejemplo de eso. El verbo «decir» es morfológicamente irregular (digo, dices), pero regular desde el punto de vista de la fonología histórica, por la evolución del idioma. La /k/ latina se palatalizaba cuando iba seguida de vocales palatales (como la /i/), pero permaneció como velar ante las no palatales (Ralph Penny, *Gramática histórica del español*, Madrid, Ariel Lingüística, 1993, p.111). Así que el sonido /k/ de *dico* produce /g/, mientras que ese mismo sonido en *dicis* (que se pronuncia /dikis/), deriva finalmente en nuestro «dices». *Dico*-«dices»; *dicis*-«dices». Sin embargo, por medio de la analogía a menudo se restaura o se mantiene la similitud entre los componentes de un mismo paradigma, ya que, a través de este proceso, las formas relacionadas por su función gramatical llegan a asemejarse. El cambio morfológico puede entenderse (en parte) como el resultado de la lucha competitiva entre el cambio fonológico y el ajuste analógico. El éxito de una u otra fuerza guarda relación con la frecuencia de las palabras afectadas. Cuanto más se emplea un tipo de palabra, menos probable es que sus elementos se vean afectados por la analogía, y más posible resulta, en cambio, que muestre los efectos destructivos del cambio fonológico. Es precisamente el caso del verbo «decir».

[4] Eugenio Coseriu, *El hombre y su lenguaje*, Madrid, Gredos, 1991, p.87

[5] Menéndez Pidal, op. cit., p. 325. Agustín Mateos, *Etimologías latinas del español*, México, Esfinge, 2001, p. 229

[6] «Ha rebuenecido», oí decir a mi hermana María, cuando era niña, después de una tormenta.

[7] La palabra «reja», que usamos ahora para referirnos a los barrotes que defienden una propiedad, procede en última instancia de la expresión latina «porta regia», y llegó al español a través del italiano

[8] Walter Porzig, *El mundo maravilloso del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1986, p.311.

[9] Se mantienen siempre las vocales acentuadas, pero no así las que carecen de esa fuerza. Las demás vocales átonas dependen de su colocación en la palabra respecto al lugar que ocupa el acento tónico, y la posición inicial es la más firme. Sin embargo, la a resiste todo (véase R Menéndez Pidal, op. cit., p. 67).

[10] En América central se ha inventado la voz «todólogo», como sátira contra quienes creen saber de todo y por contraste con otras palabras a las que acompaña ese sufijo y que denotan precisamente lo contrario, una especialización. Se suele emplear con matiz despectivo o chistoso: «Ese es un todólogo».

[11] W. Porzig, op. cit., p. 364

[12] R. Penny, op. cit., p. 103

[13] W. Porzig, op. cit

[14] El «tejo» del tejado viene de «teja», y esta palabra procede de *tegula*

[15] Los galicismos entraron casi todos a partir del s. XI (véase R. Penny, op. cit., p. 246).

[16] R. Menéndez Pidal, op. cit., p. 24. 38

^[17] Ibíd., p. 25. W. Porzig, op. cit., p. 315.

[18] Jorge Bergua Caverro, *Los helenismos del español*, Madrid, Gredos, 2004, p.37.

[19] R. Penny, op. cit

[20] A. Mateos, op. cit., p. 45.

[21] Javier Medina López, *Historia de la Lengua Española I. El español medieval*, Madrid, Arco Libros, 1999

[22] Antonio Alatorre, *Los 1.001 años de la lengua española*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 103

[23] R. Penny, op. cit., p. 232

[24] Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos, 1997, p. 50.

[25] Ibid., p.87

[26] E. Coseriu, op. cit, p. 18.

[27] En los siglos X y XI era el romance más hablado en la Península

[28] «La castellanización de los reinos vecinos no fue, por supuesto, rápida (aunque indudablemente fue más veloz entre la gente culta que entre el vulgo) y todavía hoy resulta incompleta en áreas rurales de Asturias, occidente de León, norte de Huesca, etcétera (y naturalmente, en los dominios lingüísticos catalán y gallego)», R. Penny, op. cit., p. 15.

[29] R. Lapesa, op. cit., p. 160

[30] Emilio Lorenzo, *El español y otras lenguas*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1980.

[31] E. Coseriu, op. cit., p. 191

[32] Juan Ramón Lodares, *Lengua y patria*, Madrid, Taurus, 2002, p.32

[33] Ibid., p.36

[34] Ibíd., p. 40

[35] R Menéndez Pidal, op. cit., p. 187

[36] W. Porzig, op. cit., p. 18

[37] R. Menéndez Pidal, op. cit., p. 269.

[38] Fernando Lázaro Carreter, *El dardo en la palabra*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1997.

[39] Emilio Marcos, *Gramática, de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1994.

[40] El «trikini» es el bañador de dos piezas unidas entre sí por una tercera. El «monokini» no precisa más explicación.

[41] E. Lorenzo, op. cit., p. 142

[42] Oí en Bogotá al periodista mexicano Luis Alegre en 1997 la frase «Los políticos andan todo el día balconéándose». Entendí perfectamente la palabra, como podría pasarle a cualquiera, aunque era la primera vez que yo escuchaba este verbo. Esa analogía, esa relación entre los cromosomas de las palabras, es la que configura la unidad del idioma.

^[43] *El País*, domingo 10 de agosto de 2003

[44] Desde 1884 está en el Diccionario «moretón»; en 1992 se incorporó la analogía fonética «moratón» como sinónimo de «cardenal» (que también se llama así por el color morado —o cárdeno—; he ahí la analogía completa).

[45] E. Coseriu, op. cit., pp. 86-88

[46] R. Menéndez Pidal, op. cit., p. 227. 77

[47] El español dispone de las posibilidades «raticida» y «matarratas», en las que se aprecia con claridad el distinto orden del morfema que representa al verbo y del que designa al complemento. El primero, no obstante, y por provenir del griego, suena más técnico y refinado. El segundo, más casero,

[48] Valentín García Yebra, *Teoría y práctica de la traducción I y II*, Madrid, Gredos, 1997, p. 92

[49] Ibíd. p. 130

[50] Ibíd.

[51] R. Penny, op.cit.

[52] R. Penny, op. cit. p. 124

[53] Los numerosos ejemplos que hay en español de sustantivos masculinos terminados en *—ta* se explican por su origen griego, pues en esta lengua el sufijo *—tes* (del que deriva nuestro *—ta*) se utilizaba para formar nombres de agente de género masculino. Otro tanto ocurre con los nombres masculinos acabados en *—ma* (como «clima», «tema» o «poema»), que heredan otro de los procedimientos empleados por la lengua griega para la derivación nominal; en este caso, el sufijo se utilizaba para formar nombres de acción de género neutro.

[54] Un entendimiento desviado de aquella norma —pero analógico ha llevado a una nueva oposición singular-colectivo mediante el femenino para el segundo caso: «el militante» frente a «la militancia»; «el uniforme» y «la uniformidad», cuando tanto «militancia» como «uniformidad» tienen significados diferentes de ese pretendido colectivo. Pero el mero hecho de que hayan sido posibles (y publicables) da idea del vigor que aún tienen las viejas decisiones de nuestro genio.

[55] *El País*, 27 de septiembre de 2003.

[56] *La Vanguardia*, 10 de abril de 2004

[57] *El País*, 4 de abril de 2004

[58] J. Bergua, op. cit.

[59] Ibíd.

[60] Emilio Lorenzo criticaba la decisión académica de incluir «fútbol» en el Diccionario con esta escritura. «No fue un acierto»; [la *t* al final de sílaba] «va claramente contra el sistema fonológico español». Es decir, va contra el genio del idioma (E. Lorenzo, *Anglicismos hispánicos*, Madrid, Gredos, 1996).

[61] «Fútbol» y «gol» (*goal* en inglés) —tal vez *penalty*, también, adaptada en «penalti» pero con la alternativa «pena máxima»— son en la práctica las únicas palabras de este deporte que no han encontrado una traducción de éxito (sin embargo, a veces se usa «tanto» en vez de gol). Por el camino quedaron *score* (marcador») *referee* («árbitro»), *goalkeeper* («Portero», «guardameta»), *linier* («juez de línea», «abanderado», «línea», «auxiliar» o «asistente», según los países), *offside* (primero el préstamo «orsay» en España, después «fuera de juego»; o «fuera de lugar» en algunos países de América), *corner* (el préstamo «córnier» y «córnieres» ha dejado paso a «saque de esquina»; « tiro de esquina» en algunos países de América)... Estas y otras palabras inglesas se han venido usando hasta hace bien poco. Pero el genio ha encontrado después una solución mejor en su propio almacén de palabras. Algo parecido ocurre en el béisbol: en algunos lugares se llama «la pelota»; el *pitcher* es el «lanzador» y el *catcher* el «receptor». Para más información sobre estos aspectos, véase *El idioma español en el deporte*, VV.AA., Madrid, Cátedra, 1992; y Jesús Castañón Rodríguez, *Reflexiones lingüísticas sobre el deporte*, Valladolid, edición del autor, 1995.

[62] El deporte está lleno de préstamos, como «voleibol» (su calco fue «balonvolea») o «béisbol» (su calco, «pelota-base»). Sí prosperó el calco «baloncesto» (*basket-ball*, en inglés, que se emplea en Hispanoamérica).

[63] V. García Yebra, op. cit., p. 340.

[64] Ibíd. p.342

[65] E. Coseriu, op. cit., p. 23

[66] Emilio Lorenzo ofrece una copiosa serie de palabras formadas con el prefijo *des* — que son difíciles de traducir: «desahogar», «desagraviar», «desahuciar», «desalmado», «desairar», «desalentar», «desenvoltura», «desaliño», «deslumbrar», «desazón», «desamor», «desamparar», «desandar», «desangrar», «desarraigar», (distinto de «erradicar»), «desnucarse»... (*El español ...*, p. 25). El diminutivo, añadimos, es uno de los recursos lingüísticos que mejor marcan la fisonomía de nuestra lengua. «Pequeñino», «un asuntico», un «tiempico» (en Colombia y en Navarra), los «muertitos», «ahorita», «ahoritita» (México)... Los sufijos sirven para diferenciar entre la visión objetiva y subjetiva de la realidad, uno de los recursos que mejor definen nuestro idioma, «por su desarrollo y vitalidad». Nebrija fue quien primero escribió la idea de que la lengua castellana supera a la griega o la latina en la formación de diminutivos.

[67] J. Bergua. op. cit., p.191

[68] R. Penny, op. cit., p. 7

[69] Ramos Perera, *Antología de las canciones publicitarias*, Madrid, Cámara de Comercio e Industria, 1993.

[70] El prefijo *cíber*— hunde sus raíces remotas en el griego, pero su camino ha sido curvilíneo. La cibernética refirió en biología a las conexiones nerviosas de los seres vivos, y ahora (en una nueva traslación de significado, por campos próximos) nombra las conexiones entre los seres electrónicos. El diccionario de María Moliner define la palabra «cibernética» como la «ciencia que estudia toda clase de aparatos y dispositivos que transforman ciertas señales o información que se les suministra en un resultado, de modo semejante a como lo hace la inteligencia humana». Como explica José Antonio Millán (http://jamillan.com/v_ciber.htm), en griego *kybernetes* era el «timonel», la persona que gobierna la nave. Por eso cuando Norman Wiener, en 1948, publicó una obra sobre el control de las máquinas, llamó a esa nueva ciencia *cibernética*. Lo cibernético se puso más de moda según se iban construyendo aparatos mecánicos o electrónicos que podían controlar procesos: robots, computadoras... A finales de los años ochenta existía un poderoso ordenador llamado Cyber, que —según se cree— sugirió a William Gibson en 1984 la creación del término *cyberspace*, en la novela *Neuromante*. Otros piensan que por esa época había bastante cibernética en el ambiente como para haberle podido influir. «Sea como fuere. Gibson dio el nombre de *cyberspace* al conjunto de las redes electrónicas, como lugar de tránsito, hallazgos y encuentros, y lo definió como "una alucinación consensuada". El término se adaptó bastante naturalmente al castellano como *ciberespacio* (la traducción de la novela la hizo Minotauro en 1989). El uso se extendió para casi cualquier cosa que ocurriese a través de la Internet». «En resumen: el prefijo *ciber*— es una forma clara —y no excesivamente violenta para la lengua— de marcar ciertos conceptos cuando se aplican al mundo de la Internet» concluye José Antonio Millán.

[71] R. Lapesa, op. cit., p.245

[72] Ibíd.

[73] Véase también Fernando Lázaro Carreter, *El neologismo. Planteamiento general y actitudes históricas*, en *El neologismo necesario*, Madrid, Agencia Efe, 1992

[74] W. Porzig, op. cit.

[75] Definiciones extraídas del *Diccionario de la Real Academia* del siglo XVIII: «Tecla. Una tablita de palo, o marfil, en que se afirman los dedos para hacer sonar los cañones, ó cuerdas al órgano, clavicordio, ú otro instrumento semejante». «Teclado. El compuesto de teclas del órgano, ú otro instrumento semejante, según su orden, y disposición». «Teclear. Mover las teclas. Vale también menear les dedos a la manera del que toca las teclas». Evidentemente, los primeros que escribieron con celeridad en una máquina mecanográfica no hacían otra cosa que teclear en este último sentido. Y de ahí todos los demás

[76] Al conductor del automóvil se le llamó *chauffeur* como al de la locomotora («calentador»: el que echaba el carbón). Después se empleó la palabra «mecánico», puesto que el chófer (o chofer) atendía además a los problemas del auto. La acepción décima de «mecánico» dice: «Conductor asalariado de un automóvil».

[77] Utilicé varios de estos ejemplos —y algunos otros de este libro— en la introducción de mi libro *La punta de la lengua* y en la ponencia que me correspondió presentar ante el Congreso Internacional de la Lengua celebrado en Valladolid en 2001.

[78] R. Lapesa op. cit., p.455

[79] Gregorio Salvador y Juan Ramón Lodaes, *Historia de las letras*, Madrid, Espasa Minor, 2001

[80] Ejemplos extraídos del *Poema de Mío Cid*. La traducción de esta Última frase al castellano actual, en la edición de M. Martínez (Burgos, Caja de Ahorros Municipal, 1982) es la siguiente: «Para fallar en justicia el rey fieles designó, / y que nadie entre con ellos en pleito de sí o de no». En los tiempos de Alfonso X, 1252-1284, la sintaxis se haría ya más compleja y sutil, para acercarse paulatinamente a la que hoy empleamos (véase R. Penny, op cit., p. 17).

[81] La palabra «posta» figura en el Diccionario del español desde 1737 (el llamado *Diccionario de Autoridades*, el primero que elaboró la Academia). Este lexicón cita a su vez al de Covarrubias, quien explicaba que la «posta» se llama así porque los caballos estaban «expuestos» para quien los necesitase.

[82] Una de las acepciones de «estación» es «paraje en que se hace alto durante un viaje, correría o paseo». También usamos la expresión «las siete estaciones», que se recorren en Semana Santa para visitar por devoción distintos templos, en los que se van parando los fieles para orar y luego seguir camino. Ese nombre reciben igualmente las paradas del vía crucis. «Estación» se halla en nuestro Diccionario desde 1732, definida así (entre otras acepciones meteorológicas y religiosas): «Lugar señalado para algún fin o efecto.

[83] E. Coseriu, op. cit., p. 50

[84] *Psychedelic* se formó sobre *psyché* (alma) y *delóo* (revelar). En griego clásico se podían usar como vocal de conexión *o*, *e* y, *a*. Pero el genio del español prefirió la *o* para las formaciones griegas —como en «psicología» o «psicópata»— y la *i* para las latinas —como en «altímetro» o «insecticida» —(véase Bergua, op, cit.). La forma inglesa original no era inocente, pues pretendía huir de las connotaciones de la forma *psycho*, asociada a menudo a enfermedades mentales

[85] «Telefonía móvil» en España, «celular» en América. Habría sido más adecuada la palabra «portátil», que se ha quedado en la retaguardia y ceñida por el momento a los ordenadores o computadoras que se pueden llevar de un sitio a otro. Pero el uso de «portátil» para los teléfonos empieza ya a notarse tímidamente, sobre todo en algunas zonas de América (así lo he oído en Colombia). Es previsible que dentro de unos años vuelvan a llamarse «teléfonos» todos ellos, en un fenómeno similar al de «disco» (superados y abandonados «elepé» y «cedé») o «radio» (superado y abandonado también progresivamente el concepto de «transistor»).

[86] R. Penny, op. cit., p.8

[87] Ibíd. p.9

[88] R. Lapesa, op. cit, p. 37

[89] El catalán siempre estuvo más próximo al latín, también por su mayor proximidad geográfica a Roma

[90] *Germanus* fue en aquel latín el «hermano de padre y madre» (*frater germanus*), el «hermano genuino» o hermano carnal, frente a una voz *frater* más imprecisa (de hecho, se decía *frater germanus* para referirse al hermano de padre y madre; y *fratres gemini* para designar a los gemelos).

[91] R. Penny, op. cit., p. 20

[92] E. Lorenzo, *El español...*, op. cit.

[93] Hay quien defiende ese uso redundante de los posesivos en el español de México. Me sorprendió leerlo, pues no lo había percibido en mis numerosos viajes a ese país. Muchos otros autores han censurado estas fórmulas como impropias del español. Juan Luis Conde se refiere concretamente a doblajes y traducciones de películas: «pon el lazo en tu cuello», en vez de «ponte el lazo en el cuello; «sus manos son muy grandes», en vez de «tiene las manos muy grandes», etcétera (*El segundo amo del lenguaje*, Madrid, Debate, 2001).

[94] E. Lorenzo, *El español ...*, p.78

[95] E. Coseriu, op. cit., p. 44

[96] V. García Yebra, op. cit

[97] E. Lorenzo, *El español...*, p.23

[98] V. García Yebra, op. cit., p. 163.

[99] Ibíd., p. 177

[100] E. Lorenzo, *El español...*, p.24

[101] En realidad, como sostiene Emilio Lorenzo, «no es posible transferir el significado de un idioma a otro en su integridad» (en *El español...*, op. cit.).

[102] Cambiar *el* alcalde por un ministro puede entenderse como visitar a uno en vez de al otro, y cambiarlos en la agenda. Cambiar *al* alcalde por un ministro puede significar que el alcalde es sustituido en alguna función, por alguien que ahora es ministro. Cambiar *el* presidente puede significar que se le sustituye por otro. Cambiar *al* presidente se entiende como alterar su carácter o su actitud. De todas formas, reconozco que se trata de sutilezas que admiten discusión.

[103] E. Lorenzo, *Anglicismos...*, p. 622

[104] Me extiendo sobre este problema relativo a la pérdida de matices y significados propios en mi libro *En la punta de la lengua*, ya citado

[105] J. L. Conde, op. cit., p. 28.

[106] Hay más supuestos de economía en el español frente al inglés: por ejemplo, los tiempos continuos del inglés. *It's raining*. «está lloviendo»; pero también «llueve». Sin embargo, *I am not wearing a coat as it isn't cold* («no estoy llevando abrigo porque no hace frío») solo puede traducirse como «no llevo abrigo porque no hace frío» (tomo estos ejemplos de V. García Yebra, op. cit., p. 152).

[107] *Gone with the wind* sería literalmente «ido con el viento».

[108] E. Lorenzo, *El español ...*, p. 16

[109] María Helena Cortés Palazuelos, en *Tendencias actuales de la enseñanza del español como lengua extranjera II*, León, Universidad de León, 1996.

[110] Graciela Reyes, *Metapragmática. Lenguaje sobre lenguaje, ficciones, figuras*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, p. 84.

[111] La definición primitiva del embrague mecánico era «mecanismo dispuesto para que un eje participe o no, a voluntad, del movimiento de otro».

[112] A mi entender, en la entrada «tarde» del Diccionario de la Real Academia falta una remisión o referencia a la expresión «más tarde», que se podría dar como equivalente de «después» o «más adelante».

[113] Citado por E. Coseriu, op. cit., p. 141.

[114] Coseriu, op. cit., p. 142.

[115] R. Menéndez Pidal, op. cit. p. 205

[116] Ibíd. p. 210.

[117] R, Penny, op. cit., p. 115

[118] *Ibíd.*, p. 119

[119] Marta Luján, «La subida de clíticos y el modo en los complementos verbales del español», en Olga Fernández Soriano (ed.), *Los pronombres átonos*, Madrid, Taurus Universitaria, 1998. Estas combinaciones posibles e imposibles han traído de cabeza a los filólogos, que han buscado las reglas ocultas hasta ahora. El citado libro aporta algunas soluciones al respecto sobre en qué condiciones el genio se comporta de una u otra forma; pero uno sigue sin saber muy bien por qué.

[120] V. García Yebra, op. cit., p. 216

[121] Aquí el euskera sí se aparta: *zortzi* significa «ocho», y «noche» se dice *gau*.

[122] En español, evidentemente, con «defenestrar»: arrojar por la ventana; pero es posterior: no entra en el Diccionario hasta ¡1984!

[123] Noam Chomsky, *El lenguaje y los problemas del conocimiento*, Madrid, Visor, 1992.

[124] Hay excepciones a este aserto, pero se trata de palabras insólitas o de procedencia foránea (como «anorak» o «robot»)

[125] Roberto Veciana, *La acentuación española. Nuevo manual de normas acentúales*, Santander, Universidad de Cantabria, 2004. Otras vocales: *e*, 10.584; *i*, 1.489. Otras consonantes: *y*, 148; *z*, 579; *b*, 22 (como «querub»); *c*, 38 (como «vivac»); *ch*, 4 (como «huich»); *f*, 12 (como «golf»); *g*, 6 (como «gong»); *h*, 18 (como «sah»); *k*, 3 (como «anorak»); *ll*, 3 (como «detall») »; *m*, 80 (generalmente latinismos, como «quórum» o «referéndum», o el arabismo «imam»); *ñ*, 1 (Veciana cita «estañ», que no figura ya en el Diccionario); *p*, 7 (Veciana cita «polop», ausente también del lexicón oficial); *q*, 5 (como el nombre propio Iraq); *v*, ninguna. El estudio se ha hecho sobre 91.968 palabras consideradas españolas, pero ya se ve que las terminaciones menos frecuentes corresponden por lo general a voces tomadas de otras lenguas. (Por supuesto, hablamos de entradas en el Diccionario y de algunos nombres propios. Si considerásemos todas las construcciones posibles, la *s* y la *n* aumentarían espectacularmente, como consecuencia de la formación de los plurales y de las conjugaciones de los verbos).

[126] V. García Yebra, op. cit., p. 327. En otras lenguas aparece al revés: *von Kopf bis Fuss*, *from head to foot*; *da capo a piedi* o *dalla testa ai piedi*. El inglés tiende al monosílabo, pero el español no. Cosas del genio. No obstante, es una tendencia, no una obligación: decimos «ni bien ni mal», pero es que en ese caso no hay alternativa.

[127] V. García Yebra, op. cit., p. 324.

[128] *Ibíd.*, p.328

[129] R. Menéndez Pidal, op. cit., p. 180

[130] Me he referido más extensamente a este fenómeno en *La seducción de las palabras*

[131] Algunos comentaristas deportivos empiezan a utilizarla palabra italiana *volata* en el lugar de *sprint*. Indudablemente, la perciben más próxima al genio del idioma español (identifican sus cromosomas con el vuelo final de los ciclistas, casi a punto de despegar). De hecho, decimos «voy volando» cuando esperamos acudir deprisa a algún sitio.

[132] Menéndez Pidal (op. cit., p. 3) ilustra la diferencia entre la lengua clásica y la escrita diciendo que el cantero más rudo, al grabar un letrero, se proponía escribir en la lengua clásica, tan lejana de sus propias palabras y por tanto del latín vulgar. Sin embargo, en nuestros días es imposible a veces distinguir uno y otro registro: un presentador de televisión lee un texto, pero no lo percibimos así porque *suen*a como el lenguaje oral; un libro se escribe mediante la reproducción textual de entrevistas, o reproduce una conversación imaginaria (como en *Las Guerras de nuestros antepasados*, de Miguel Delibes) ... Y una misma noticia de agencia sirve para la radio y para el periódico. Las distancias se reducen, pero esto no significa que hayan desaparecido.

[133] R Penny, op. cit., p. 35.

[134] Estos experimentos se han hecho invitando al niño a succionar una tetina. La atención del bebé en su tarea decrecía al oír palabras de su propia lengua, mientras que si se le hablaba en otro idioma no alteraba su dedicación (Alberto Anula Rebollo, *El abecé de la psicolingüística*, Madrid, Arco Libros, 1998, p. 23).

[135] Véanse la p. 188 y ss. de este trabajo, en las que estos datos se analizan de forma exhaustiva. (para esta edición digital 84 y ss.)

[136] R. Penny, op. cit., p. 244

[137] A explicar todo esto con sencillez se aplicó precisamente el profesor Roberto Veciana, que falleció en 2003 en Portsmouth (Reino Unido) sin alcanzar a ver publicado su trabajo. De sus manos recibí el manuscrito al que me refiero, editado después, en 2004, por la Universidad de Cantabria. Al menos, sí pudo ser entrevistado por Pepa Fernández en Radio Nacional de España y leer el reportaje que se publicó sobre él en *El País* del 20 de enero de 2003, firmado por Javier Sampedro y titulado así: «Un profesor de español propone un sistema fácil para aprender los acentos».

[138] A no ser que se trate de una palabra del latín o de otra lengua, como «déficit» o «hábitat», que pueden terminar en otra consonante. Pero éstas también contravendrían la norma, en este caso la del grupo 2, y precisan igualmente de tilde.

[139] Emilio Lorenzo (*El español...*, p. 154) se extiende en explicar que el inglés tiende también a economizar (*you know?* en vez de *do you know?*), y va quitando auxiliares sintácticos de pregunta. ¿Le vendría bien entonces la interrogación de entrada? Tal vez sí.

[140] También E. Lorenzo explica técnicamente estas diferencias (Ibíd., pp. 41-44)

[141] R Lapesa, op. cit., p. 31.

[142] Conviene recordar, como hace Juan Ramón Lodares, que algunos textos históricos y decretos reales que se han esgrimido como muestra de la imposición del castellano en escuelas y tribunales tras los decretos de Nueva Planta (siglo XVIII) no estaban dirigidos contra el catalán y otras lenguas, sino contra el latín, que todavía era empleado en esas instituciones; cierto que en vez del castellano podían haber impuesto el catalán en Cataluña, pero eso no era la mentalidad de un francés de aquella época como Felipe V. De la misma estirpe es el error que atribuye referencia al castellano en la famosa frase de Nebrija «siempre fue la lengua compañera del imperio» (siglo XV). En aquel momento, Nebrija sólo se podía referir al latín, pues Colón aún no había puesto su pie sobre América. Y cuando el gramático sevillano habla de «las leies quel vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua» sólo puede referirse a los árabes, como indica más adelante: a «los enemigos de nuestra fe, que», precisa, «tienen la necesidad de saber el lenguaje castellano». Y cita marcadamente aparte a «los vizcaínos, navarros, franceses, italianos y todos los otros que tienen algún trato y conversación con España y necesidad de nuestra lengua». No está pensando aquí en imponer el castellano a los vizcaínos o a los navarros (aunque sí a los árabes, insistimos, pero por cuestiones religiosas), como tampoco a los franceses o italianos, sino que —en lo que a estos pueblos respecta— sólo tiene en su cuenta la necesidad del comercio y el cultivo de las artes.

[143] J. R. Lodaresh, *Lengua y Patria*, p. 82.

[144] *Ibíd.*, p. 64.

[145] R. Lapesa, op. cit., p. 274.

[146] Jaime Vicens Vives, *Historia General Moderna*, Barcelona, Montaner y Simón, 1971, p.15.

[147] Julio Valdeón, *Aproximación histórica a Castilla y León*, Valladolid, Ámbito, 1982, pp. 84, 95 y 121.

[148] «La monarquía borbónica conseguirá ganarse a los fabricantes catalanes, verdaderas fuerzas vivas del Principado, al prohibir la importación de algodones y linos extranjeros en todo el territorio español» (Fernando García de Cortázar, Biografía de España, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1998, p.249).

[149] Los barcos arriban a Barcelona de su viaje desde América cargados de algodón y salen luego de allí con aguardiente catalán, pero con sitio en las bodegas para embarcar, a su paso por África, a esclavos que acabarán sirviendo en las plantaciones americanas. Son los negocios de la época y la mentalidad de la época, y lo mismo habría que contextualizar estas actividades de la burguesía catalana que los desmanes de aquel rey mal llamado castellano (puesto que era francés). Cada tela salida de Reus o Mataró para su venta en cualquier punto de la Península o de Europa llevaba en su margen comercial la explotación de miles de inocentes de otra raza, sin que a nadie se le ocurra ahora acusar al idioma catalán de tamaña crueldad por haber asistido a esos hechos.

[150] R. Menéndez Pidal, op. cit., p. 3

[151] R. Lapesa, op. cit., p.56.

[152] R. Penny, op. cit., p. 6.

[153] *Ibíd.*, p. 17

[154] J. R. Lodaresh, op, cit.

[155] Fernando Lázaro Carreter, *Lengua española, historia, teoría y práctica II*, Madrid, Anaya, 1974.

[156] J. L. Conde, op. cit., p. 28.

[157] Pío Cabanillas dejó alguna pieza más para la antología de personajes irónicos, también jugando con la primera persona del plural. Cuando aún se estaba formando UCD, una agrupación de partidos pequeños y heterogéneos que no tenía siquiera una ideología común, el político gallego pronosticó ante las inminentes elecciones: «ganaremos, pero no sé quiénes».

[158] V. García Yebra, op. cit.

[159] G. Reyes, op. cit., p. 84.

[160] En la definición de ediciones anteriores se decía «utensilio doméstico», pero luego se retiró ese adjetivo

[161] En el capítulo I 48, concretamente: «¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos que salir un niño en mantillas en la primera scena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? ¿Y qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona?».

[162] R. Menéndez Pidal, op. cit., p. 5.

[163] «Cabildear» está en el Diccionario de la Academia desde 1884, con esta definición; «gestionar con habilidad y maña para ganar voluntades en un cuerpo colegiado o corporación... Eso es exactamente lo que queremos expresar cuando nos referimos a «hacer *lobby*». En correspondencia, la acción de los *lobbies* es «el cabildeo»; y sus integrantes, «cabilderos».

[164] Y no le faltaba lógica a esa otra persona que, también en televisión, dijo que para acordarse de algo recurría a reglas «menostécnicas». En efecto, las hay mucho más complicadas

[165] Ángel Rosenblat, «El futuro de la lengua», *Revista de Occidente*, 56-57 (1967), pp. 152-192 (citado por César Hernández Alonso en su conferencia *Aspectos gramaticales del español actual*, dentro del ciclo *La lengua española a finales del milenio*, cuyos textos fueron publicados por Cajaburgos en 1998).

[166] E. Coseriu, op. cit., p. 48

[167] Citado por W. Porzig, op. cit., p. 411

[168] Citado por E. Coseriu, op. cit., p. 19

[169] E. *Anglicismos* ... p. 616